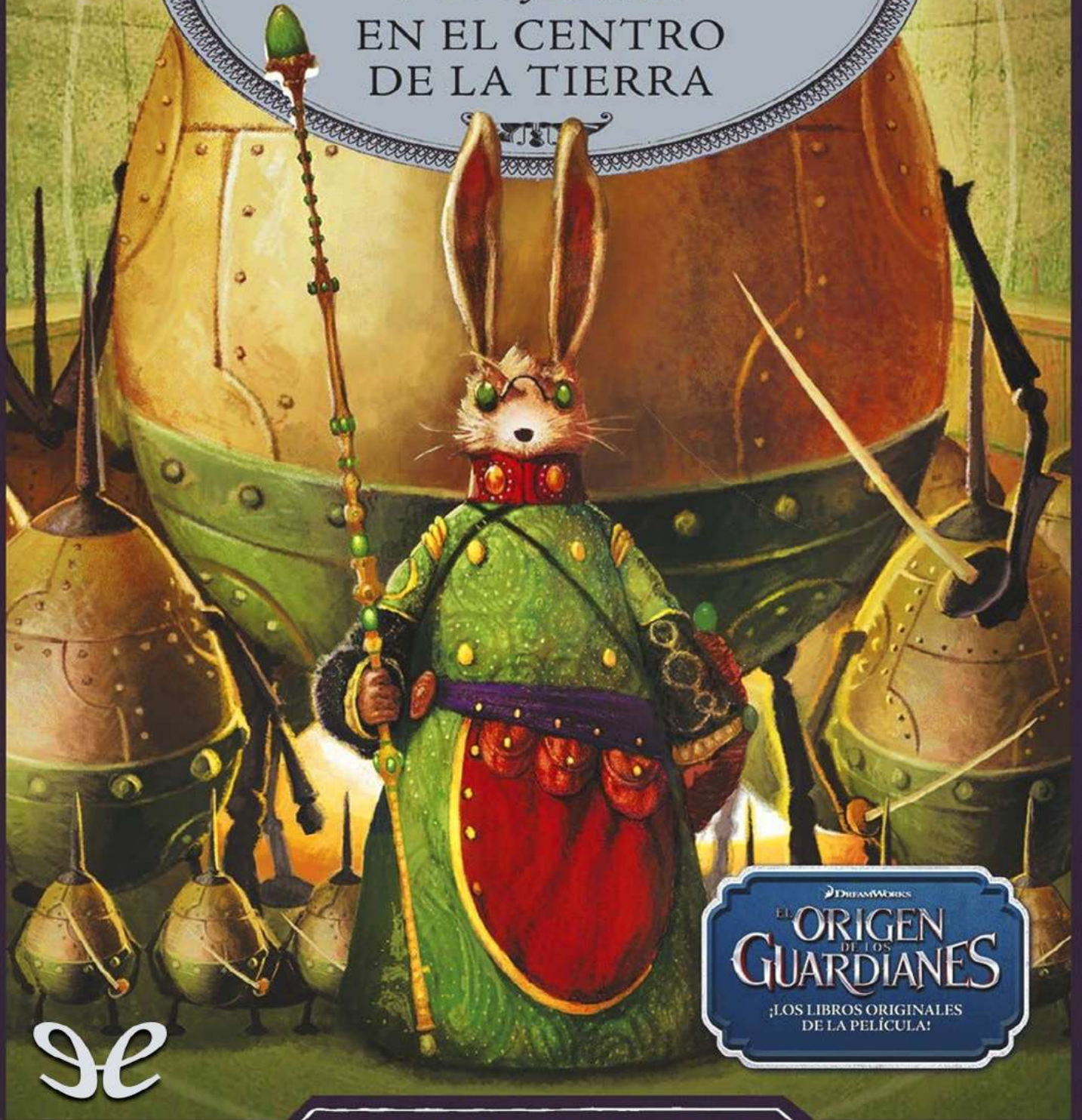


LOS GUARDIANES

—LIBRO SEGUNDO—

CONEJO DE PASCUA

Y SU EJÉRCITO
EN EL CENTRO
DE LA TIERRA



de

DREAMWORKS
EL ORIGEN
DE LOS
GUARDIANES
¡LOS LIBROS ORIGINALES
DE LA PELÍCULA!

WILLIAM JOYCE

DE INOFENSIVO NADA. CONEJO DE PASCUA ES TODO UN GUERRERO.

SOMBRA, EL REY DE LAS PESADILLAS, y su ejército de temores fueron derrotados en el primer episodio de las aventuras de los Guardianes. Parece que ahora el malvado enemigo de los niños está urdiendo una terrible venganza, y los Guardianes sospechan que se ha escondido bajo tierra. Pero, si es así ¿cómo van a encontrarlo?

Aquí entra en escena Conejo de Pascua, Bunny para los amigos, el único emisario de la legendaria hermandad de conejos guerreros de tamaño e intelecto imponentes. Bunny domina las artes marciales y es brillante, sagaz y un excavador de túneles extraordinario. Cuenta también con la ayuda de unos soldados muy especiales. ¿Conseguirán los Guardianes dar con Sombra y desbaratar sus crueles planes de venganza?

ANTES DEL CAPÍTULO UNO

Una Recapitulación, un Preludio y una Premonición de Terror

DESDE LA VICTORIA CONTRA EL Rey de las Pesadillas, el planeta parecía bastante tranquilo.

Katherine, Norte y Ombric se habían quedado en el Himalaya con los lamas lunares. Sabían que Sombra y sus ejércitos de las pesadillas atacarían de nuevo. Sombra había escapado con la armadura del genio robot y había jurado vengarse de todos ellos.

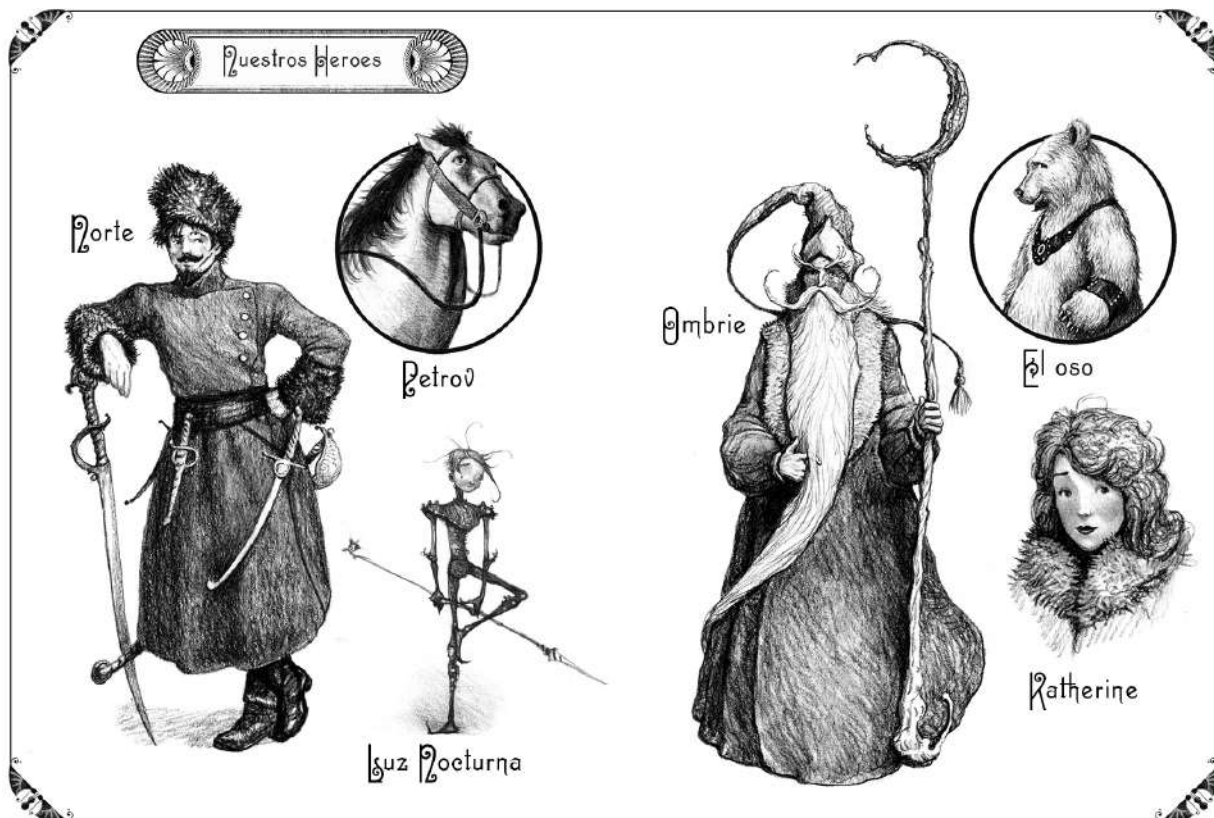
Sin embargo, el Hombre de la Luna le había dado a Norte una espada mágica que había pertenecido a su padre. Les había hablado de otras cuatro reliquias de la Edad de Oro que podrían serles útiles, quizá esenciales, para vencer al Rey de las Pesadillas de una vez por todas. Pero desconocían el lugar donde se ocultaba y el momento en que volvería a atacar.

Alguien estaba reflexionando sobre las mismas preguntas en una isla lejana, en una región aislada del Océano Pacífico. En esa isla residía la criatura más antigua, misteriosa y peculiar del mundo conocido. O más bien del desconocido. A pesar de que poseía una sabiduría y un poder extraordinarios, había dejado de mezclarse con la historia y los humanos. Había evitado dejar rastros en la memoria viva. No obstante, sabía que había algo en el aire. Sabía de la batalla contra el Rey de las Pesadillas y de Ombric y Sombra. Había tratado con ellos en el pasado lejano. Podía ver e intuir señales de lo más inoportunas. Desde las entrañas de la Tierra (que eran

su reino), distinguía sonidos siniestros. Estaba recluido y así lo prefería, pero sus instintos animales le decían que, le gustara o no, le volverían a pedir que ayudara para salvar el mundo del que con tanto cuidado se había apartado.

Meneó rápidamente la nariz. Encogió las enormes orejas.

Pensó en las terribles batallas que se avecinaban y en el papel que tendría en ellas, si es que tenía uno.



CAPÍTULO UNO

Empezamos Nuestra Historia con una Historia

EN LAS REGIONES INTERIORES DEL ESTE de Siberia había un pueblo que Katherine, Norte y Ombric consideraban su hogar. El pueblo de Santoff Claussen parecía un poco vacío sin ellos, pero una docena de niños aventureros jugaban en el bosque encantado que protegía sus casas del mundo exterior. Los robles a su alrededor eran de los más altos del mundo. Sus enormes troncos y ramas eran un paraíso para la escalada.

Petter, un fuerte niño de doce años que se imaginaba que era un héroe valiente, se catapultó al porche de la cabaña construida en un árbol que más le gustaba. Aterrizó un poco antes que Sascha, su hermana menor, que estaba probando su último invento: guantes y zapatos que permitían subir por los árboles como las ardillas. Pero la catapulta de Petter era más rápida.

—La próxima vez te ganaré —dijo Sascha con la esperanza de conseguirlo con la ayuda de un motor en el tacón de cada zapato.

Miró el claro que se abría a unos treinta metros más abajo. El oso del pueblo, una criatura enorme, rodeaba el perímetro del claro acompañado por Petrov, el caballo de Nicolás San Norte. Sascha se estaba preguntando si alguna vez le dejarían montar a Petrov cuando vio a William el Alto, el primer hijo de William el Viejo, acucillado, hablando con un grupo de ciempiés. Los niños de Santoff Claussen habían empezado a aprender las lenguas de los insectos más fáciles (hormiga, gusano, caracol), pero

William el Alto había sido el primero en aprender la lengua del ciempiés, que era más difícil. Sascha se colocó en la oreja un amplificador de sonido con forma de trompeta.

William el Alto informó de que todo estaba en orden: no había ni rastro de Sombra, el Rey de las Pesadillas. Era un caluroso día de verano, pero el recuerdo del espantoso momento en el que Sombra apareció en Santoff Claussen hizo que Sascha temblara como si fuera la noche más oscura en mitad del invierno.

Antaño, Sombra había sido un héroe de la Edad de Oro, una época antigua durante la cual las constelaciones gobernaron el universo. En aquel tiempo su nombre era Kozmotis Sombriner, y, al mando de los Ejércitos de la Edad de Oro, había capturado a los temores y a los piratas de los sueños que asolaban aquella época. Estos villanos eran astutos seres de la oscuridad. Cuando escaparon, devoraron el alma del general, que desde entonces ansió los sueños de niños inocentes. Fue entonces cuando se le empezó a llamar sencillamente «Sombra». Estaba decidido a absorber el bien de todos y cada uno de los sueños hasta convertirlos en pesadillas, logrando así que los niños de la Tierra vivieran aterrados. Y los sueños de los niños de Santoff Claussen, que nunca habían conocido el miedo o la maldad, eran el premio que más ansiaba.

Sascha, al igual que los demás niños de Santoff Claussen, había sobrevivido a aquella aterradora noche en la que los temores de Sombra casi los habían capturado en el bosque encantado. Su salvador había sido un niño brillante con un bastón con luz de luna que había alejado a los entintados intrusos.

Entonces la niña se encaramó a una rama y se colgó por las rodillas sin dejar de sostener la trompeta auricular. *El mundo parece distinto del revés, pero suena igual*, pensó.

Sascha volvió a escuchar, luego bajó el amplificador de sonido. Los insectos habían dicho que todo estaba en orden. *Aún así, ¿y si Sombra y los temores regresan?* Frunció el ceño, pero antes de que ese pensamiento ensombreciera su ánimo, Petter la llamó para otra competición.

—¡Te echo una carrera hasta el claro! —gritó, saltando desde la rama más cercana.

Al bajar corriendo por los árboles, los guantes y los zapatos de Sascha resultaron una ventaja. La niña aterrizó orgullosa frente a William el Alto y su hermano William el Casi-Menor. Petter se encontraba todavía a medio árbol de distancia.

Sascha estaba a punto de fanfarronear por su victoria cuando vio a los elfos de piedra encorvados entre las viñas y los árboles. En total había al menos diez estatuas, y eran una imagen temible e inquietante: algunos tenían las armas en alto, las espadas desenfundadas; otros estaban inmovilizados en medio de un grito.

Se trataba de la banda de forajidos de Nicolás San Norte, que habían sido convertidos en piedra por el Ánima del Bosque. El Ánima había perdonado a Norte porque solo él poseía un corazón puro. El jefe de los bandidos había rechazado las riquezas que le ofrecía y había acudido al rescate del pueblo cuando Sombra había vuelto a atacar. Después decidió quedarse en Santoff Claussen y se convirtió en el aprendiz del mago Ombric Shalazar.

El Ánima del Bosque no era más que una de las barreras mágicas que el mago había creado para proteger el pueblo cuando lo fundó. Además conjuró un seto de más de treinta metros de altura, un oso negro del tamaño de una casa y los majestuosos robles que cerrarían el paso a cualquiera que intentase penetrar en Santoff Claussen con malas intenciones. Pero ninguna de estas barreras logró proteger a los niños de las tinieblas y los temores a las órdenes de Sombra.

Petter y su amigo Niebla empezaron a luchar con espadas de madera, representando la batalla que había librado Nicolás San Norte contra Sombra.

Todo lo que conocían y amaban parecía perdido hasta que Norte apareció para rescatarlos a lomos de Petrov. Y a pesar de estar mal herido, Norte había logrado que Sombra se retirara, aunque los niños temían que el Rey de las Pesadillas pudiera regresar. Por entonces, Ombric, Norte y su amiga Katherine se encontraban muy lejos de Santoff Claussen. Habían partido en busca de un arma, una especie de reliquia, con la que vencerían a Sombra para siempre.

El William más joven estaba a punto de llorar.

—Tengo miedo. Sombra dijo que volvería.

—Norte, Ombric y Katherine encontrarán la forma de detenerlo —dijo Petter para tranquilizarlo.

William el Menor no estaba convencido del todo.

—Pero la magia de Sombra es fuerte. ¿Qué ocurriría si fuera más fuerte que la de Ombric?

—¿Qué dice Ombric siempre? —preguntó Petter.

El menor de los Williams caviló un rato hasta que le brillaron los ojos.

—Que el verdadero poder de la magia es tener fe —exclamó, mostrándose complacido por recordar la primera lección de Ombric. Entonces, empezó a recitar—: ¡Tengo fe! ¡Tengo fe! ¡Tengo fe!

Sascha se unió:

—¡Tengo fe! ¡Tengo fe! ¡Tengo fe en que Katherine, Norte y Ombric regresarán a casa!

CAPÍTULO DOS

Donde Viejos Amigos Se Reúnen

MIENTRAS WILLIAM EL MENOR y Sascha recitaban, la luz alrededor de los niños empezó a centellear y resplandecer. ¡El Ánima del Bosque se acercaba! Apareció ante ellos con un remolino de velos relucientes encajados con gemas diminutas.

—Hora de la lección —susurró con una voz tranquilizadora que siempre alegraba a los niños. Su belleza luminosa y sobrenatural hacía que todas las preocupaciones se desvanecieran—. Hoy os espera una sorpresa especial.

Las clases en Santoff Claussen eran siempre una sorpresa. En un día cualquiera los niños podían aprender a construir un puente hasta las nubes o hacer que surgiera lluvia de una piedra del río. Por tanto, si el Ánima del Bosque decía que la sorpresa sería especial, sin duda sería increíble.

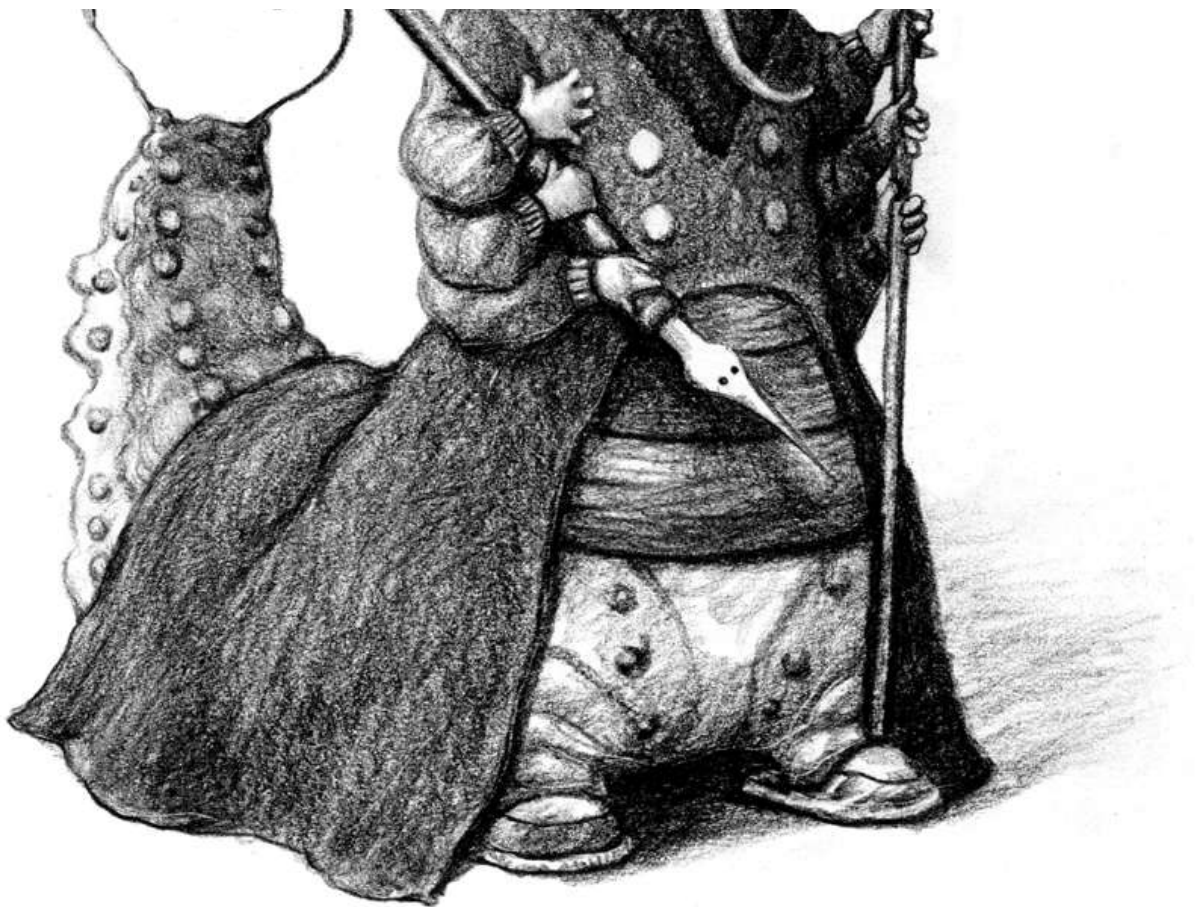
Los niños echaron a correr hacia el pueblo acompañados al galope por Petrov y el oso. El Ánima del Bosque planeó sobre ellos, envolviendo a los niños con rastros de luz que les hacían cosquillas y los rodeaban. Solo se entretuvieron para pisotear la grieta por la que Sombra había desaparecido en su retirada. William el Menor pisó con más fuerza que los demás.

Las clases tenían lugar en la casa de Ombric, en la Gran Raíz, el árbol más viejo del pueblo y el centro de su magia. Las enormes ramas se mecían y agitaban cuando los niños corrían por sus descomunales raíces y se introducían en su interior. Desde que Ombric había partido en una misión con Norte y Katherine, los padres de los niños habían estado ayudándoles con las lecciones. Pero aquel día realmente les aguardaba una sorpresa. Un

montón de paquetes idénticos se apilaba en la biblioteca de Ombric. Había tantos que las abejas, las arañas y las hormigas, encargadas de ordenar el taller de Ombric, no daban a basto.

El señor Qwerty era el encargado de la biblioteca. Era un gusano de luz al que le gustaban los libros más que nada. Generalmente se le encontraba reptando por el dorso de un libro o descendiendo por otro, limpiando cubiertas o reparando páginas rotas. Medía unos quince centímetros y era de un tono verde brillante y primaveral. Tenía un número considerable de patas y llevaba unas gafas pequeñas y redondas colgando de la nariz. Además, era la mayor autoridad cuando Ombric estaba ausente.





El Sr. Qwerty: caballero, gusano y erudito

Se deslizó desde los montones de libros para supervisar el envío de paquetes.

—Con cuidado —les dijo con una voz sorprendentemente humana. Era el único insecto del mundo conocido que hablaba las lenguas de los humanos.

Por supuesto, los niños examinaron los regalos con mucho interés.

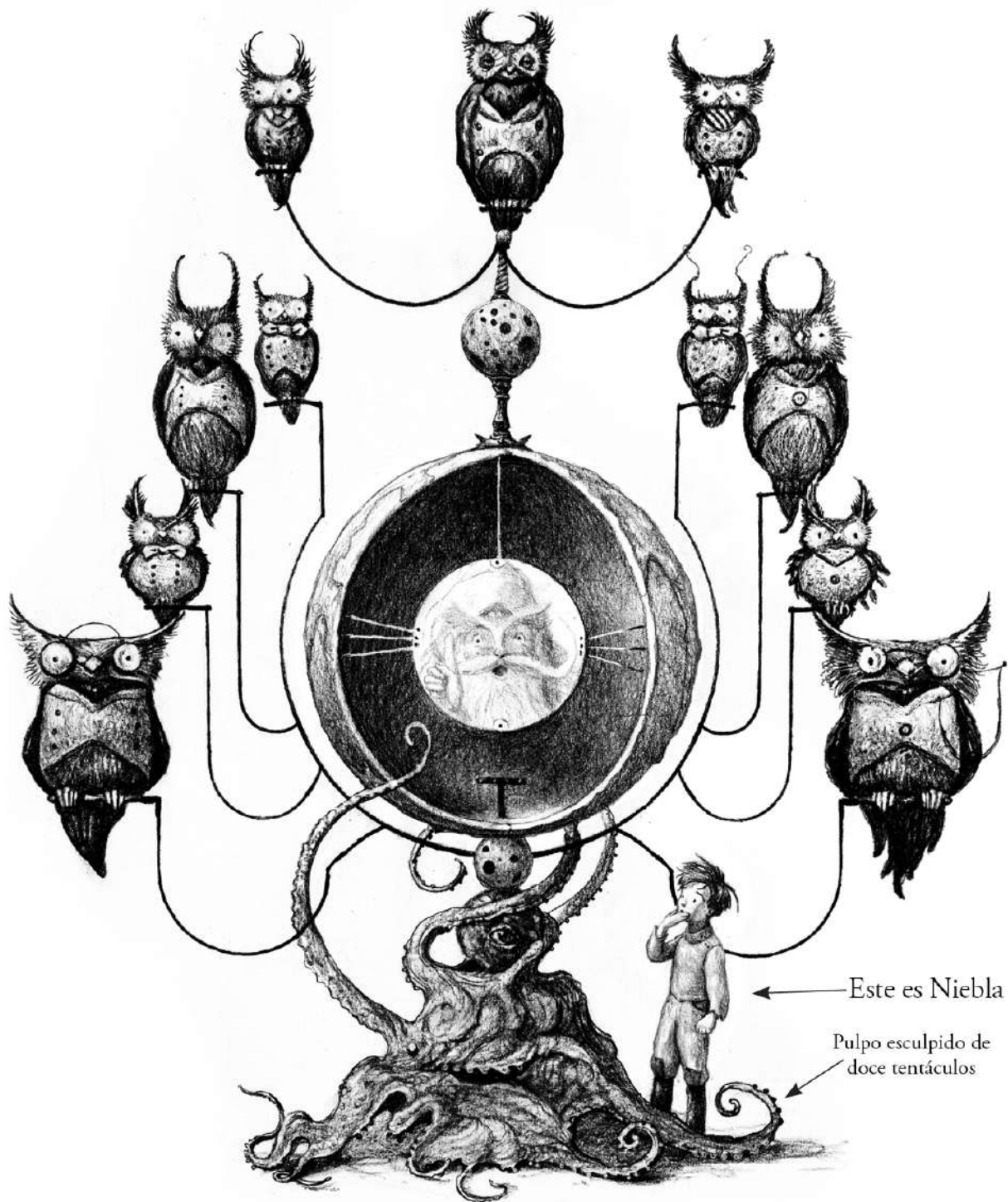
—Parecen obra de Norte —exclamó Niebla.

El comentario provocó una ola de parloteo nervioso. Entonces observaron a un pequeño ejército de hormigas cargando con un paquete mayor que los demás a través de la entrada de la Gran Raíz.

—Me pregunto para quién será ese —dijo William el Menor con una nota de esperanza en la voz.

—¿No tienen etiquetas? —preguntó Sascha.

En ese instante, la esfera gigante del centro de la estancia —donde dormía Ombric— se abrió de golpe. El interior estaba vacío excepto por una vara de madera junto a la base sobre la que Ombric dormía de pie. Los niños siempre se habían preguntado cómo conseguía no caerse, pero, según parece, para los magos esto es normal. Como siempre, la docena de búhos se sentó en sus perchas alrededor de la esfera. Tenían la excepcional habilidad de comunicarse con el mago a través de la mente.



La cama y el buhófono de Ombric

Los búhos pasaban buena parte del día acicalándose, pero ahora empezaron a ulular de forma lenta y profunda. En el centro de la esfera surgió una superficie plana y redonda de cristal que comenzó a brillar. Una

imagen luminosa se perfiló sobre su superficie y se fue definiendo hasta que distinguieron un rostro familiar. Los niños gritaron de alegría. ¡Ombric! ¡Era Ombric! Hacía muchas semanas de su partida, y a gritos surgieron montones de preguntas. «¿Dónde estás?», «¿Cómo está Katherine?», y, especialmente, «¿Para quién son estos regalos?».

El viejo mago levantó las manos.

—Lo primero es lo primero —dijo riendo—. Decidme, ¿alguno ha tenido alguna pesadilla?

Los niños se miraron unos a otros meneando la cabeza.

—No —repuso Niebla.

—Ha sido el cumpleaños de William el Viejo —añadió Petter.

—Y también el de William el Menor —informó Sascha.

—Seguimos siendo el mayor y el menor del pueblo —intervino el más pequeño de los Williams—. Incluso cuando cumplo años, soy el más pequeño —concluyó con el ceño fruncido.

—Entonces todo está como estaba y como tiene que estar —dijo Ombric con un gesto satisfecho—. Sabía que todo estaría en orden en las capaces manos del señor Qwerty.

Al oír a Ombric mencionar su nombre, el señor Qwerty dejó momentáneamente de coser *Interesantes misterios de la Atlántida, Volumen 8*, e hizo un pequeño saludo.

—William el Alto —dijo Ombric dirigiéndose al muchacho—, tengo entendido que has crecido casi tres centímetros.

William el Alto se enderezó y sonrió complacido.

—Sascha, según parece has aprendido a escalar árboles más rápido que una ardilla.

Sascha levantó las manos y los pies para que Ombric viera su invento.

—Ingenioso —dijo atusándose la barba.

Tuvo observaciones positivas, alabanzas o mensajes de ánimo para todos los niños. Al final, llegó a William el Menor, que solo estaba interesado por las cajas misteriosas.

Ombric se percató de que el niño estaba usando cada gramo de autocontrol que tenía para no abrir una.

—En respuesta a tu pregunta, joven William, estas cajas son regalos de Norte. Hay una para cada uno de vosotros. Todas son iguales... hasta que las cojáis —dijo el mago con tono misterioso.

—Puesto que soy el menor, ¿puedo quedarme con la caja más grande? —preguntó el pequeño William con la voz más dulce.

—Ese es un regalo muy especial —contestó Ombric—. Es para todos y deberíais abrirlo al final.

Así pues, todos los niños eligieron una de las otras cajas. Petter sostuvo una entre las manos. Era sorprendentemente ligera.

Ombric sonrió y dijo:

—Ahora pensad en algo que queráis y será vuestro.

Petter cerró los ojos y pensó con todas sus fuerzas. Al volver a abrirlos, en vez de una caja, sostenía entre las manos unos zapatos especiales que le permitirían deslizarse sobre el agua.

William el Menor se encontró con un soldadito mecánico que podía desplazarse por su cuenta. Llevaba dos espadas y las agitaba con furia.

—Es exactamente como lo había imaginado —exclamó el pequeño William—. ¡Dale las gracias a Norte!

Incluso había un regalo para Petrov (una zanahoria que duraría una semana) y para el oso (un brazalete muy elegante para la pata que se había herido durante la batalla contra Sombra).

Cuando todos los deseos se hubieron concedido, los niños se volvieron hacia la caja más grande.

—Esa es de Katherine —les explicó Ombric.

Las hormigas llevaron el paquete de grandes dimensiones a la desordenada mesa de Ombric. Al asentarlos, el paquete empezó a desembalarse solo, y de su interior surgió un libro.

—Katherine os ha escrito la historia de nuestras aventuras desde que os dejó. Os echa de menos y espera poder contáros las en persona, aunque hasta entonces, el libro lo hará en su lugar. Pero, antes, debemos empezar por el primer conjuro que os he enseñado. ¿Os acordáis? —preguntó Ombric.

Los niños se miraron entre sí sonriendo. ¿Que si se acordaban? Pero si Sascha y William acababan de pronunciar aquel conjuro en el bosque.

Contentos por haberse adelantado a su profesor por una vez, empezaron a murmurar.

Cuando las palabras «Tengo fe, tengo fe, tengo fe» empezaron a llenar el ambiente, la cubierta de cuero verde del libro de Katherine se abrió con el suspiro contenido de una novísima historia entrando en el mundo. Las páginas empezaron a pasar, pero se detuvieron para mostrar un delicado dibujo de Katherine. Una cinta dorada marcaba la página. En la parte superior, con la flamante caligrafía de Katherine, se podía leer las siguientes palabras: «El principio».

CAPÍTULO TRES

La Historia de Katherine Sobre las Maravillas Recientes

PARA SORPRESA DE LOS NIÑOS, el dibujo de Katherine empezó a moverse y hablar, y entonces su voz llenó la estancia. Los insectos dejaron de recoger y los búhos dejaron de ulular. El señor Qwerty pausó su actividad con los demás libros. El único movimiento que se producía en la Gran Raíz eran las páginas que pasaban y el aleteo de las polillas y las mariposas, que aliviaban a los niños del calor veraniego. Vigilando fuera, Petrov y el oso se inclinaron para escuchar también, porque incluso los caballos y los osos disfrutaban de las buenas historias.

—¿Tú también has recibido un regalo? —preguntó William el Menor al dibujo de Katherine—. Si no, podemos compartir el mío cuando vuelvas.

—Tengo un regalo maravilloso —le aseguró Katherine—. Todo es parte de la historia. —Así empezó, con las páginas del libro avanzando mientras hablaba—: ¿Recordáis cuando Sombra desapareció en el suelo para huir de la luz del sol?

Los niños asintieron. La luz era lo único que Sombra no podía soportar.

—¿Y recordáis cuando Norte construyó el genio mecánico?

Los niños volvieron a asentir.

—Bien. Ahora os contaré lo que fue del genio.

Los niños se acercaron todavía más, incapaces de apartar la mirada de los dibujos mientras Katherine les contaba lo que había ocurrido durante las

últimas semanas.

—Sombra poseyó al genio disfrazado de araña y aprendió el conjuro de esclavitud de Ombric. Había convertido al mago y a Norte en muñecos de porcelana y se disponía a destruirlos. Pero un niño espectral llamado Luz Nocturna nos salvó a todos.

Los niños suspiraron al oír estas noticias. Petrov relinchó. Incluso las mariposas dejaron de aletear.

—Luz Nocturna es un gran héroe —prosiguió Katherine con el rostro resplandeciente—. Antaño fue el protector del Hombre de la Luna y mantuvo a Sombra encerrado durante siglos. No le teme a nada, es muy poderoso y se ha convertido en uno de nuestros amigos y protectores.

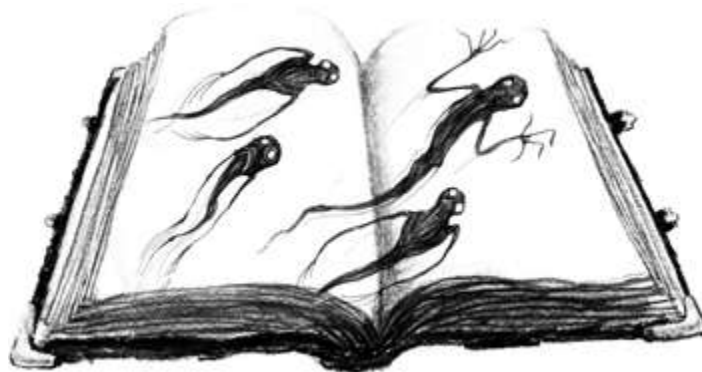
Los niños se miraron unos a otros con los ojos bien abiertos.

—Luz Nocturna y yo encontramos a Ombric y a Norte en lo alto del Himalaya, las montañas más altas del mundo. Pero como Sombra se había introducido en el caparazón metálico del genio, no había luz que pudiera alcanzarle, por lo que era prácticamente invencible. Había reunido un enorme ejército de temores. Se produjo una gran batalla en la que todo parecía perdido. Pero entonces... ¡entonces!... Luz Nocturna trajo a su propio ejército a ayudarnos.

—¿Qué clase de ejército? —preguntó Petter.

Katherine sonrió.

—¡Luces de luna! Y los lamas lunares enviaron abominables hombres de las nieves. Ya sabéis, de esos de los que Ombric siempre nos había hablado. Son reales, tan grandes como nuestro oso, y hay cientos de ellos. En realidad se llaman yetis.



El libro de Katherine

Los niños vitorearon cuando los dibujos de Katherine mostraron una escena tras otra de la batalla.

Entonces las páginas se detuvieron en un dibujo en el que Katherine, Ombric y Norte aparecían dentro de una especie de castillo.

—¿Qué es ese sitio? —inquirió Sascha.

—¡Ah! Esto es el Lamadario Lunar. Fue construido por los lamas lunares. Son hombres santos todavía más ancianos que Ombric.

El siguiente dibujo mostró a Ombric, Norte y Katherine rodeados de yetis y lamas lunares. Después se pasó la página y apareció dibujado el rostro de aspecto más amable que habían visto nunca.

—¿Y ese quién es? —preguntó Niebla.

—Ese es el Hombre de la Luna —explicó Katherine. Los niños murmuraron entre sí. ¡El Hombre de la Luna!—. El Hombre de la Luna nos contó que Sombra se había estrellado en la Tierra y que Luz Nocturna lo había tenido atrapado bajo tierra, durante los siglos que estuvo desaparecido. Según nos contó el Hombre de la Luna, ahora que Sombra ha vuelto, no se detendrá, y nos ha pedido que nos unamos a la guerra que destruya a Sombra para siempre.

—Entonces, ¿habrá más batallas? —indagó William el Casi-Menor tragando saliva.

—¿Significa eso que no os volveremos a ver en mucho tiempo? —preguntó Niebla.

—¿Cuándo vais a volver a casa? Os echamos de menos —añadió Sascha.

Las preguntas de los niños y las respuestas de Katherine fueron acalladas por un potente graznido.

Katherine empezó a reír.

—Os contaré más cosas después... ¡Ahora tengo que cuidar de una cría de ganso!

Sobre la página apareció un dibujo de una ansarina enorme.

William el Menor se acercó de un salto para ver mejor y dijo:

—¿Ese es tu regalo?

—Sí. Se llama Kailash. Es un ganso blanco gigante del Himalaya, y crecerá tanto como un caballo. Cree que yo soy su madre. Pero esta noche,

a la hora de dormir, mi libro os contará todo sobre ella, os lo prometo.

Después el libro se cerró lentamente y los niños se quedaron con la imposible tarea de esperar hasta la hora de acostarse para escuchar el resto de la historia. ¡Pero eran los niños de Santoff Claussen! Las travesuras y la magia acelerarían el día.

No obstante, para el gusano de luz llamado señor Qwerty no había tiempo que perder. De todos los libros de la biblioteca de Ombric, el de Katherine era el más sorprendente. Se pasaría el día puliéndolo hasta que brillara como una joya.

CAPÍTULO CUATRO

Un Jugueteo por el Planeta

MIENTRAS TANTO, en las lejanas cumbres del Himalaya, Katherine estaba sentada ante una de las mesas con forma de luna de la biblioteca del Lamadario Lunar. El Gran Lama le había enseñado allí a hacer sus cuadernos de dibujo mágicos. Le había explicado que, si pensaba con bastante fuerza, los dibujos y las palabras que escribiera podían cobrar vida sobre la hoja. La tinta y el papel que usaba eran corrientes, pero eran su mente y su imaginación lo que daba a las palabras y a los dibujos su enorme poder: el poder de conectar con cualquiera que leyera sus historias.

Aquella había sido la primera vez que intentaba contactar con sus amigos a través de uno de esos libros encantados, y estaba entusiasmada por ver lo bien que había funcionado. Era como si estuviese allí mismo, en la biblioteca de Ombric, sentada junto al menor de los Williams y los demás. Pero también le hizo extrañar aún más a sus amigos.

Luz Nocturna estaba sentado en una de las sillas de la biblioteca, escuchando la historia de Katherine. Disfrutaba en especial la parte en la que él mismo aparecía en escena. Katherine nunca estaba tan contenta como cuando Luz Nocturna andaba cerca. A pesar de que nunca había dicho una palabra, se habían hecho muy amigos. Era un compañero milagroso. Podía volar y comunicarse mentalmente con las luces de luna. Le hacía reír y siempre cuidaba de ella. Pero el lazo que los unía era más visible durante los momentos en que permanecían casi en silencio. Un amigo que entiende todo sin que haga falta hablar es el mejor y más excepcional de los amigos.

Y así, esa tarde, sin que tuviera que decir nada, Luz Nocturna supo que Katherine echaba de menos a los niños de Santoff Claussen y que estaba preocupada por su bienestar.

Mientras Katherine alimentaba a su ansarina —un proceso que requería a varios yetis y una cantidad asombrosa de harina de avena—, Luz Nocturna se dirigió a Santoff Claussen para asegurarse de que los niños estaban bien. Katherine no le vio partir, pero sabía que se había marchado. A esa hora del día se iba volando por el mundo en busca de algún rastro de Sombra.

La vida de Luz Nocturna estaba dividida en tres partes. Primero, la época en la que era el guardián y protector del pequeño Hombre de la Luna, un tiempo que apenas recordaba. No le gustaba pensar en la segunda: los largos y oscuros años atrapado en una cueva con el Rey de las Pesadillas, encerrado dentro del helado corazón de Sombra. La tercera parte de la vida de Luz Nocturna era el presente, la época de la libertad y la amistad. No podía recordar un periodo más feliz. Cuando saltaba sobre una brisa o una nube o ayudaba vigilando a los niños, se sentía valiente, fuerte y brillante.

Lo que le hacía todavía más feliz era Katherine. Era lista y amable, y siempre estaba dispuesta a ayudar a sus amigos. Y puesto que Santoff Claussen era el hogar de Katherine y era tan especial para ella, Luz Nocturna inspeccionaba el pueblo con especial cuidado en sus patrullas nocturnas. Si Sombra regresaba a hacer daño a aquella gente —la gente de Katherine—, Luz Nocturna haría lo que estuviera en su mano para detenerlo. Aún a riesgo de volver a estar prisionero en el corazón de Sombra o, todavía peor, acabar siendo destruido.

Era de noche cuando llegó a Santoff Claussen. Peinó el bosque en busca de peligro. ¿Sería aquello la silueta de una hoja a la luz de la luna... o los alargados dedos de un temor? ¿Sería Sombra quien ocultaba momentáneamente la Luna... o una nube surcando el cielo nocturno?

Cuando Luz Nocturna hubo examinado cada resquicio y cada rincón recóndito del bosque y se aseguró de que todo estaba bien, avanzó hacia el pueblo. Se asomó a todos los patios y las cabañas. Incluso observó las capas de suelo en torno a la Gran Raíz. Al final, acercó su bastón iluminado por la luz de luna sobre la húmeda y humeante cicatriz en el suelo por donde

Sombra había huido. La luz de luna de la punta de su bastón brilló con fuerza, y Luz Nocturna logró ver que la cicatriz tenía el mismo aspecto que la noche pasada, y el mismo que la anterior. Volvió a mirar por segunda vez para estar seguro. Pero no vio ningún temor polvoriento disfrazado de oscuridad. Ni vio rastro alguno de Sombra.

La mayoría de las noches, eso era suficiente para satisfacer al niño espectral. Lanzaría su carcajada perfecta y saltaría sobre la nube más cercana para jugar a perseguir luces de luna. Pero aquella noche algo no parecía estar bien. Quizá no fuera nada, pero tras pasar tantos años junto a Sombra, había desarrollado un instinto para el mal. Así pues, se quedó entre las sombras, escrutando el cielo mientras los niños de Santoff Claussen se dirigían a la Gran Raíz para escuchar el cuento a la hora de dormir.

Ya sabía cómo se llamaban: Sascha, Petter, Niebla, los Williams y todos los demás. Los observaba en secreto mientras hablaban de la historia que Katherine les contaría esa noche. Mientras se apresuraban a acostarse, el Rey de las Pesadillas estaba lejos de sus mentes. Pero aunque a Luz Nocturna le encantaban las historias de Katherine, permanecería alerta. Los niños se estaban reuniendo mientras él dirigía su atención hacia las sombras.

Los Malos



*Sombra, el Rey
de las Pesadillas*



*Sombra de oculta en una
araña y se introduce en el
oído del genio para poseerlo.*



El genio robot

Temores



CAPÍTULO CINCO

Un Cuento a la Hora de Dormir
con una Niña, un Ganso y
Hombres de las Nieves
que No Son Abominables

MIENTRAS LOS NIÑOS DE SANTOFF CLAUSSEN se reunían en la Gran Raíz aquella noche, las literas se materializaron en el interior hueco del árbol. Cada fila, que se desplegaba como los radios de una rueda de bicicleta gigante, tenía cinco camas de altura. En el centro, retorciéndose de arriba abajo, había una escalera de caracol.

William el Menor subió las escaleras corriendo y fue el primero en llegar a la cama. Apoyó a su soldadito contra una almohada para que también pudiera ver el libro de Katherine, que colgaba de un filamento de seda que el señor Qwerty había colgado del techo. Poco después, los demás niños habían encontrado sus literas. Junto a cada lecho aparecieron flotando tazones de chocolate caliente. Los niños bebían y picoteaban mientras esperaban que la historia de Katherine prosiguiera.

—Va a hablarnos de la cría de ganso gigante —dijo Sascha.

—Y de Luz Nocturna —añadió William el Menor—. ¡Es mi preferido!

Luz Nocturna, que volaba en el exterior, se acercó a la ventana al oír su nombre. Aunque la preocupación persistía, Petrov y el oso vigilaban la puerta, así que Luz Nocturna se permitió un pequeño descanso. Apretó el

rostro contra el cristal justo a tiempo de ver cómo se reabría el libro de Katherine.

Igual que por la tarde, la voz de Katherine inundó la Gran Raíz. Las páginas pasaban y la historia volvió a empezar.

—Esta noche os voy a contar todo sobre mi ansarina —comenzó la voz de Katherine—. La historia de la cría de ganso es triste...

Sascha protestó inmediatamente:

—No me gustan las historias tristes.

—Solo es triste al principio —le aseguró Katherine.

Satisfecha, Sascha se echó hacia atrás sobre la almohada. Una polilla se posó a su lado y juntas vieron las páginas detenerse en el dibujo de un gigantesco montón de nieve y hielo.

—Después de la batalla, Sombra huyó dentro del cuerpo del genio —les contó el dibujo de Katherine—, pero al hacerlo, causó una avalancha que sepultó los nidos de los gansos blancos gigantes.

Los niños exclamaron embelesados al ver que al pasar las páginas aparecía un dibujo de uno de los enormes pájaros. Katherine explicó cómo les había ayudado a desenterrar un precioso huevo plateado que había quedado sepultado en la nieve.

—Sus padres no aparecieron —dijo Katherine con tristeza, y después hizo una pausa.

Todos los niños de Santoff Claussen sabían la historia de los padres de Katherine. También habían muerto en una tormenta de nieve cuando Katherine no era más que un bebé, así que a los niños no les sorprendió que Katherine se enterneciese tanto con el ganso huérfano.

—Miramos el huevo de cerca —les contó Katherine—. Entonces tembló y oímos un ruido minúsculo de golpecitos. Se abrió un agujerito, después surgió de la cáscara un pico naranja, y entonces apareció una cabeza blanca y emplumada.

Frente a los niños apareció un dibujo de una cría de ganso medio fuera de la cáscara.



Kailash llega la mundo

—Ojalá pudierais sentir lo suaves que son sus plumas. Quizá pueda llevarla de vuelta a casa. La he llamado Kailash; es el nombre de la montaña más baja del Himalaya.

—Kailash —repitió Sascha—. Me gusta ese nombre.

—Luz Nocturna y yo ayudamos a los gansos a reconstruir sus nidos. Son enormes, casi tan grandes como una habitación. ¡Los gansos son más altos que Norte, y son tan grandes que una persona podría montarlos!

»Ombric se ríe cada vez que ve a Kailash caminando torpemente detrás de mí —prosiguió Katherine—. ¡Creo que se siente como un abuelo!

Hemos llenado los nidos con plumón de ganso blanco para hacer lechos cálidos. Algunas veces incluso duermo con Kailash para no sentirnos solas. Pero me alegro mucho de que los yetis sepan cocinar comida para crías de ganso blanco.

El dibujo de los peludos y gigantescos yetis cocinando para la ansarina y el de Kailash siguiendo a Katherine hicieron reír a todos. A medida que pasaban las páginas, surgieron más imágenes: Katherine y Luz Nocturna batiendo los brazos para intentar enseñar al ganso a volar, así como sus primeras excursiones aéreas.

—Ya puede volar durante dos o tres horas seguidas —anunció Katherine orgullosa—. Crece tan rápido que tenemos que ir ampliando su nido. Crece cinco o seis centímetros al día.

Apareció una tabla de crecimiento en la que Kailash se medía contra la pared.

—Y estoy aprendiendo a hablar la lengua de los gansos blancos. Es casi tan difícil como la de los búhos, pero más fácil que la de las águilas.

Niebla se inclinó y preguntó:

—¿Luz Nocturna sabe hablar ganso blanco?

Katherine contestó:

—Nunca dice nada, pero parece entenderlo todo. Creo que usando la mente es capaz de hablar con muchas criaturas. Pero conmigo le gusta hacerlo mediante dibujos. ¡Mirad!

Todos los niños se inclinaron hacia delante para ver los dibujos de Luz Nocturna, que eran muy diferentes de los de Katherine. Eran más sencillos y más infantiles, pero muy hermosos a su manera. Había dibujos de su vida durante la Edad de Oro, de las polillas lunares —unos gusanos de luz enormes que vivían en la Luna—, del Hombre de la Luna cuando no era más que un niño, y de la última batalla de la Edad de Oro. También había un dibujo más oscuro representando todos los años que había pasado encerrado en la cueva con Sombra. Y, finalmente, apareció un dibujo de cómo su amiga luz de luna le había liberado y otro de cómo había salvado a los niños de Santoff Claussen de los temores aquella noche en el bosque.

Luz Nocturna apretó los dedos contra el cristal. Le encantaba ver las reacciones de los niños ante sus dibujos.

—Ayer por la mañana, Luz Nocturna tenía una sorpresa para mí — prosiguió Katherine cuando los niños volvieron a recostarse sobre las almohadas—. He estado esperando y esperando a que Kailash sea lo bastante grande para montar sobre ella, y sin decirme nada, Luz Nocturna y Kailash han decidido que ha llegado el día. Kailash me ha dado con el pico en el brazo y se ha agachado para que pueda subirme sobre su lomo.

»Y eso he hecho. Después ha abierto sus magníficas alas y hemos echado a volar. He sentido que podría volar para siempre. Hemos sobrevolado el Himalaya, incluso la montaña más alta del mundo, y, por supuesto, la montaña que le ha dado nombre a Kailash. Hemos volado hasta el anochecer. Y después he arrojado a Kailash en su nido y le he contado una historia sobre todos vosotros hasta que se ha dormido, y ya ha llegado la hora de que nosotros hagamos lo mismo. —El libro empezó a cerrarse—. Buenas noches a todos. Soñad con Kailash y conmigo, y volveremos pronto a casa para veros.

La historia había tenido un final feliz, como Katherine había prometido.

William el Menor bostezó y se dio la vuelta con un ronquido sordo. Sascha se desarropó a patadas y una tropa de escarabajos volvió a taparla hasta los hombros. Petter no tardó en empezar a soñar con gansos gigantes y abominables hombres de las nieves.

Katherine no les había dicho a sus amigos que Norte y Ombric estaban intentando descubrir dónde se escondían las demás reliquias de la Luna. Tampoco les había contado que el Rey de las Pesadillas había jurado convertirla en la princesa de los temores y hacer realidad las pesadillas. Esas cosas le asustaban mucho y sabía que también asustarían a sus amigos. Además, estaba segura de que Luz Nocturna estaba cuidando de ellos. El niño espectral, que nunca dormía y nunca soñaba, podría mantener alejadas a las pesadillas, fueran imaginarias o reales.

Petrov y el oso vigilaban la entrada de la Gran Raíz mientras Luz Nocturna permanecía sentado en la parte exterior de la ventana. Estaba en guardia.

La noche era demasiado tranquila. Algo no iba bien.

Algo se avecinaba.

CAPÍTULO SÉIS

Descubrimientos Sorprendentes y Magia Antigua

MIENTRAS KATHERINE CONTABA su cuento a la hora de dormir, Norte estaba estudiando la espada que el Hombre de la Luna le había otorgado. Sabía que estaba en una carrera contrarreloj. Sombra volvería, y cuando lo hiciera, Nicolás San Norte quería estar preparado. Presumía de ser el mejor espadachín del mundo. De hecho, durante sus días de bandido, en una ocasión logró vencer a un regimiento de caballería entero con un cuchillo de carne de hoja curva. Pero esta espada era... ¡maldita sea!... confusa.

En el mango había una inscripción clara y elegante con el nombre ZAR LUNAR XI. El padre del Hombre de la Luna había sido el último zar, o gobernante, de la Edad de Oro, y su espada había sido forjada con tanto cuidado que ni siquiera Norte la podía igualar. Norte había fabricado muchas armas excepcionales, incluso algunas con fragmentos de meteorito antiguo, pero nada como esa sorprendente hoja. Nunca resultaba pesada, por mucho que Norte practicara con ella. La empuñadura se cerraba sobre su mano con fuerza en cuanto la blandía, y se soltaba cuando se disponía a dejarla. Podía cortar por la mitad piedras enteras de un solo golpe. No era una espada para acabar con un enemigo corriente, de eso estaba seguro. Pero quería, por no decir que necesitaba, comprender todos los poderes que ocultaba. ¿De qué otro modo iba a sacarle partido, en especial contra Sombra?

Los yetis hicieron todo lo que pudieron para ayudar. Los habilidosos guerreros poseían un arsenal increíble de ballestas, picas, porras, puñales, lanzas, bayonetas y dagas, y usaron todas contra esta sorprendente espada. Norte salió victorioso en cada ocasión, pero no siempre fue gracias a su habilidad, sino por la espada misma.

El arma tenía una mente propia. Saltaba de la vaina a la mano de Norte si se avecinaba algún peligro, incluso durante los ataques amistosos de los yetis. Parecía guiarle para detener todos los golpes de su oponente.

Aquello hirió el orgullo de Norte. Durante las prácticas de esgrima, por todo el Lamadario se le oía con frecuencia gritando: «¡Para! ¡Soy el mejor espadachín que ha respirado!»; o: «¡Haz lo que te ordeno, viejo montón de polvo de estrellas!».

Aquella mañana, durante una lucha de práctica con Yaloo, el feroz y amistoso líder de los yetis, Norte venció fácilmente al peludo gigante. Y Yaloo portaba la más temible de las armas de los yetis: un abominable cambiahumores. A Yaloo no pareció importarle, pero Norte estaba empezando a compadecerlo.

—La próxima vez me vencerás —dijo Norte con una risa de buen humor. Al alargar el brazo para darle a Yaloo un apretón de manos, la espada salió volando. Parecía decidida a caer desde la torre.

Norte trató de agarrarla desesperadamente, pero fue demasiado rápida. Yaloo y él miraron hacia bajo aterrados. Tashi, uno de los tenientes de Yaloo estaba abajo con el Gran Lama. Los dos estaban erguidos sobre la cabeza meditando. La espada se dirigía directo hacia ellos.

¿Qué se le grita a un yeti y a un antiguo monje guerrero de la Luna cuando una espada mágica está a punto de empalarlos?, se preguntó Norte fugazmente.

—¡Levantad la cabeza antes de que la perdáis! —bramó.

Entonces ocurrió algo sorprendente: cuando la espada se acercaba a ellos, dejó de caer. Flotó un instante por el aire y luego empezó a ascender. Norte alargó el brazo y sintió un hormigueo en la mano. Y aunque la espada se encontraba a una treintena de metros de distancia, voló instantáneamente hasta él y le golpeó en la palma con un porrazo satisfactorio.

Norte, asombrado, giró el arma una y otra vez. La espada había caído por su propia voluntad para enseñarle sus secretos: podía cambiar de dirección para evitar causar daños. Intentó probar con el pulgar si estaba afilada, pero la punta de la espada se apartó.

—¿La espada solo puede herir a mis enemigos? —preguntó en voz alta. Yaloo indicó con gestos que lo atacara.

Norte se detuvo, pero Yaloo se mostró inflexible. Así que Norte respiró hondo y dirigió el filo directamente hacia Yaloo.

El yeti ni se inmutó, y el filo volvió a apartarse, negándose a hacerle daño.

—Menudo chisme. Se supone que una espada hace lo que yo quiero. ¿Por qué se me ha dado una espada que lucha contra mí? —dijo Norte echando humo.

El yeti miró a Norte con expresión divertida.

—Quizá el arma esté luchando precisamente a tu favor —sugirió.

Eso le gustó a Norte. Mostró su acuerdo asintiendo cuando oyó tras él un callado «ejem». Norte se volvió. Ombric estaba allí. Parecía deseoso de hablar.

—He estado trabajando en algo que podría ayudarnos —dijo el mago como si retomara una conversación anterior, una que no tenía nada que ver con la espada de Norte.

Norte vio en los ojos del mago un gran nerviosismo. Ombric ya había descubierto que los ламas tenían un magnífico reloj que registraba cada segundo del tiempo. Era una de las pocas posesiones que los ламas habían podido traer a la Tierra antes de que Sombra destruyera su planeta de origen. Le dijeron a Ombric que el reloj era tan antiguo como el tiempo mismo, y que podía hacer retroceder en el tiempo a su usuario un minuto, un día, un año o incluso siglos.

El mago había estado estudiando incansablemente el reloj enorme y redondo. Le costaba creer que él, el príncipe de la invención, nunca hubiera intentado crear una maravilla así con sus propias manos. El reloj, que medía más de diez metros de altura, no se parecía a nada que hubiera visto antes. Constaba de docenas de anillos entrelazados que giraban y rotaban unos dentro de otros. Los anillos estaban hechos de un metal conocido solo en el

planeta de origen de los lamas y en su centro destacaba una columna cubierta de esferas de reloj de diverso tamaño. Servían para poner el reloj en el momento y lugar exacto de la historia al que se quisiera viajar.

Con un poco de ensayo y error, Ombric había aprendido a realizar cortas visitas al pasado.

Sin importar el tiempo que realmente se quedaba en el pasado, volvía al presente pocos minutos después de su partida. En el Lamadario, todos se acostumbraron a verle aparecer de la nada contando aventuras increíbles.

Un día le dijo a Katherine que había ido a ver la construcción de la Gran Pirámide de Guiza.

—Menos mal que habían aprendido a hacer levitar grandes rocas. Si no, nunca habrían acabado esa cosa —declaró el mago—. Lo raro es que durante un tiempo estaba coronada con una piedra con forma de huevo.

Después de otro viaje, aterrizó en medio del patio del Lamadario, con la cara roja, jadeando y con un enorme agujero en la túnica.

Norte nunca había visto al mago tan fuera de sí.

—¿Qué ocurre, viejo? —preguntó.

—La mayoría de los dinosaurios eran, en realidad, criaturas amigables —respondió Ombric al recuperar el aliento—. Pero los rex esos, ¿tiranosaurios? Cuando tienen hambre lo muerden todo.

Todos esos viajes por el tiempo produjeron historias interesantes, aunque Norte no veía la utilidad que tenían para derrotar a Sombra.

Pero en aquella ocasión, Ombric planeaba hacer algo más que viajar en el tiempo.

—Voy a viajar al momento en el que Sombra atacó la Luna —le dijo a Norte—. Podré ver exactamente dónde cayeron las reliquias. Si las encontramos, tendremos más posibilidades de vencer.

Y se fue.

Pero durante aquel viaje, algo inusual —incluso desconcertante— ocurrió. Ombric parecía muy turbado cuando les relató su última aventura. Estaban cenando en el ajetreado comedor del Lamadario. Los yetis, los lamas y los gansos blancos comían ruidosamente mientras él contaba lo ocurrido.

—Viajé atrás en el tiempo, justo antes de la batalla de la Edad de Oro —les explicó—. Pude ver la nave de Sombra ocultándose en el lado oscuro de la Tierra, esperando atacar a la Luna. De repente, se me ocurrió que podría avisar al Hombre de la Luna y a su familia. Tenía la esperanza de detener todo esto antes incluso de que empezara. Pero entonces noté que había alguien a mi lado.

»Me volví para verle y, allí mismo, para mi enorme sorpresa, encontré a un tipo de lo más curioso flotando a mi lado. Medía por lo menos dos metros de altura, vestía prendas del diseño más peculiar y sostenía un bastón largo con una joya en forma de huevo en la punta.

—¿Quién era? ¿Te dijo algo? —preguntó Katherine.

—Sí me dijo algo —confirmó el mago—. Repitió una palabra: «Malo, malo».

—¿Eso es todo? —inquirió Norte, bajando la cuchara sopera.

—No del todo —explicó Ombric—. Me tocó el hombro con el huevo enjoyado y de pronto estaba aquí de vuelta.

—Me has contado muchas cosas extrañas, Ombric, pero esto es la monda —dijo Norte, volviendo a sorber la cena.

—Quizá haya dejado de lado la parte más extraña —añadió el mago con tono siniestro—. Las orejas de aquel tipo...

—¿Sí? —dijo Norte.

Ombric se inclinó hacia delante.

—Señor Norte —dijo con entusiasmo dramático—, eran las orejas de un conejo gigante.

CAPÍTULO SIETE

Una Gran Historia para un Conejo

KATHERINE Y NORTE SIMPLEMENTE no sabían qué decir sobre el conejo parlante de dos metros de altura. Habían visto muchísimas cosas asombrosas con el gran mago, pero eso les resultaba, bueno... de lo más extraño.

Norte fue el primero en verbalizar sus dudas.

—¿Un hombre-conejo parlante interestelar? —preguntó—. ¿Estás seguro de que tanto viaje en el tiempo no está revolviéndote los sesos?

Ombric alzó las cejas ante su antiguo pupilo.

—Sí, suena, hmmm... de lo más inusual —añadió Katherine.

Las cejas de Ombric ascendieron aún más. Le sorprendía que dudaran de él. Empezó a ponerse de mal genio. Después su bigote empezó a ondularse, formando rizos apretados.

Pero entonces Ombric recordó que él también había dudado de la existencia de ese conejo cuando leyó sobre él en un antiguo texto de la Atlántida. De hecho, había considerado a la criatura un mero mito hasta que la vio flotando a su lado.

—Si no me equivoco —comenzó el mago con la voz del más paciente de los profesores—, este hombre-conejo, como tú lo llamas, es un pooka... la criatura más rara y misteriosa del universo.

Norte y Katherine estaban intrigados. Ellos alzaron ahora las cejas.

—Se cuentan entre las criaturas más antiguas de la creación —prosiguió Ombric—, se sabe poquísimas de ellas y se entiende todavía menos. Según

se dice, vigilan la salud y el bienestar de los planetas.

—Este pooka es en efecto misterioso —interrumpió el Gran Lama, que estaba en pie junto a los otros lamas en su serena formación en forma de V. Habían entrado en la habitación, como siempre, en total silencio y habían sorprendido a nuestros héroes con su llegada.

—¿Conocéis a esa... cosa? —preguntó Ombric mostrando su sorpresa.

—Sabemos que no es una cosa —contestó un lama muy alto.

—Sabemos que posee un gran conocimiento —añadió otro.

—Sabemos que es difícil de encontrar —dijo el más bajito.

—Sabemos que prefiere pasar desapercibido —señaló otro de ellos.

—Hemos oído que le gustan los huevos —exclamó otro.

—... Y el chocolate —subrayó el más bajito.

—O eso pensamos —concluyó el Gran Lama.

Katherine, Norte y Ombric reflexionaron sobre aquella extraña aria informativa de los lamas.

—Un hombre-conejo que viste una túnica, viaja en el tiempo y le gustan los huevos —resumió Norte procurando no reírse.

—¡Y el chocolate! —añadió Katherine con malicia.

—Una sustancia que aparentemente inventó él —exclamó el Gran Lama.

—¡Pensé que había sido yo quien inventó el chocolate! —dijo Ombric indignado.

—Eso, querido Ombric, es lo que el pooka ha querido que pienses —replicó el Lama.

—O eso pensamos —añadió otro.

Ombric meneó la cabeza, confuso.

—Me voy a viajar en el tiempo. Por lo menos el pasado es seguro. De eso no hay duda.

—Pero no te inmiscuyas en los acontecimientos del pasado —le advirtió el Gran Lama.

—Está prohibido —dijo el lama más alto.

—Y al pooka no le gusta —observó otro.

Cuando el mago entró en la máquina del tiempo y puso las coordenadas, contestó:

—Bien.

Y desapareció, adentrándose en las certezas del pasado.

Norte y Katherine se quedaron mirando el reloj durante un rato y después intercambiaron una mirada inquieta.

—Siempre me preocupo por él cuando vuelve allí. Dondequiera que vaya —admitió Norte.

Katherine asintió levemente.

—Yo también.

—Pero este viejo pájaro es muy duro —opinó Norte justo cuando Kailash se acercó caminando y empezó a frotar la cabeza contra ellos—. Y este joven pájaro, que también es duro, necesita comer —añadió con una risita.

Levantó a Katherine y la colocó sobre el lomo de Kailash.

—Tu ganso es tan grande como Petrov... ¡y sigue creciendo!

—¿Me ayudas a darle de comer? —preguntó Katherine.

—Quizá esta noche —contestó Norte mientras le apartaba el cabello del rostro. El pelo de Katherine siempre le caía sobre un ojo y Norte solía apartárselo.

Katherine miró hacia su apuesto amigo. También estaba algo preocupada por él. Había estado trabajando mucho para averiguar cómo usar su nueva espada.

—Está bien. Luz Nocturna me ayudará —aseguró la niña.

Katherine recordó el día en que Norte, Ombric y ella se habían inclinado ante el Hombre de la Luna y habían hecho el juramento de proseguir en la lucha contra Sombra. Norte había jurado usar la espada con sabiduría y rectitud. Así que debía estudiar. Ella estaba agradecida por la ayuda de Luz Nocturna, puesto que ser un Guardián resultaba más difícil de lo que habían pensado. Y estaba a punto de volverse más difícil de lo que jamás hubieran imaginado.

CAPÍTULO OCHO

Un Bote, un Brinco y un Salto en el Tiempo

EN LAS PROFUNDIDADES DEL RELOJ, Ombric estaba dando saltos mortales a través del tiempo a una velocidad furiosa. El mundo a su alrededor pasaba del día a la noche en un abrir y cerrar de ojos. Vio pasar estaciones enteras en cuestión de segundos. Los siglos quedaban atrás mientras él flotaba alejándose del Lamadario. Miró hacia el cielo, donde el sol y las estrellas pasaban trazando una espiral a la velocidad de un cohete. Día. Noche. Día. Noche. Más rápido de lo que se puede describir, y marcha atrás. La Luna también estaba allí, y en un destello vio la explosión del galeón de Sombra y la última gran batalla de la Edad de Oro. Pero todo ocurrió demasiado rápido. Las reliquias cayeron de la Luna demasiado rápido para rastrearlas.

Sin embargo, a Ombric no le preocupaba demasiado. Ralentizaría su trayectoria durante el viaje de vuelta y tomaría nota de su paradero. Y si su plan funcionaba, ni siquiera le haría falta.

Empezó a alejarse de la Tierra, adentrándose cada vez más en el espacio. Viajaba tan rápido a través del tiempo que los cometas, planetas y galaxias pivotaban y resplandecían a su alrededor como fuegos artificiales, pero su tamaño resultaba indescriptible.

Entonces Ombric se dio cuenta de que aquellos resplandores que estaba viendo eran la muerte de los mundos de la Edad de Oro. Estaba presenciando cómo el galeón de Sombra destruía una constelación tras otra.

Después, a medida que Ombric seguía retrocediendo en el tiempo, el universo a su alrededor se iluminó.

Las naves de la Edad de Oro surcaban el cielo a su alrededor. ¡Por fin! La edad que tanto había estudiado y que nunca pensó que vería. Apenas podía asimilar todo aquello. Las ciudades que veía eran colosales, magníficas, más mágicas de lo que jamás hubiera imaginado. Le rompía el corazón pensar en las maravillas y la gloria perdidas de esta era perfecta, y se sintió más decidido que nunca a llevar a cabo su plan.

No tardó en encontrarse en el infame planeta prisión, el enorme calabozo oxidado donde los Ejércitos de la Edad de Oro habían encerrado a los temores, sus prisioneros. El paso del tiempo se ralentizó y el mago paro su viaje apenas unos instantes antes de que los temores engañaran a Sombra y escaparan. Ombric se escondió tras un gran pilar a casi un metro de distancia de Sombra, que estaba en pie en posición de guardia frente a la única puerta de la prisión.

Era sorprendente ver su archienemigo tal y como había sido antes de su cambio hacia el mal. Tenía todo el aspecto de un gran héroe. Fuerte. Valiente. Incluso noble con aquel uniforme militar de la Edad de Oro. Pero su decidida expresión parecía cansada y teñida de dolor.

Desde detrás de la descomunal puerta, Ombric pudo oír el rumor de los susurros y murmullos de los prisioneros. El ruido ascendía hasta su punto máximo y después volvía a bajar, retumbando de forma espeluznante desde dentro.

Qué sonido tan horrible, pensó Ombric. Es como el mal mismo. Oír esto un día tras otro volvería loco a cualquier hombre. Y, efectivamente, el fantasmal ruido parecía pesar sobre Sombra. Tenía el rostro demacrado y cerraba los puños con ansiedad.

Pero entonces sacó un guardapelo del bolsillo de su túnica. La cadena colgaba alrededor de su cuello. Presionó el cierre, que se abrió de golpe, mostrando una minúscula fotografía. Ombric logró distinguir el rostro de una niña. Sombra observó la imagen, que le proporcionaba un gran consuelo. El rostro se le ablandó y su tristeza se redujo. Ombric conocía aquella expresión. La había visto innumerables veces. Era la mirada de un

padre mirando a sus hijos. *¡Sombra tenía una hija!* El mago pudo sentir los deseos de Sombra de ver a su hija en persona.





La hija de Sombra

Los temores también presintieron sus deseos. Su extraño murmullo cambió de tono, sus súplicas adquirieron la voz de una niña pequeña.

—Por favor, papá —susurraban—. Por favor, por favor, abre la puerta.

Un resplandor momentáneo de esperanza surcó el rostro de Sombra. Sus ojos se iluminaron, para después apagarse al reconocer la realidad oculta tras ese sonido: una trampa de los temores. Se podía ver que estaba acorazándose contra el mal, arqueando los hombros y apretando la mandíbula, pero los temores volvieron a suplicar.

—Papá —gimieron—, estoy atrapada aquí con estas sombras y tengo miedo. Por favor abre la puerta. Ayúdame, papá, por favor.

Sombra miró de nuevo la fotografía. Las súplicas se volvieron más desesperadas. Más hipnóticas. Sombra parecía estar cayendo en un trance.

De repente, el pánico pareció poseer su rostro. Alargó las manos hacia la puerta. El guardapelo se le cayó del cuello. Ombric lo agarró antes en el aire y cuando se disponía a evitar que Sombra abriera la puerta de la prisión, el misterioso pooka reapareció. Ombric comprobó que no podía moverse ni pronunciar sonido alguno.

El pooka alzó la mano y meneó la cabeza.

—De eso nada —le reprendió.

Los lamas le habían dicho a Ombric que no podía alterar los acontecimientos durante los viajes en el tiempo, que solo podía observarlos. Aparentemente, el pooka estaba allí para evitar que lo intentara.

Ombric miró al pooka y luego a Sombra, justo a tiempo para ser testigo de la agonía y la sorpresa en los ojos del carcelero: la desesperación de un

padre amoroso intentando salvar a su hija de los temores. Cuando la puerta se abrió de par en par, lo único visible era un remolino de criaturas oscuras con forma de serpiente. Antes de que Sombra pudiera gritar el nombre de su hija, estaba rodeado por sombras malignas. ¡En menos de un instante se derramaron a su alrededor, sobre él, dentro de él! Era una visión espeluznante. Ombric nunca la olvidaría.

Sombra luchó con valor, pero pronto sucumbió al mal que lo cubría y que lo retorció hasta la locura. Se hinchó hasta diez veces su tamaño normal y su rostro se volvió monstruoso y cruel.

Ombric observaba todo esto: entonces, transpuesto, sintió en el hombro el toque familiar del huevo que remataba el bastón del pooka. Lo iba a enviar de vuelta al presente. Cuando empezó a hacerse borroso y a desaparecer, pudo ver a Sombra inclinar la cabeza hacia atrás y rugir con la amenazadora risa de diez mil temores.

CAPÍTULO NUEVE

El Secreto de la Espada

MIENTRAS OMBRIC OBSERVABA el curso de la historia, Norte estaba en la biblioteca del Lamadario estudiando su nueva espada. La había estado examinando durante semanas con todos los medios a su disposición: lupas de todas las formas, tamaños y fines, microscopios, maxiscopios, telescopios. Había hecho tantos hallazgos increíbles que emborronaban su ágil mente. El metal de la espada podía transformarse. Algunas veces era principalmente de hierro, luego se convertía en acero, y en metales que Norte no supo clasificar. Podía poseer propiedades magnéticas o adquirir una fuerza incalculable, y a veces emitía diversos tipos de luz: luz de sol, luz de luna, luz de cometa y luces que no tenían nombre. Norte empezó a comprender que el arma era en realidad un ser vivo.

Durante la batalla se transformaba en una espada convencional: un filo largo con una superficie protectora sobre el mango. Pero, según las circunstancias, hacía brotar varios complementos mecánicos. A oscuras, por ejemplo, aparecía una curiosa esfera que emitía luz. Cuando el peligro era inminente, las joyas de la cazoleta cambiaban, algunas veces para revelar mapas de las estrellas, la Luna o incluso la Tierra.

Pero el cómo, el porqué y la naturaleza de aquellos aparatos seguían resultándole un misterio.

Norte pensó en lo que Ombric siempre decía de la magia: que su verdadero poder reside en la fe. Norte estaba convencido de que esa espada tenía poderes inexplicables. Confiaba en que la espada pudiera decir lo que

necesitaba saber con más urgencia. Así pues, cerró los ojos y se concentró de cuerpo y mente en esa fe.

—Tengo fe. Tengo fe. Tengo fe —dijo en voz muy baja.

Al recitar esa frase una y otra vez, sus pensamientos empezaron a despejarse de forma pura y afilada, hasta que le quedó una sola pregunta. ¿Dónde estaban las demás reliquias? Fue como si la espada dirigiera sus pensamientos.

Y entonces, con el clic más sutil, Norte percibió un cambio en la espada.

Abrió los ojos y vio que la esfera metálica había aparecido. Se abrió, desenvolviéndose como un rompecabezas intrincado. Dentro había un mapa de la Tierra, y en el mapa había cuatro joyas relucientes. *Cuatro joyas...* La mente de Norte avanzaba a toda prisa. *Cuatro joyas... ¿serán las cuatro reliquias?* ¡Seguramente! Cada joya marcaba su situación. ¡Bastaba con seguir ese mapa!

Deseoso de compartir las noticias con el mago, Norte corrió por el Lamadario. Encontró a Ombric en la torre justo cuando aparecía tras su último viaje en el tiempo.

—¡Tengo la respuesta, viejo! —exclamó Norte dándole una palmada en la espalda.

—Y yo tengo nuevas preguntas —dijo Ombric cansado.

En ese momento, Katherine entró corriendo en la habitación.

—¡Luz Nocturna ha desaparecido! —gritó.

CAPÍTULO DIEZ

Revelaciones, Terror y Temeridades

KATHERINE INTENTÓ DOMINAR el pánico, pero su voz temblorosa la delataba.

—No ha vuelto desde anoche. Nadie lo ha visto —explicó apresuradamente.

Tanto Ombric como Norte se tensaron. Sabían que las visitas de Luz Nocturna eran tan puntuales como un reloj. También sabían que Santoff Claussen siempre era su último destino antes de regresar al Lamadario.

—Solo una cosa podría retrasar al chaval —dijo Norte en voz baja.

—Sombra —susurró Katherine.

Mientras hablaban, Ombric ya estaba intentando conectar con sus búhos. Siempre estaban alerta en la biblioteca y estaban preparados para informarle telepáticamente en todo momento. Se concentró con todas sus fuerzas, pero la línea de comunicación mental estaba cortada. ¿Sería posible? No podía percibir ni siquiera un eco de emoción de los búhos. Si no podían hablarle, por lo menos podría sentirlos. Pero no había nada.

La nada era lo que más le asustaba. Se dio la vuelta y miró a Norte a los ojos. No hacía falta decir nada: Norte comprendió inmediatamente.

—¿A Santoff Claussen? —preguntó Norte.

—Y cuanto antes —respondió Ombric.

La pregunta era: ¿qué método les llevaría allí «cuanto antes»? Ombric sabía que carecía de la resistencia necesaria para realizar una proyección astral^[1]. Los viajes en el tiempo siempre lo dejaban exhausto. Además,

Norte y Katherine no podrían acompañarle con ese método. ¿Los renos? Necesitaban que el niño espectral creara caminos de luz sobre los que volar. El genio, por supuesto, lo habían perdido. La mente de Ombric calculaba ansiosamente todas las posibilidades cuando le interrumpió la repentina aparición de los ламas.

—Tenemos un transporte adecuado —dijo el Gran Lama.

—Es rápido —puntualizó otro lama.

—Y es cómodo —añadió un tercero.

—Y fácil de pilotar —afirmó el más bajito.

Ombric temía la serie de respuestas que desencadenaría su próxima pregunta; los ламas siempre contestaban a sus preguntas de forma fragmentada.

—¿Dónde está el artefacto? —preguntó Ombric intentando sonar paciente y apresurado al mismo tiempo.

Los ламas se miraron entre sí para decidir quién contestaría primero.

Ombric, Norte y Katherine se movían con impaciencia. Estaban perdiendo el tiempo.

Al fin, el Gran Lama habló:

—¿El artefacto? Estáis dentro de él —dijo con una simplicidad sorprendente—. Basta con que digáis a dónde queréis ir, y esta torre se dirigirá hacia allí con la precisión y velocidad de un cohete. —Entonces los ламas fueron arrastrando los pies hacia el patio—. Estamos seguros de que os las arreglaréis bien —prosiguió el Gran Lama cuando llegaron a la entrada arqueada.

—Pero os sugerimos que os sentéis durante el viaje —dijo el más alto.

—El viaje será muy rápido —afirmó el más bajito.

—Al menos así fue la última vez que lo usamos —añadió otro.

—Hace treinta mil años —aclaró el Gran Lama, que fue el último en salir.

Norte, Ombric y Katherine se miraron unos a otros interrogativamente. Cada uno tomó un asiento y miraron al techo acristalado de la torre. Era perfecto para observar durante un viaje.

—Tenemos todo lo que necesitamos —dijo Norte sosteniendo su espada.

Katherine reprimió una sonrisa. Sabía que Kailash, que dormía debajo de una mesa cercana, estaba a bordo de la nave. Pero consideró que sería mejor guardarlo en secreto.

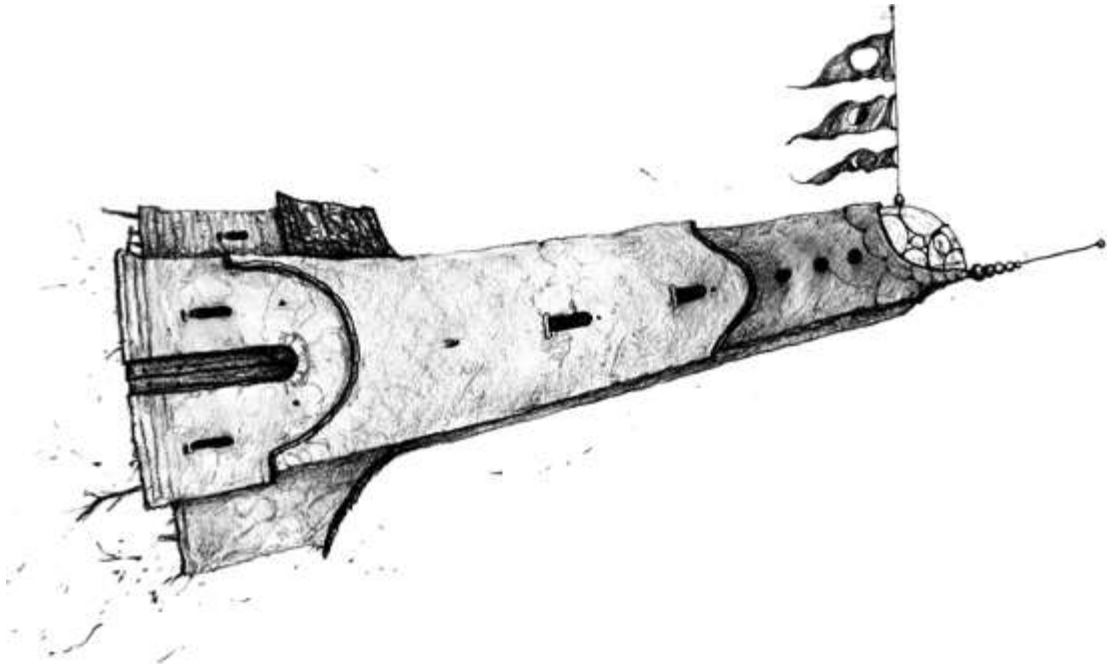
Ombric se volvió hacia ella y dijo:

—Querida, da la orden.

Katherine se agarró con fuerza a los brazos de su asiento y exclamó:

—A Santoff Claussen cuanto...

Antes de que terminara la frase, ya habían despegado.



La torre del Lamadario en una forma estupenda de viajar

CAPÍTULO ONCE

Mientras la Torre Vuela

LOS LAMAS HABÍAN DICHO LA VERDAD. La torre era una aeronave magnífica. En cuanto hubieron despegado, todo su interior empezó a transformarse mecánicamente. Mientras la torre cambiaba su trayectoria a posición horizontal, las sillas resbalaron hacia el techo de cristal. El suelo empezó a pivotar y a inclinarse, al igual que las paredes, hasta que se formó una especie de cabina con enormes ventanas en forma de luna.

Las vigas, las baldosas de mosaico del suelo, el papel de las paredes, los paneles de control... todos los elementos de la cabina de la nave adquirieron distintas formas de la luna: llena, media o creciente. Era encantador y, como habían prometido, cómodo.

Norte examinó los gráficos e instrumentos.

—Esta pantalla muestra nuestra posición actual —anunció, y después señaló a otra, luego a otra—. Esta indica nuestra velocidad. Esta, nuestra trayectoria. Y aquí está la hora de llegada. —Parecía complacido por la lectura de los instrumentos—. Llegaremos allí dentro de una hora —les dijo.

Katherine se sintió aliviada al oír la predicción de Norte. Viajar desde el Himalaya hasta el rincón más lejano de Siberia Oriental en cuestión de minutos era algo asombroso. Ni siquiera los renos habrían sido capaces de alcanzar una velocidad así.

Pero Ombric permanecía en silencio. Katherine podía ver en su expresión que aquella velocidad no era suficiente. Entonces vio el

guardapelo que aferraba en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Ombric estaba perdido en sus pensamientos y no pareció oírla. La niña le quitó cuidadosamente el guardapelo y lo abrió. Vio la imagen de la niña, que tendría más o menos su misma edad. Katherine miró con atención a la encantadora niña de pelo negro como un cuervo y mirada fascinante.

—Es la hija de Sombra —dijo Ombric, que cerró los ojos en el vano intento de comunicarse con los búhos—. Lo vi sosteniéndolo en el pasado, antes de volverse malo.

Katherine estaba atónita. Ella no recordaba a su propio padre. Y aunque intentara imaginarlo, su imagen mental no resultaba demasiado clara: lo perdió cuando ella era demasiado pequeña. Era igualmente difícil imaginar que Sombra había sido padre. O que había sido bueno. Recordó con un escalofrío que Sombra había jurado convertirla en princesa de los temores. Pero ahora, junto al sentimiento de horror apareció una tristeza que igualaba a su propia sensación de pérdida y añoranza.

Sombra tenía una hija. ¿Qué habría sido de ella?

¿Y qué le había ocurrido a Luz Nocturna?

Kailash había llegado de la parte trasera de la torre. Graznó y se apretujó dificultosamente contra la puerta de la cabina principal. Consiguió abrirla con un gran empujón. Se acomodó junto a Katherine y se enrolló a su alrededor en actitud protectora, ofreciendo su emplumado y cálido cuerpo para que la niña se apoyara.

Norte miró el rostro compungido de Katherine. Le alegró que Kailash estuviera allí para consolarla. Sabía por el silencio concentrado de Ombric que las cosas en Santoff Claussen serían peligrosas.

Así que se relajó para la oscuridad que tenían por delante.

CAPÍTULO DOCE

Oscuridad Delicada

ANTES DE QUE LOS VIAJEROS se dieran cuenta, el vehículo empezó a descender, volando cada vez más bajo, hasta que prácticamente rozaba las copas de los árboles del bosque encantado de Santoff Claussen. Tuvieron que entrecerrar los ojos para ver el pueblo. Las nubes tapaban la Luna y las estrellas. Lo más inquietante era que ninguna luz brillaba en las ventanas. El pueblo era una sombra.

La aeronave aterrizó con increíble silencio al borde del bosque. Norte abrió con cuidado la puerta en forma de luna y todos miraron el pueblo que había fuera. Nunca había estado tan silencioso. Norte miró a Ombric con una expresión tensa e interrogativa, desenvainó la espada mágica y descendió primero.

—Quédate detrás de mí. Corre si te digo que lo hagas —le dijo a Katherine.

Mientras hablaba, la espada cambió: la luz surgió mágicamente del filo. El brillo iluminó su camino. Norte sintió una vibración. ¿Sería la espada avisándole del peligro? No estaba seguro.

Caminaron hacia la Gran Raíz despacio, escrutando el lúgubre paisaje en busca de cualquier señal de vida.

Katherine nunca había visto una noche tan oscura ni oído un silencio tan absoluto, ni siquiera la noche en que Sombra se encontró con ella y sus amigos en el bosque. Era como si toda la vida del lugar se hubiera marchado. No había ni un movimiento, ni una ráfaga de brisa. A su

encuentro no voló ninguna luciérnaga, ningún pájaro nocturno. Y de los mapaches o los tejones, ni rastro.

Katherine tomó a Norte de la mano; con la otra sujetaba el cuello de Kailash.

—¿Dónde está todo el mundo? —susurró.

En vez de contestar, Ombric se detuvo de golpe. Algo reflejaba la luz de la espada de Norte. El mago se acercó a recoger lo que parecía ser un trocito de cristal. Lo examinó a la luz. Era una ardillita de porcelana. Parecía un juguete. Lo giró de un lado y de otro y dijo:

—Parece que Sombra ha perfeccionado el conjuro de esclavitud.

Parecía preocupado. Echó a andar hacia delante y siguió examinando el suelo.

Aunque la quietud espeluznante persistía, la gruesa capa de nubes se empezó a disipar mientras el trío se abría paso hasta el pueblo, permitiendo así que una parte de la luz de la luna penetrara en la oscuridad. Pero solo les ayudó a ver el horror que los rodeaba.

Katherine vio pequeñas versiones de seres vivos por todas partes. Había ejércitos enteros de ardillas, mapaches y zorros. Parecían congelados en medio de la batalla.

Por más que lo intentara, Katherine no pudo contener las lágrimas. ¿Sombra había congelado todo? Casi se tropezó con el Ánima del Bosque. Los velos del Ánima, que solían flotar, colgaban quietos y rígidos, y sus gemas tenían el brillo inerte de la cerámica. Su expresión congelada mostraba determinación feroz. En las manos sostenía una espada enjoyada. Sin duda había sido congelada durante un intenso forcejeo, del mismo modo que el Ánima había hecho con quienes había encantado.

Katherine miró los ojos vidriosos del Ánima y observó algo que nunca habría imaginado: miedo. Luego la niña se secó las lágrimas y decidió no derramar ni una más. Tenía que estar alerta. Corrió para alcanzar a Norte y a Ombric.

Norte se había adelantado para reconocer la zona. Katherine deseaba con todas sus fuerzas que encontrara al menos un ser vivo que hubiera logrado escapar del conjuro de esclavitud de Sombra, pero cuando estaban cerca del pueblo y de la Gran Raíz, comprendió que no sería así. Todos los

seres vivos de Santoff Claussen habían sido convertidos en muñecos de porcelana. Incluso el oso. Katherine tuvo que contener las lágrimas que volvían. Ahora el oso parecía pequeño e indefenso.

Petrov, el caballo de Norte, yacía de lado frente a la puerta destrozada de la Gran Raíz. Parecía que el conjuro de Sombra le había afectado mientras intentaba apartar la oscuridad con los cascos, apoyado en las patas traseras. Norte corrió hacia él sin palabras.

Ombric caminó entre los padres de los niños. Yacían helados alrededor del árbol con los rostros desfigurados por el terror. El miedo dio paso a la rabia al entrar en la Gran Raíz. Los búhos estaban inmóviles en sus perchas alrededor de la esfera de Ombric. Las decenas de abejas y hormigas que poblaban la Gran Raíz estaban desperdigadas por el suelo, como si un niño revoltoso hubiera tirado las minúsculas piezas de un juego de porcelana.

Ombric y Norte, absortos, evaluaron los daños en silencio. La biblioteca estaba vacía. No quedaba ni un solo libro. Los vasos y las probetas que Ombric usaba para sus experimentos mágicos estaban hechos añicos por el suelo.

—Ni libros ni niños —dijo Ombric en voz baja—. ¿Y dónde está el señor Qwerty?

Katherine apareció detrás de él. ¿Dónde estaba Petter? ¿Y Sascha? ¿Y todos los Williams? Se puso de rodillas, limpiando y apartando a sus amigos insectos para que nadie los pisara. Entonces un pedazo de cristal reluciente llamó su atención. Lo agarró. Solo entonces percibió el fragmento plateado de un filo que yacía cerca. Luego otro. Y otro.

Le temblaban las manos cuando examinó los pedazos. Los rodeaban gotas relucientes, como cuentas de luz.

—Es la punta del bastón de Luz Nocturna —dijo con un grito apagado.

Ombric y Norte se arrodillaron junto a Katherine. Una pequeña y apagada luz de luna —¡la luz de luna de Luz Nocturna!— se ocultaba bajo el trozo más grande del filo. Con sumo cuidado, Katherine acunó la luz entre sus manos.

—¿Qué ha ocurrido, luz de luna? —preguntó con suavidad—. ¿Dónde están todos?

Solo Ombric hablaba la lengua de la luz de luna, así que meneó su bastón y de pronto la memoria de la pequeña criatura se desplegó sobre el cristal redondo del lecho esférico.

La luz de luna brillo con toda la fuerza que pudo, y aunque vacilaba y parpadeaba, Ombric, Norte y Katherine pudieron ver y oír la terrible historia del regreso de Sombra.

CAPÍTULO TRECE

La Luz de Luna Cuenta su Trágica Historia

ESTAMOS EN EL ÁRBOL LA GRAN RAÍZ, comenzó la luz de luna, desde unas ramas en el exterior de una ventana. Observamos a los niños en la cama. El libro de la Katherine les está contando las historias de la Kailash. ¡Qué calentitos y contentos están los niños! Igual que nosotros, mi niño Luz Nocturna y yo. Pero sentimos que algo nos molesta. Una especie de miedo sombrío. Viene como el viento. No podemos verlo. Pero lo sentimos. Las nubes llegan rápidas y oscuras, y la luz de la luna y las estrellas desaparecen de repente. Así que mi niño Luz Nocturna mira hacia el bosque. A nuestro alrededor solo hay ruido malo. Las criaturas del bosque entero son todo parloteo y gritos.

A tan terrible velocidad llegan las sombras. Salen del bosque. Van hacia el pueblo. Hacia la Gran Raíz. ¡Hacia *nosotros*! La dama Ánima del Bosque es la que lucha con más ferocidad, pero nada puede detener al Sombra. Lleva puesto el traje de genio metálico y tiene una espada muy oscura. Atrapa cualquier luz que se le acerca. Entonces el Sombra dice unas palabras... conjuros, creo... y todos los que están cerca cambian. Todos se vuelven pequeños y quietos, y no se mueven más.

A mi niño Luz Nocturna le cambia la cara. Parece que tiene un plan. Tiene la mirada que le he visto otras veces, cuando está a punto de hacer algo de lo más inteligente y arriesgado.

Así que escucho lo que me dice con su habla mental: *El juego que voy a probar es de lo más difícil. No te dejes engañar por lo que ves.*

Entonces me mira de cerca y dice en voz muy alta: *Vuela con rectitud y sinceridad y nunca temas.*

Y agarra el bastón al que estoy atado y me apunta hacia el Sombra. Me lanza con todas sus fuerzas. A toda velocidad. Rápido como la luz. Y golpeo el metal. La daga de diamante donde vivo atraviesa el metal de la armadura del genio y se introduce en la oscuridad misma del Sombra. Oigo al Sombra gemir con el mayor dolor, y siento que cae. Pero puedo ver su corazón frío y negro. No lo he atravesado. A mi alrededor todo es oscuridad. El corazón frío sigue latiendo.

El Sombra avanza, puedo sentirlo. Pero no puedo ver lo que ocurre fuera. Oigo muchos gritos y chillidos muy altos. Oigo al oso rugiendo y al caballo emitiendo sonidos de batalla, pero uno a uno, todos se quedan callados.

Oigo al Sombra.

Respira lenta y pesadamente, pero ahora grita.

«¡DÓNDE ESTÁ! ¡DÍMELO!», pregunta con maldad.

Después gime y noto que tira. Y luego estoy fuera del Sombra, pero me está apuntando. Me apunta hacia mi niño Luz Nocturna. Estamos en la biblioteca Ombric, pero no hay libros. Todos han desaparecido. El gusanito ha desaparecido. Solo están mi niño Luz Nocturna y los pequeños. Está delante de ellos, como para protegerles, pero está muy herido. De rodillas por las heridas. Pero en su cara no hay miedo. Ni en las de los niños. Y eso enfurece mucho al Sombra. Mucho.

Así que grita: «¡QUIERO LOS LIBROS! ¡LOS LIBROS DE CONJUROS!». Ninguno de los Williams, ni el niño Petter ni la niña Sascha dicen una palabra. Ahora los temores están por toda la habitación. Se acercan, se acercan a mi niño Luz Nocturna y a los pequeños.

Pero mi niño Luz Nocturna dice alto y claro: «¡No nos asustas!». Nunca le había oído hablar con esa voz. Tiene una voz mágica. Como recuerdos lejanos y ecos del pasado. Entonces se ríe del Sombra y salta al ataque. Pero el Sombra me lanza con el bastón contra mi niño Luz Nocturna, y entonces todo a mi alrededor es extrañeza. ¡La punta de diamante golpea a mi niño!

Y hay luces y fragmentos. El diamante no atraviesa a mi niño, sino que se rompe en muchos pedazos. Y mi niño yace quieto. ¡En el suelo! No brilla con fuerza, sino con levedad parpadeante.

Mi daga rota me ha liberado. Soy libre. Así que voy a mi niño, pero el Sombra me golpea con la espada oscura y me hiere. Me quita la luz. Así que me siento débil y no puedo ayudar a mi niño. Los pequeños parecen algo asustados, pero permanecen firmes y miran con rabia al Sombra y sus temores.

«¡Necesito esos libros!», dice el Sombra con una voz baja y terrible. «Ombric tiene que dármelos. ¡Y vosotros seréis el cebo!». Entonces abre su negra capa. Parece devorar la luz al envolver la habitación. En un abrir y cerrar de ojos, todo desaparece. Mi niño Luz Nocturna desaparece también. Y el Sombra.

Solo yo quedo. Y los búhos de juguete.



Entonces la luz de luna se volvió hacia Ombric y los demás. ¡Los pequeños nos necesitan! Mi niño Luz Nocturna dijo que su juego sería de lo más difícil, y que no temiera. Estoy intentándolo. Odio la sensación que tengo. Una sensación de miedo. ¡Pero contar la historia me hace más fuerte!

CAPÍTULO CATORCE

Una Luz de Luna, un Misterio y un Embrollo

LA LUZ DE LUNA estaba exhausta y, tumbada sobre las palmas de las manos de Katherine, se oscureció.

Ombric, Norte y Katherine estaban intentando dar sentido a lo que la luz de luna les había contado. Sabían que la situación era nefasta, pero seguían sorprendentemente tranquilos. Se habían vuelto más y más seguros desde que hicieron el juramento al Hombre de la Luna. Y ahora los tres trabajaban como uno, como una sola mente. Ombric había leído que la amistad podía producir cierto tipo de magia. Para Norte era un concepto nuevo, pero sabía de sobra sus posibilidades, y Katherine, la más joven, era, en ese campo, la más sabia. Sabía en el fondo de su ser que la amistad era una magia con poderes superiores a las palabras y a las posibilidades. Y así la magia se había fortalecido. Podían sentir los pensamientos de los otros uniéndose, siguiendo cada uno de los hilos del relato de la luz de luna, descubriendo preguntas, buscando juntos las respuestas. Aquella curiosa unión les sorprendió por completo, en especial a Ombric. En todos los siglos que había pasado haciendo conjuros, nunca había sentido esa clase de objetivo compartido. Pensó que debía tratarse de algún tipo de unión mental. Era extraño y emocionante.

Katherine formuló en voz alta la primera pregunta:

—¿A dónde se ha llevado Sombra a Luz Nocturna y a los niños?

—¿Qué clase de espada empuña, que es capaz de devorar la luz? — preguntó Norte después—. ¿Y por qué demonios quería Sombra la

biblioteca?

—¡La daga de diamante está hecha añicos! —exclamó Ombric—. Todo es extraño.

La mente del mago se concentró totalmente mientras intentaba comprender ese embrollo, ese misterio que la luz de luna les había presentado. El bigote y la barba empezaron a retorcerse por sí mismos a toda velocidad. Sintió que Katherine y Norte conectaban con sus pensamientos.

Ombric de pronto se dirigió hasta sus estanterías vacías y empezó a examinar cada una con atención. Solo quedaban unos pedazos minúsculos de papel, un fragmento de *Conjuros de los antiguos egipcios*, otro de *Interesantes misterios de la Atlántida*, así como algunas andrajosas esquinas de mapas y planos al azar. Incluso el libro de cuentos de Katherine había desaparecido. Era innegable: la biblioteca que Ombric había estado reuniendo durante cientos de años había desaparecido completamente.

Ombric cerró los ojos y se concentró en busca de restos de magia.

—No veo señales de un conjuro de desaparición —dijo con cierto alivio en la voz—. No se ha usado la magia. Los libros siguen existiendo... en alguna parte. —Entonces se le abrieron los ojos como platos. Sus zapatos estaban apoyados en las puntas. Katherine y Norte lo miraron con desconfianza—. ¡Los ha llevado al centro de la Tierra! —proclamó Ombric triunfante—. De allí ha sacado el plomo. ¡Con él se ha hecho el sable y la capa!

Norte inclinó la cabeza y dijo:

—¿Plomo? ¿Qué tiene de especial el plomo?

—El plomo que hay en el centro de la Tierra lleva allí desde la formación del planeta —explicó Ombric—. Nunca ha visto ningún tipo de luz, así que la luz no puede penetrarlo. Él la absorbe. Así es como Sombra ha podido atacar a Luz Nocturna y a la luz de luna. Les ha robado parte de su luz.

—¡El loco se está volviendo cada día más ingenioso! —exclamó Norte—. ¿Y la biblioteca? ¿Por qué ha venido a buscarla?

Ombric habló con más cuidado, como si lo averiguara a medida que hablaba.

—Sombra necesita todos los conjuros y encantamientos de mis volúmenes para hacerse más poderoso. Quizá para hacerse invencible —añadió, algo sobrecogido—. Pero la biblioteca había desaparecido antes de que pudiera cogerla. —Ombric frunció el ceño—. Y esa es la parte para la que no encuentro explicación.

—Sin magia, ¿cómo pueden haber desaparecido todos esos libros? —preguntó Norte.

—¡Exacto! —dijo Ombric—. Ese es el misterio.

Katherine asimiló toda esa nueva información. Su mente trabajaba con la velocidad del rayo mientras intentaba que todas las piezas encajasen: el relato de la luz de luna, lo que habían encontrado allí, y lo que ella pensaba que significaba. Entonces, de repente, lo supo.

—¡Ha sido Luz Nocturna! —gritó—. Le dijo a la luz de luna que no creyera en lo que veía. ¡Encontró una manera!

Norte y Ombric consideraron esa idea, y los dos se perdieron en sus pensamientos. Entonces el bigote de Norte empezó a retorcerse solo, del mismo modo que el de Ombric poco antes.

—Si Sombra está en el centro del planeta, ¡es una trampa! —exclamó Norte, conteniendo su ira—. Sabe que iremos a rescatar a los niños. —Desenvainó la espada—. Pero no se ha enfrentado a esta espada desde la Edad de Oro, ni a mí empuñándola. —Se volvió hacia Ombric y añadió—: ¿Cómo llegamos al centro de la Tierra, viejo?

Ombric se sentía muy orgulloso de ellos. Se estaban convirtiendo en un equipo potente y poderoso. Pero esa euforia dio paso rápidamente a la decepción. No sabía la respuesta a aquella pregunta.

—La verdad es que ese es un viaje que ningún hombre ha llevado a cabo —dijo con el ceño fruncido.

Entonces la espada de Norte empezó a resplandecer y a hacer ruido. La cazoleta sobre la empuñadura se puso a girar y a desplegarse como había hecho anteriormente. Una de sus gemas empezó a brillar con intensidad.

Los tres se quedaron mirando aquello. El corazón de Norte latía con fuerza.

—¡Esto es lo que empecé a contarte antes, viejo! —gritó. En un revoltijo de palabras les expuso su anterior descubrimiento sobre los

poderes de la espada—: La espada nos está diciendo a dónde tenemos que ir, dónde se encuentran las reliquias.

Ombric asintió con sabiduría. Su ceño se desfrunció. Casi sonrió. *Casi* se echó a reír.

—¿Qué ocurre, viejo? —preguntó Norte con impaciencia.

—¡Es un mapa de la Tierra! —replicó el mago—. ¡Tenemos que ir a la Isla de Pascua!

—¿La Isla de Pascua? —inquirió Norte.

—Sí. Según la leyenda, allí vive el pooka.

El trío empezó a devanarse los sesos.

Los bigotes, las barbas y las cejas de los hombres se retorcían sin parar cuando se concentraban. En cuanto a Katherine, aunque ella no se había dado cuenta, un solo rizo en medio de su frente también había empezado a retorcerse.

CAPÍTULO QUINCE

Donde los Amigos Deben Separarse

KATHERINE VIO A PETROV y al oso tirados fuera, frente a la puerta de la Gran Raíz, e hizo una mueca de dolor. No parecían estar sufriendo, pero debía ser horrible ser incapaz de moverse, hablar o tan siquiera parpadear.

—¿Podemos descongelarlos ahora? —preguntó a Ombric. Quizá puedan decirnos dónde están los libros.

—¡Propongo que volemos al centro de la Tierra y rescatemos a los niños! —bramó Norte.

Cada músculo de su cuerpo ansiaba hacer algo —lo que fuera— para ayudar a los niños.

—¿Cómo pretendes hacer eso? —indagó Ombric, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Encontraré la manera —respondió Norte.

—Hagamos las cosas de una en una, ¿os parece? —dijo Ombric, mirando a su alrededor—. Quizá Katherine tenga razón y los animales puedan contarnos qué ha sido de los libros. Pero un conjuro de esclavitud tan poderoso no se revierte rápidamente. Se tiene que hacer despacio y con cuidado. —Agitó la cabeza—. Es el trabajo de muchas, muchas horas.

—Entonces tendrán que quedarse así hasta que volvamos —le dijo Norte a Ombric—. Podrás liberarlos después de que aplastemos al Rey de las Pesadillas. Nosotros te ayudaremos.

Ombric se atusó la barba con el ceño fruncido.

—Algunos de estos conjuros son más complicados que otros. Me preocupa que si esperamos demasiado, el conjuro sea irreversible. —Miró a las criaturas de porcelana que había desperdigadas por el suelo—. No hay otro modo de actuar. Tengo que quedarme atrás, en Santoff Claussen, y vosotros tendréis que seguir hasta la Isla de Pascua.

—¡La Isla de Pascua! ¡Pero si tenemos que ir tras Sombra! —protestó Norte.

Katherine añadió:

—¡Luz Nocturna está herido!

—El pooka, si es que lográis encontrarle, podrá llevaros al centro de la Tierra —explicó Ombric—. Según la tradición de los pookas, poseen una serie de túneles que recorren el interior del planeta. —Norte empezó a objetar, pero Ombric insistió—: Para cuando lleguéis hasta Sombra, espero haber restablecido a vuestros amigos y haber encontrado el paradero de mi biblioteca.

Katherine le lanzó una mirada firme y dijo:

—Puedes lograr lo que te propongas.

Ombric levantó una ceja.

—El estudiante reinterpreta la lección del maestro —dijo—. Bien hecho.

—Entonces hazme un favor, viejo —concedió Norte—. Libera primero a Petrov. No puedo soportar verlo así.

Ombric accedió. Entonces, sin tiempo que perder, Katherine, Kailash y Norte se fueron de la Gran Raíz.

De camino al bosque, Katherine miró a los ojos helados de William el Viejo.

—Volveremos —le prometió—. Igual que los demás Williams.

Se subió a la aeronave y procuró que Kailash y ella estuvieran bien aseguradas a sus asientos.

—¡A la Isla de Pascua! Esperemos que esta criatura llamada pooka exista realmente —dijo Norte mientras buscaba en el cielo cualquier señal de peligro—. No hay indicaciones para ir al centro de la Tierra.

Ombric observó la partida del cohete y supo que podía confiar en la niña valiente que había criado y en el joven que había sido su aprendiz.

Harían lo que fuera necesario.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El Rizo Se Retuerce

EL RIZO DE KATHERINE empezó a retorcerse de nuevo mientras Norte y ella viajaban hacia la Isla de Pascua.

Le disgustaba que no pudiesen permanecer juntos. Pero estaba segura de que Ombric tenía razón. Solo él podía encargarse de la tarea delicada y dilatada de deshacer los conjuros de esclavitud que Sombra había lanzado sobre Santoff Claussen. Los padres, los búhos, los insectos, el Ánima del Bosque, el oso, Petrov... todo lo que respiraba tendría que desjuguetearse individualmente, según palabras de la propia Katherine.

Sin embargo, llevaba mucho tiempo teniendo que ser valiente, y, a decir verdad, estaba empezando a cansarse de tener que actuar como una adulta. Quería tener cerca a Ombric. Era como un padre para ella. Y en momentos de peligro, es muy agradable tener al padre cerca, y no a miles de kilómetros de distancia. Pero soportó estos pensamientos ansiosos en silencio.

Sabía que tenía que dar lo mejor de sí, quizá incluso más que lo mejor, para salvar a sus amigos y volver a deshacer los oscuros planes de Sombra.

Ahora sobrevolaban el Océano Pacífico. La Luna brillaba con fuerza y claridad, y parecía estar tan cerca de ellos que les pareció distinguir al Hombre de la Luna y a los lunabots sonriéndoles.

El cohete avanzó más deprisa, más incluso que cuando volaron hasta Santoff Claussen. Y la joya de la espada mágica que señalaba la Isla de Pascua parpadeaba de forma regular.

Katherine la miró alarmada.

—¿Eso es mala señal?

Norte negó con la cabeza.

—¡Al contrario! Significa que estamos cerca.

Kailash graznó.

—Está contenta —dijo Katherine.

—Claro que lo está; vamos a hacerle a Sombra la mayor gansada de la historia —bromeó Norte.

Aquella broma alegró a Katherine, pero lo que más le gustó fue saber que Norte había presentado su preocupación e intentaba animarla.

Los controles de la nave emitieron una alarma. ¡Al frente estaba la Isla de Pascua! El sol justo empezaba a ascender cuando la nave se posó suavemente en una playa arenosa. Emitió una luz tenue sobre la isla, y Katherine estaba ansiosa por salir. Norte abrió la puerta de la aeronave y bajó por la escalera.

Katherine se palpó los bolsillos para asegurarse de que llevaba la daga. Satisfecha, se volvió hacia Kailash.

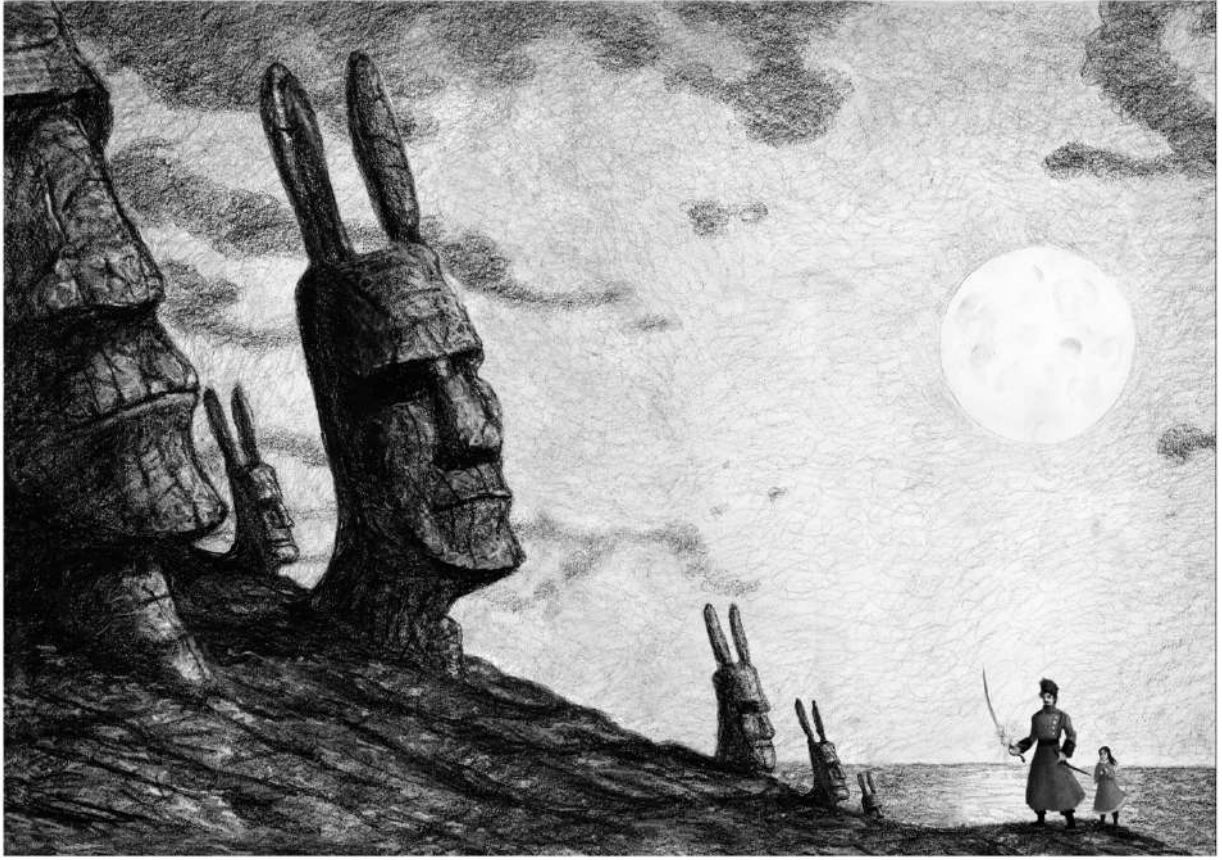
—Quédate aquí hasta que sepa que es seguro —le dijo a la ansarina y después saltó sobre la arena para unirse a Norte.

Juntos empezaron a explorar la isla.

Cientos de cabezas de piedra gigantes se alzaban de modo siniestro por la desnuda playa. Katherine había visto algunos dibujos de esas esculturas colosales en la biblioteca de Ombric. Pero eran más raras de lo que ella había esperado y más altas de lo que se había imaginado.

Norte pasó la mano sobre una de las bocas, una estrecha hendidura bajo la enorme nariz de piedra.

—Alguien ha tallado esto —dijo—. ¿Pero quién?



No había señales de vida. Ninguna persona había corrido a ver lo que había aterrizado en la playa. Ningún pájaro había graznado en señal de alarma. Katherine y Norte caminaron entre las cabezas de piedra y se preguntaban si habría algún ser vivo en la isla. El único sonido perceptible era el del vaivén de las olas. Aunque fuera raro, Katherine notó un leve aroma a chocolate caliente en el salado aire del mar. Y tuvo la extraña sensación de que les estaban observando.

¡Y así era! Una de las cabezas de piedra se había vuelto hacia ellos. Luego otra. Y otra. Con el chirrido de la roca rozando contra otra, todas las cabezas, hasta donde llegaba la vista, se fueron girando lentamente hacia ellos.

La esfera de la espada mágica brillaba con más intensidad que nunca. Norte se arriesgó y gritó:

—¿Dónde podemos encontrar al pooka? Tenemos que llegar al centro de la Tierra... ¡cuanto antes!

Las cabezas no contestaron.

Pero mientras se apagaba el eco de sus gritos, algo empezó a emerger de lo alto de cada escultura de piedra. Dos astas pétreas que parecían orejas surgieron despacio, alargándose hasta las afiladas puntas. ¡Las cabezas tenían orejas de conejo! ¡Todas y cada una de ellas! Katherine y Norte intercambiaron miradas inquietas.

Entonces algo, o alguien, surgió del suelo girando a unos cuatro metros de distancia, lanzando por los aires arena y hierba.

Katherine y Norte se vieron en presencia de un conejo extremadamente alto. Estaba completamente erguido, no acucillado como un conejito. Medía al menos dos metros (contando las orejas) y llevaba unas gafas verdes con forma de huevo y una túnica gruesa de color verde con botones dorados ovalados. Alrededor de la cintura llevaba una faja morada y un chaleco con bolsillos en forma de huevo. Sostenía un bastón con un huevo en la punta.

Katherine sonrió al hombre-conejo con cierta inquietud.

El conejo no reaccionó. Ni siquiera parpadeó. De hecho, estaba tan quieto que Katherine pensó que quizá también era una estatua. Dio un paso al frente, pero para su sorpresa, un grupo de huevos acorazados con minúsculos brazos y piernas emergió de debajo del dobladillo de la túnica del conejo. Los huevos alzaron unos arcos. La niña se percató de que las flechas tenían puntas con forma de huevos minúsculos.

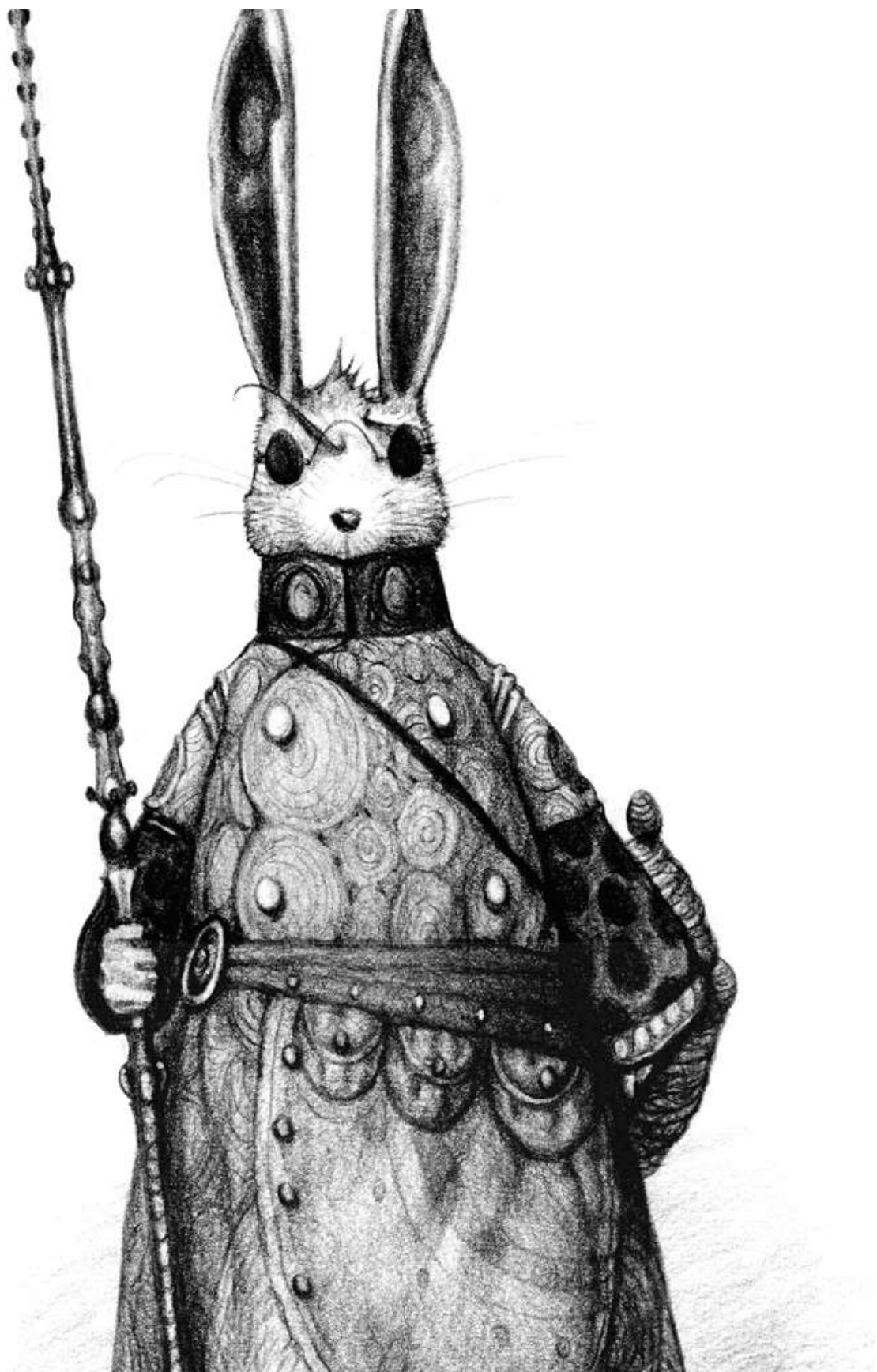
Katherine retrocedió, pero Norte fue menos cauteloso. Había visto que el conejo había movido el hocico y tuvo un presentimiento.

—Eres el pooka, supongo —inquirió.

De repente el conejo se movió tan rápido que su figura se desdibujó. En un abrir y cerrar de ojos, se puso directamente en frente de ellos.

—Soy Bunny, Conejo de Pascua —dijo con voz profunda y melodiosa—. Os estaba esperando.





CAPÍTULO DIECISIETE

Donde Sombra Aprecia el Ingenio
de Norte Pero Demuestra Ser,
Efectivamente, un Tipo Oscuro

EL GENIO MECÁNICO DE NORTE era realmente un invento inspirado. Sombra disfrutaba no solo con el robo de la creación de su enemigo, sino también de las cosas maravillosas de las que era capaz. Cuando estaba dentro del genio, Sombra no solo podía salir a plena luz del día, sino que podía convertirse en un montón de máquinas, especialmente una que volaba: la forma perfecta y rápida de transportar a los niños a través de grandes distancias.

Con los niños y Luz Nocturna atrapados dentro de su capa de plomo, Sombra había transformado al genio en esa misma máquina.

Nada le importaba la belleza, pero apreciaba el elaborado diseño del trineo volante que surgía de los hombros del genio robot, y los brazos... cada tabla, superficie y tornillo era una maravilla mecánica. Un brote de envidia surgió en él, ya que había sido claramente la combinación de la magia antigua y la inventiva humana lo que había producido esa obra maestra. El Rey de las Pesadillas nunca había imaginado nada que se acercara a la genialidad de Norte. Pero pronto lo lograría. En cuanto se hiciera con todos los libros de la biblioteca del mago, lo lograría.

Entrecerró los ojos y emitió una orden seca para el genio:

—¡Llévame al centro!

Los propulsores empezaron a girar y, en cuestión de segundos, el trineo surcó los cielos, atravesando continentes, después océanos, para terminar aterrizando sobre uno de los lugares más desolados de la Tierra: un volcán en lo alto de los Andes.

Dentro de la capa, los niños de Santoff Claussen se preguntaban en susurros dónde estarían y si Ombric y Norte habrían empezado la misión de rescate.

William el Menor refunfuñaba en la oscuridad.

—Ojalá tuviera una espada —murmuró.

—¡Y yo! —dijo su hermano mayor—. Si tuviera la espada nueva de Norte, le...

—¡Silencio! —rugió Sombra.

El volcán era un atajo a su nueva guarida. Al entrar por la fisura abierta del volcán, los propulsores de la máquina voladora se plegaron con fuerza. Aceleraban hacia abajo más y más, directamente hacia el centro de la Tierra.

Los niños, atrapados en la entintada oscuridad de la capa de Sombra, apenas veían nada, pero sus oídos empezaron a sentir presión. La única luz que había era el brillo cada vez más tenue de Luz Nocturna.

William el Alto y Petter, con la ayuda de Niebla, intentaron salir a empujones de la prisión de la capa... sin éxito. La tela negra en realidad no era un tejido, sino una malla metálica flexible. Por mucho que los niños empujaran, resultaba impenetrable. Sascha hizo lo posible por confortar a William el Menor y a otros niños, pero ahora estaba especialmente preocupada por Luz Nocturna. Yacía inerte contra la capa con los ojos cerrados. Su luz era cada vez más débil... empezaba a vacilar.

William el Menor exclamó:

—¿Se está muriendo?

Las lágrimas corrían por las mejillas de los niños. Contenían la respiración, observando con la esperanza de que el más pequeño de los Williams se equivocara.

Sascha sostuvo la mano de Luz Nocturna. Tenía un tacto extraño, como si estuviese hecho de aire, luz y cristales. En ese momento, volvió a brillar —levemente—, y la niña lanzó un suspiro de alivio.

Para su sorpresa, Luz Nocturna alargó la mano, recogió sus lágrimas entre las manos y después hizo lo mismo con las de los demás niños. Las apretó fuertemente con el puño antes de llevarse la mano al pecho. Los niños vieron que el gusano de los libros se ocultaba bajo la chaqueta de Luz Nocturna.

—Espero que el señor Qwerty esté bien —dijo Sascha.

—Recordad —susurró Petter—, no podemos decirle a Sombra nada del señor Qwerty.

Mientras todos los niños asentían, aterrizaron sobre una superficie rocosa. Los pequeños cayeron sobre el duro suelo, raspándose las rodillas y los codos. Entonces Sombra abrió su manto y los lanzó, girando y rodando por todas partes. Sascha se golpeó contra una pared. Petter fue rodando bajo el pie levantado de Sombra apenas unos segundos antes de que lo bajara con fuerza. William el Alto se esforzó por reunir a los más pequeños en un grupo apretado.

Estaban en una sala gigante con paredes de un metal grisáceo que parecía fundido. El aire olía a sulfuro, había charcos de lava lechosa que fluía por un lado de la estancia. Los niños podían sentir a los temores yendo y viniendo entre sus piernas como sombríos gatos negros. Niebla se encogió y azotó furiosamente a uno que parecía susurrarle al oído. Sascha apretó los labios y ahogó un grito cuando otro se arrastró sobre su cabeza y su cara.

Luz Nocturna les había ayudado a ver dentro de la capa, pero aquí las paredes parecían absorber su débil resplandor, dejándoles en una oscuridad tan densa que empezaron a preguntarse si Sombra había engullido toda la luz del mundo.

Entonces se produjo un ruido, como si alguien chascara los dedos, y unas llamas azules surgieron de los charcos de lava, iluminando todo con un resplandor temible. Los temores se apartaron de la luz, pero no pudieron evitar seguir intentando alcanzar a los niños, alargando a apenas centímetros de sus rostros aquellos largos dedos que parecían tentáculos.

Los niños de mayor edad se colocaron delante de los más pequeños. Instintivamente, todos formaron un círculo protector en torno a Luz Nocturna.

Sombra sonrió con maldad ante sus esfuerzos. Ordenó al traje de genio que volviese a transformarse en hombre mecánico. Entonces un vapor entintado surgió de su oído, rezumando hacia delante y adquiriendo la forma que a Sombra más le gustaba para sí mismo. Con una patada apartó el traje mecánico a un lado y se acercó a sus rehenes de forma amenazante.

Sascha notó las manos de los niños más pequeños agarrándose a las suyas y tirándole de las mangas. Se obligó a mantener la calma. Ombric, Norte y Katherine moverían cielo y tierra para rescatarlos; estaba tan segura de ello como de que el cielo es azul, la hierba verde y las luciérnagas hacen trampa al corre que te pilló. Sin embargo, no pudo evitar apartar los ojos mientras Sombra miraba a cada niño. No obstante, cuando llegó a William el Alto, el niño no apartó la vista.

—Dijiste que no tenías planeado hacernos daño —dijo William el Alto cuando Sombra se acercó a él.

—Recuerdo lo que dije, muchacho —contestó Sombra—. Si vuestro querido mago entrega su biblioteca, puede que cumpla mi promesa. O puede que no. —Entonces dirigió sus largos y esqueléticos brazos hacia Luz Nocturna—. Pero contigo —añadió apuntando su sonrisa malvada al niño espectral—, contigo la cosa es distinta.

Luz Nocturna miró a Sombra con una sonrisa débil pero traviesa. La fuerza de los niños estaba alimentando la suya, y su luz se estaba haciendo más fuerte progresivamente. Pensó en Katherine y en las ganas que tenía de verla de nuevo, y se fortaleció aún más. Había pasado miles de años atrapado dentro de aquel monstruo. Ahora podría sobrevivir a cualquier cosa que quisiera hacerle.

Enfurecido por la sonrisa de Luz Nocturna, Sombra alzó la mano como para aplastarlo. Sascha chilló, pero la sonrisa de Luz Nocturna se hizo más amplia.

—Te convertiré en mi príncipe de los temores —le amenazó Sombra—. Y tu amiga Katherine, cuando llegue, será mi princesa.

Luz Nocturna sabía a la perfección lo que Sombra estaba haciendo: intentaba asustarle amenazando a Katherine. Sonrió deliberadamente con más fuerza.

Sombra alargó la estirada y huesuda mano y, con lentitud agónica, colocó sus dedos a unos centímetros de la cabeza de Luz Nocturna.

—Ahora tú serás solo mío. Fui tu prisionero durante siglos. Día tras día, año tras año, soñaba con vengarme... —Bajó la mano, pero en cuanto agarró a Luz Nocturna, hubo una explosión brillante de luz que obligó a Sombra a retroceder tambaleándose.

Dolorido, se agarró la mano. Durante un instante, la palma y los dedos parecieron brillar, y después adquirieron color carne. La mirada en el rostro de Sombra era una mezcla inquietante de furia y otra cosa. Algo que los niños nunca habrían esperado ver. Algo que parecía... pena.

Sombra gritó. Se cubrió la mano herida con la capa, desenvainó la espada con la otra y la apuntó hacia una pequeña celda que colgaba del techo. Un enjambre de temores agarraron a Luz Nocturna y lo lanzaron al interior de la pequeña jaula de plomo.

—Bienvenido —dijo Sombra, con tono repentinamente alegre— a la prisión de plomo puro que he creado especialmente para ti.

Sombra cerró de un portazo la puerta con la punta de la espada. El extremo del arma se afiló hasta adquirir la forma de una llave. Echó el cerrojo y la llave volvió a convertirse en espada.

—La única forma de abrir esa puerta será matándome —anunció con una sonrisa jubilosa—. ¡¿Y quién de vosotros está dispuesto a hacerlo?!

Después se rio de un modo que dejó en los niños un sentimiento de indefensión.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Un Giro Sorprendente con Corazón de Chocolate

EL CONEJO Y NORTE se miraban entre sí y medían sus fuerzas.

Norte había dudado de aquel fabuloso hombre-conejo desde que Ombric lo describió por primera vez. A Norte le gustaba pensar que Ombric y él eran los héroes y magos más grandes del mundo. Pensar que un mero conejo le igualara —quizá le superara— no le sentaba demasiado bien al orgulloso Nicolás San Norte. Pero le daría una oportunidad al pooka.

—¿Nos estabas esperando? —preguntó Norte desconfiadamente.

—Sí y no. Por un lado sí, por otro no. Quizá. Quizá no. Pero sí lo he presentido —respondió el conejo. Abrió uno de sus bolsillos con forma de huevo y sacó unos dulces de forma oval. La cáscara exterior estaba decorada con una sorprendente variedad de delicias escarchadas—. Por favor, aceptad un bombón. Hago el mejor chocolate del universo —dijo el conejo.

Sin duda aquel era el aroma dulce que Katherine había percibido anteriormente: chocolate. Era tan apetecible que apenas podía pensar en otra cosa. No era solo el aroma de un dulce corriente, era la niebla hipnótica de las posibilidades del sabor.

—Este tiene el corazón de caramelo y está hecho con la leche de una criatura bovina intergaláctica que salta sobre la Luna de vez en cuando —le

contó el pooka, agitándolo debajo de la nariz de la niña—. Y este es de malvavisco hecho con clara montada de huevo de pavo real asiático.

Los ojos de Bunny centellearon. Movi6 el hocico y se inclin6 hacia delante sosteniendo el par de bombones.

Katherine estaba indecisa... tenia muchisima hambre. Con tanta prisa, Norte y ella habian olvidado llevar algo para comer. Asi que cogio una de las chocolatinas.

Antes de que Norte pudiera objetar, el pooka se dirigi6 hacia el con estas palabras:

—Usted, se6or, preferir6 algo m6s oscuro... m6s salvaje. —Sac6 un dulce de tama6o impresionante—. Este huevo est6 hecho con hojas de cacao que crecen en el oscuro centro de las grandes cuevas de Calcuta. Contiene una pizca de menta de los casquetes de hielo de Marte. Y tambi6n lleva tres mol6culas de brotes de lava hawaianos para darle un toque especial.

Norte nunca habia oido algo tan apetecible. Era casi tan tentador como las joyas que el 6nima del Bosque habia usado para atraer a su banda de forajidos en el bosque encantado. Habia convertido a sus hombres en elfos de piedra, as6 que ahora no podia evitar mostrar ciertas sospechas ante tal ofrecimiento. Adem6s, los huevos guerreros del pooka seguan apunt6ndoles con los arcos.

—Da t6 el primer bocado —repuso Norte.

—Deberia —acord6 el conejo. Despu6s suspir6—: Pero no deberia. No podria. No lo haria. No lo har6. Es una larga y triste historia.

Para Norte, todo aquello no tenia ni pies ni cabeza. Pero no podia resistirse al huevo de chocolate, ya que tenia incluso m6s hambre que Katherine.

—Est6 bien, pero retira a tus guerreros —solicit6.

—S6, claro. —Bunny agit6 una pata y los huevos bajaron sus armas y se retiraron al un6sono. *Impresionante*, observ6 Norte, y *de lo m6s peculiar*. Pensaba que el pooka no podria hacerles ning6n da6o, pero todav6a no estaba del todo seguro.

El aire estaba lleno de un olor abrumador a chocolate, y Katherine no pudo seguir resisti6ndose a su hechizo. Habia esperando educadamente a

que Norte cogiera el suyo antes de comer, pero al final se metió el dulce huevo en la boca. Su rostro se cubrió de felicidad y se le cerraron los ojos.

Tanto Norte como Bunny la miraron con atención: Norte, preocupado; Bunny, con interés por saber su reacción. Katherine empezó a moverse de un lado al otro, como si estuviera soñando. Estaba extasiada por aquella delicia de chocolate.

El pooka no pudo aguantarlo más.

—¿Te gusta? —preguntó, y un solo pelo del bigote se le movió, delatando el gran interés que tenía.

Katherine sonrió, con la boca todavía inundada por el sabor, aunque ya se había tragado el dulce.

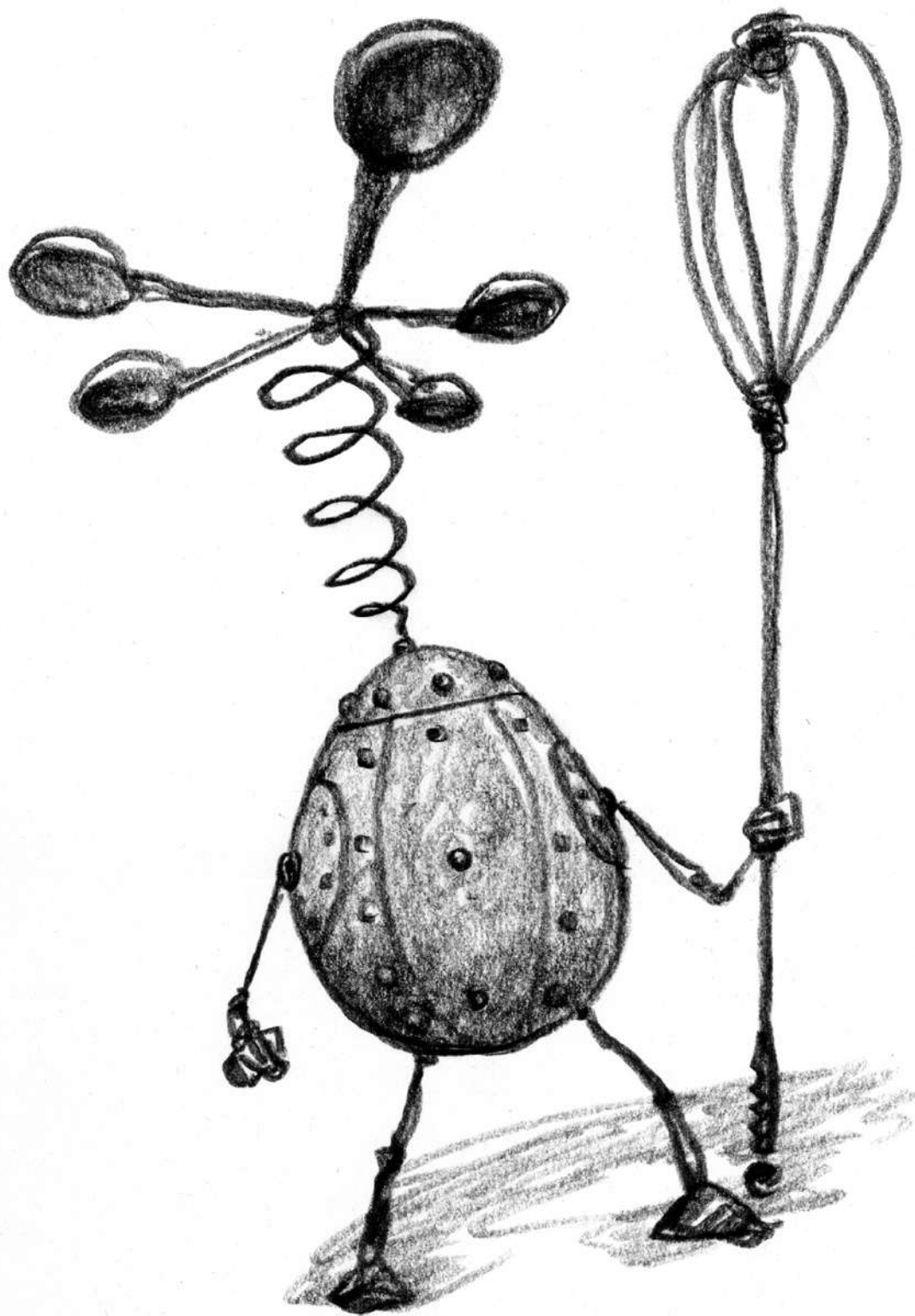
—¡Es el mejor chocolate que he comido nunca, mejor de lo que jamás hubiera pensado! —contestó ensoñada.

—¡Perfecto! —dijo el conejo, y el resto de los bigotes se le movieron a la vez que el hocico.

Después golpeó el bastón contra el suelo y la tierra se abrió a sus pies. Katherine y Norte cayeron girando y girando en un agujero que parecía estarse excavando a sí mismo. Los montones de roca y polvo se arremolinaban a su alrededor.

Cuando se detuvieron, el agujero se cerró sobre ellos y vieron que la cámara donde se hallaban llevaba a otra con forma de huevo, y luego a otra y a otra. Se sucedían de forma interminable, hasta donde alcanzaba la vista. Cientos de huevos vivientes de diversos tamaños, diseños y uniformes daban zancadas con sus patas finas como mondadientes, todos ocupados en alguna de muchas obligaciones: mezclar chocolate, preparar huevos dulces, decorar huevos, pintar huevos, dar brillo a huevos, empaquetar huevos. Todo muy ovocéntrico.

Katherine miró a su alrededor con admiración, y después vio algo familiar en la cámara siguiente: ¡su nave! De alguna manera, Bunny la había traído con ellos bajo tierra. Suspiró aliviada. Ya no tendría que preocuparse por dejar atrás a Kailash. Sin embargo, quería que Kailash se quedara dentro hasta que estuviera completamente segura de que aquel extraño mundo subterráneo era seguro.



—Venid —les invitó Bunny, haciendo grandes gestos—. Tengo mucho que enseñaros. —Pasaron junto a un despliegue de todos los tipos de huevos concebibles—. Tengo huevos de todas las especies que los ponen —explicó Bunny—. Dodos, pterodáctilos, dinosaurios, Hombres Huevo de Quacklandia...

En una pared, Norte y Katherine vieron la imagen de un planeta azul y verde que les resultaba familiar, solo que tenía forma oval, no redonda.

—¿Se supone que eso es la Tierra? —preguntó Katherine.

Bunny observó la imagen con reverencia.

—Sí, hace tropecientos años —contestó—. En aquella época tenía forma de huevo. Por desgracia, los óvalos poseen una órbita inadecuada. De haberlo dejado, el planeta habría girado cada vez más cerca del Sol y al final se habría cocido como un huevo duro.

Katherine volvió la vista a la imagen.

—Pero ¿cómo acabó siendo redondo?

—Oh, eso lo hice yo... un pellizco por aquí, un pliegue por allá... —dijo el pooka como si nada—. De hecho, es algo triste. Los óvalos son formas muy interesantes. ¿Y los círculos? Bueno, son ordinarios, comunes, más bien aburridos. —Suspiró profundamente, como si salvar el planeta hubiera sido una tarea doméstica de lo más angustiosa—. Usé el exceso de polvo para crear algunos continentes. Australia es mi mejor obra, creo —prosiguió—. Se me da muy bien excavar.

Katherine pestañeó y dijo:

—¿Insinúas que tú hiciste *Australia*?

—Sí, en cuanto terminé el Himalaya —repuso, y se le movieron los bigotes—. Pero dejemos de lado la geografía. Tengo muchos, muchos más huevos que enseñaros.

Giró hacia atrás sobre una pata y se inclinó hacia Katherine.

—El huevo tiene la forma más perfecta del universo, ¿no creéis?

—Sí —contestó Katherine, asintiendo con entusiasmo, ya que intuía que aquello gustaría al conejo. Agradándole lograrían que las cosas fueran más rápido—. Pero bueno, tenemos algo de prisa. Nuestros amigos están en peligro, y nuestro profesor, Ombric Shalazar, cree que puedes ayudarnos.

Katherine le lanzó una mirada esperanzada.

—El mago de la Atlántida —dijo Bunny, meneando las orejas—. Tenía muchas esperanzas puestas en esa ciudad, pero entonces desapareció. —Agitó la cabeza—. Hice lo que pude, pero... humanos.

Katherine no estaba segura de cómo contestar a eso, pero tenía que mantenerle en el tema. Intentó mostrar desilusión en el rostro por ser un vulgar humano, y después se apresuró a decir:

—¿Puedes ayudarnos a llegar al centro de la Tierra?

La impaciencia estaba creciendo dentro de Norte. La luz de su espada parpadeaba con más y más frecuencia, lo cual solo podía querer decir que estaban cerca de la reliquia.

—¡Maldita sea, hombre-conejo! ¡Necesitamos tu ayuda! Necesitamos la reliquia lunar y tenemos que ponernos en marcha. ¿Vas a ayudarnos o no? —espetó el excosaco.

Bunny olisqueó.

—Ni soy conejo ni soy hombre. Soy un pooka. Y me llamo Conejo de Pascua, Bunny para los amigos. —Se inclinó hacia delante y preguntó a Katherine—: ¿Qué otros tipos de chocolate te gustaría probar, niña humana?

A Norte nunca le había gustado ser ignorado, y su mal genio estaba a punto de volverse abrasador, así que Katherine intervino antes de que pudiera decir algo más, intentando resultar educada.

—No es fácil elegir —dijo, intentando transmitir confusión.

El pooka la observó. Katherine tenía que hacer algo para caerle bien. Así que empezó a lamer lo poco que quedaba de chocolate en sus dedos.

Bunny la miró de cerca.

—Pues sí que te gusta mucho mi chocolate —dijo. Pero después pareció algo triste—. Ojalá el chocolate no fuera... —Y entonces calló.

—¿No fuera qué? —le animó Katherine.

Bunny cerró los ojos y respiró profundamente.

—Ay —suspiró—, el chocolate es malo para los pookas.

Pues esto sí es interesante, pensó Norte. *El pooka se rodea de lo que más le tienta*. Valoró a Bunny con la mirada.

—Me hace más como vosotros. Ilógico. Inquieto. Siempre intentando hacer de héroe. —Negó con la cabeza, como disgustado consigo mismo.

Norte empezó a objetar contra el discurso del conejo, pero Bunny les dio la espalda y abrió de par en par la puerta de un armario lleno de arriba abajo de estanterías cubiertas de huevos de chocolate. La exposición era deslumbrante.

Katherine le detuvo.

—Has sido muy generoso —dijo—. Pero estaríamos muy agradecidos si nos dejaras tomar prestada la reliquia y nos ayudarás a llegar al centro de la Tierra. Por favor.

—Oh, no, no, no —contestó el pooka mientras sacaba una bandeja de bombones—. Yo me encargo del chocolate. No me involucro en asuntos de humanos. Nunca más.

—¡No es cierto! —exclamó Norte—. Impediste que Ombric cambiara la historia cuando regresó en el tiempo. ¡Dos veces!

—Sin duda. Pero manipular el pasado no se le permite a ninguna criatura viva, ya sea hombre, bestia, planta o huevo. He estado vigilando a vuestro Ombric desde que era un niño. No cree demasiado en las normas.

—Sí —asintió Norte—. Especialmente en las estúpidas.

El conejo no pareció apreciar los modales de Norte.

Katherine cambió de tema con astucia.

—Sabes lo que Sombra hizo a la Edad de Oro. ¿No quieres que le detengamos para que no haga más daño?

Bunny se encogió de hombros.

—Los humanos van. Los humanos vienen. Dejan muchas reliquias. He estado en el planeta mucho más tiempo que los humanos, y seguiré aquí mucho después de que desaparezcan.

—¡Tonterías! —dijo Norte—. ¿No nos vas a ayudar?

—Querido amigo, yo no he dicho que no vaya a ayudaros —replicó Bunny—. Lo que ocurre es que no estoy en absoluto interesado en ayudaros.

Norte y Katherine no sabían qué contestar.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Luz Nocturna se Oscurece

EN UNAS PROFUNDIDADES donde ningún humano había llegado, los niños de Santoff Claussen colgaban de jaulas metálicas en el centro de la Tierra. Las jaulas, que pendían en torno a un metro sobre el suelo, habían sido forjadas expresamente para ellos. Las extrañas y arremolinadas formas que los rodeaban, de plomo fundido y derramado a toda prisa, estaban llenas de respiraderos y huecos, así que los niños, por lo menos, podían ver lo que ocurría fuera. Innumerables temores construían y moldeaban multitud de armas, armaduras y escudos. Los niños podían oír a Sombra frenético gritando órdenes. Entonces miraron una y otra vez hacia la prisión de Luz Nocturna en busca de alivio. Saber que estaba cerca les ayudaba y era su único consuelo.

A diferencia de sus jaulas, la prisión de Luz Nocturna estaba hecha de plomo macizo. No tenía ni una ventana, ni una grieta, ni un poro. Y la puerta estaba tan bien sellada que ninguna luz podría abrirse paso hasta el interior.

Luz Nocturna yacía en el suelo de la jaula. No se movía. Tenía los ojos cerrados. Su luz se atenuaba con cada minuto que pasaba. El plomo parecía estar drenando todo su brillo. Pero Luz Nocturna no estaba solo.

Algo se agitó bajo su chaqueta. Y, por un instante, Luz Nocturna resplandeció con mayor intensidad.

CAPÍTULO VEINTE

Donde Encontramos Muchas Señales de Misterio

EN SANTOFF CLAUSSEN, Ombric estaba liberando lenta y cuidadosamente a prisioneros de otro tipo: los habitantes del pueblo atrapados por el conjuro de esclavitud de Sombra. Le atormentaba ver a su querido pueblo, el centro de su larga y brillante vida, congelado en un momento de lucha y terror. Empezó por Petrov, el oso y el Ánima del Bosque, ya que tendrían que vigilar en caso de que los temores pretendieran atacar de nuevo.

Al despertar, ya fuera dando coces, rugiendo o girando, Ombric les daba la terrible noticia de la captura de los niños. La desesperación les cubrió como un sudario: no habían logrado proteger a los niños de Sombra. Ombric les pidió que no se culparan a sí mismos.

—Incluso yo fui presa de Sombra con un conjuro similar —explicó.

Con cierta urgencia, les contó que Sombra tenía a los niños como rehenes y que exigía la biblioteca como rescate. Ninguno de ellos sabía a dónde habían ido a parar los libros, así que Ombric procedió a liberar a los búhos y a las demás criaturas de la Gran Raíz. Supuso que probablemente ellos podrían ayudarle a resolver el misterio.

Ombric formulaba la misma pregunta a cada criatura que despertaba del conjuro de Sombra:

—¿Qué ha ocurrido con los libros de mi biblioteca? ¿Dónde están?

Y en cada ocasión obtuvo la misma respuesta. Nadie lo sabía. Pero la luz de luna le había mostrado un detalle importante: las estanterías estaban ya vacías cuando Sombra entró en la biblioteca.

Antes de partir, Katherine había guardado cuidadosamente los pedazos de diamante de la daga de Luz Nocturna en una caja. En ella reposaba ahora la luz de luna. La pobre criatura parecía consolarse permaneciendo con los fragmentos de diamante que se habían convertido en su hogar, y Ombric no pudo evitar preguntarse si la daga podría ser reparada. Era la manifestación física del espíritu del Hombre de la Luna y del valor de Luz Nocturna, forjada durante la última batalla de la Edad de Oro. Pero ahora Ombric sabía que la daga no podría ser utilizada contra algo o alguien bueno. Por eso se había hecho añicos cuando Sombra trató de matar con ella a Luz Nocturna.

Cuando todas las criaturas de la Gran Raíz habían vuelto a su forma y ya se estiraban, Ombric salió fuera. Había dejado a los padres para el final. Probablemente hubieran estado inconscientes bajo el hechizo de Sombra, así que tendría que explicarles que el Rey de las Pesadillas se había llevado a sus hijos.

Según parecía, los padres habían llegado a la Gran Raíz cuando Sombra los embrujó, ya que yacían allí, tumbados sobre el costado o la espalda, en el lugar donde se desplomaron cuando el Rey de las Pesadillas los convirtió en juguetes. Sus rostros de porcelana expresaban espanto y alarma, todos excepto el de William el Viejo.

Ombric lo liberó a él primero. William el Viejo contorsionó los labios una y otra vez para ponerlos en movimiento. Entonces, en cuanto fue capaz de hablar, el padre de todos los Williams le contó su historia a Ombric:

—No soy un espadachín, pero luché con todas mis fuerzas. ¡Usamos bombas de polvo de estrella contra él! Pero no le hicieron nada. ¡Su capa y su espada absorbían toda la luz! Irrumpió en la Gran Raíz, presumiendo de que sería un mago mucho más poderoso que tú. —La voz de William el Viejo temblaba de desesperación—. ¿Volveré a ver a mis Williams?

—Sí —prometió Ombric.

William el Viejo acompañó a Ombric mientras avanzaba de un padre a otro, transformando aquellas pequeñas versiones de porcelana de sí mismos

en seres humanos que vivían y respiraban. Y Ombric les pidió que fueran valientes, que sus hijos habían sido secuestrados.

Miró a los ojos a todos los padres, absorbiendo sus gestos de preocupación y deseando poder reducir su carga.

—Nicolás San Norte y Katherine están en camino al centro de la Tierra ahora mismo —les dijo—. Voy a hacer lo imposible por encontrar los libros que Sombra codicia, y cuando lo haga, realizaré el intercambio. Pero necesito saber dónde están los libros.

Pero todos le aseguraron a Ombric que los niños habían estado estudiando en la biblioteca hasta el momento en que los temores de Sombra empezaron a penetrar en el bosque encantado.

—Y sin embargo, los libros desaparecieron antes de que Sombra pudiera tomarlos —reflexionó Ombric atusándose la barba.

El Ánima del Bosque planeó sobre él.

—Disfrutaba con lo que nos había hecho —le dijo—. Fanfarroneaba, deleitándose con su obra.

Empezó a llorar lágrimas de frustración y rabia que se endurecían y caían al suelo inútilmente como esmeraldas y perlas, recordándole que sus tesoros no eran el objetivo de Sombra.

Ombric estaba cada vez más confuso, y en cuanto todos los seres vivos de Santoff Claussen recuperaron su ser, regresó a la ruinoso biblioteca a investigar con diligencia. Los búhos apenas recordaban nada. Vieron un resplandor cuando Luz Nocturna entró a toda prisa. Hizo lo que parecía un conjuro de protección alrededor de los niños. Entonces el conjuro de Sombra alcanzó a los búhos, y todo se oscureció. Ombric vio en aquella información una pista. Tomó uno de los pequeños pedazos de papel que cubrían el suelo y empezó a darle vueltas. Lo levantó para verlo a la luz y observó unas marcas extrañas en uno de los bordes. Tomó otro pedazo, luego otro. Todos tenían las mismas formas picadas en el borde.

Ombric se sentó en su silla, cerró los ojos y trató de recordar dónde había visto marcas como esas. De pronto, le vino a la cabeza.

—¡Marcas de dientes! —exclamó—. ¡Son marcas de dientes!

CAPÍTULO VEINTIUNO

Un Negocio Casi Redondo

⌚ A FRASE «NO ESTOY EN ABSOLUTO INTERESADO» de Bunny seguía en el aire.

La nariz del pooka se movió, y con un movimiento brusco del bastón, el conejo desapareció.

Katherine y Norte se quedaron solos.

—Creo que le has enfadado —dijo Katherine.

—¿Quién necesita su ayuda? —declaró Norte—. Busquemos la reliquia por nuestra cuenta. Quizá pueda sacarnos de aquí y nos lleve al centro de la Tierra.

Dejó que su espada los dirigiera. El arma tiró de ellos a través de una sala oval tras otra.

Las primeras estancias eran similares a las que ya habían visto: diseñadas para fabricar dulces. Una olía extrañamente a canela y otra a una dulzura tan poderosa y tentadora que tuvieron que combatir el deseo de detenerse a inhalar aquella perfección extática para siempre.

Pero la siguiente cámara en la que se encontraron era una especie de extraño museo de huevos. Había estanterías sobre estanterías con huevos de diseños complejos y con joyas incrustadas.

Norte silbó.

—Sé de un zar ruso que pagaría una fortuna por uno de estos —dijo Norte apreciativo mientras la espada tiraba de ellos hacia otra sala.

La siguiente habitación también era una especie de museo, pero los huevos que contenía eran naturales. Una cáscara naranja y desigual

etiquetada como MONSTRUO MARINO reposaba junto a un huevo con pintas verdes de DRAGÓN MESOPOTÁMICO. Hileras y más hileras de cáscaras de huevo dispuestas por las paredes, desde huevos gigantes de megapulpo (de un blanco puro y más grande que la cabeza de Norte) hasta huevos en miniatura de colibrí (más pequeños que la uña del pulgar de Katherine). Había huevos de gallina y huevos de ganso, huevos de pato y huevos de cisne, incluso los huevos diminutos y luminosos de los gusanos de luz, apenas del tamaño de cabezas de alfiler. Había tantos tamaños, colores, diseños y manchas que aquellos huevos le parecieron a Katherine más hermosos que los huevos ornamentados con oro y joyas. Entonces Norte emitió un silbido largo y lento.

Katherine corrió a la siguiente habitación.

Dentro había un solo huevo. Descansaba sobre un pedestal de reluciente plata. El huevo parecía estar hecho del mismo metal misterioso que la espada de Norte y estaba cubierto de hermosos grabados finamente cincelados que representaban soles, lunas y estrellas. Y en su centro había una luna creciente que brillaba con la misma intensidad que la esfera de la espada mágica. De hecho, el huevo y la espada parecían estar llamándose entre sí.

—¡Ya está! —exclamó Norte triunfalmente—. ¡Es la reliquia!

Avanzó a toda prisa y se estiró para coger el huevo. Pero antes de que pudiera ponerle la mano encima, salió despedido al otro lado de la habitación. Aterrizó contra la pared con la cabeza dolorida.

Cuando logró centrarse, Bunny estaba en pie junto a él.

—Malo, malo —dijo.

Norte se incorporó frotándose la nuca.

—¿Has hecho tú eso? —gritó.

Bunny volvió a quedarse tan quieto que parecía que ni siquiera respiraba. Entonces movió la nariz.

Katherine presentía que iba a haber pelea. Y al parecer los huevos guerreros también. Un montón de ellos trotaron hasta la habitación sobre sus minúsculas piernas con los arcos preparados. Katherine corrió a interponerse entre Norte y el pooka.

—Este huevo no es suyo —le dijo el conejo a Norte con firmeza.

Norte apretó los dientes para no gritar.

—Cuidado con dónde metes los bigotes, hombre-conejo —dijo—. ¡Seguro que ni siquiera sabes el poder y la importancia de ese huevo que tienes! Que fue creado por gente, no conejos o pookas, sino humanos de una época más grandiosa de lo que puedas imaginar. ¡Y que su destino es el bien, el honor y el valor, no servir como adorno para satisfacer los lastimosos caprichos de tu preciada colección!

Estaba claro que el argumento de Norte había tenido un efecto poderoso en Bunny. El conejo avanzó un poco. Irguió la espalda mientras la nariz y los bigotes se movían y se paraban. Se movían y se paraban. Los movimientos no tardaron en volverse tan rápidos y borrosos como las alas de un colibrí en vuelo. Entonces el pooka habló con mucha calma y firmeza:

—Conozco a la perfección los poderes del huevo y su origen, señor Norte. De hecho, participé en su fabricación. —Hizo una pausa un instante para permitir a Norte absorber esa información. Se estiró aún más y añadió—: Dentro de la cáscara curva se haya la luz más pura de la creación. Una luz del principio exacto del tiempo. Es la luz que todos los pookas han jurado esgrimir y proteger. Pero no se le puede confiar a los humanos, a las personas. Ya lo intentamos una vez, durante la Edad de Oro.

—¡Estupendo! Entonces nos ayudarás a detener a Sombra —insistió Norte—. ¡Fue él quien mató la Edad de Oro! ¡Es una criatura! ¡Un monstruo...!

—Pero —le interrumpió Bunny— antes fue un hombre. —Norte no estaba listo para dar una respuesta rápida, pero el pooka alzó la mano como si fuera a dársela y prosiguió—: Los pookas éramos los recolectores de luz. La llevamos a mundos que creíamos listos para su poder. Pensamos que la gente de la Edad de Oro eran los más prometedores de todos, y la usaron bien. Pero entonces llegó Sombra. Destruyó todo. Por su culpa soy el único de mi especie. Vine aquí con la esperanza de una nueva Edad de Oro. —Clavó los ojos en Norte—. Por eso el Zar Lunar, el padre del Hombre de la Luna, me envió esta «reliquia», como vosotros la llamáis.

»Y desde que ha estado en mi poder, he intentado una y otra vez ayudar al mundo de los humanos. He inventado la mayoría de los árboles, las flores

y las hierbas. La primavera. Los chistes. Las vacaciones de verano. El recreo. El chocolate. Pero nada de esto parece haber cambiado las cosas. Los humanos siguen comportándose mal y nunca parecen valorar la luz. — Una mirada que solo podría ser descrita como triste cubrió el rostro del pooka, y su voz se volvió más solemne—. No se puede confiar en la humanidad.

—Todo lo que has inventado, absolutamente todo, desaparecerá si Sombra logra sus objetivos —arguyó Norte—. Absorberá toda la luz del mundo. ¿Vas a permitir que eso ocurra?

Bunny pareció cavilar un instante sobre aquello.

—¡A Sombra y los temores ni siquiera les gustan el chocolate o los huevos! —añadió Katherine. No estaba segura de que fuera cierto, pero sí sonaba bien.

Bunny se mostró muy turbado ante aquel comentario. Reflexionaba y reflexionaba. Los huevos guerreros parecían inseguros. Bajaron sus armas unos centímetros. Al final, el conejo habló:

—¡Menudos demonios! ¿No les gusta el chocolate? ¿No les gustan... —suspiró— los huevos? Por favor, dejad de hablar... los humanos usáis demasiadas, demasiadas palabras. Y tan pocas son sobre huevos... Es agotador. —Bunny bajó la reliquia del pedestal y la alzó—. Volveré dentro de aproximadamente una hora y siete minutos, tiempo humano... con vuestros amigos.

—Estoy listo —dijo Norte—. Vamos allá.

—Oh, no, no, no —explicó Bunny—. Yo trabajo solo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Un Misterio Conduce a Otro

MARCAS DE DIENTES! —repitió Ombric—. ¿Pero de quién? —La barba se le retorció mientras reflexionaba.

Su exclamación resonó por todo el pueblo. Las criaturas del bosque, erizadas con energía acumulada después de haber sido convertidos en muñecos durante tanto tiempo, unieron sus fuerzas para ayudar a Ombric a encontrar alguna pista. Las libélulas y las polillas volaban a través de cada centímetro de bosque. Las arañas y las hormigas se adentraban en cualquier resquicio oculto de la Gran Raíz. Los pájaros y las ardillas revisaban las copas de los árboles.

También los padres se unieron a la búsqueda, peinando cada casa y cada patio, levantando colchones y jardineras.

Ombric examinó los pedazos de papel roídos con un microscopio.

—¿Quién se habría comido mis libros? Luz Nocturna tiene algo que ver, de eso estoy seguro, ¿pero qué...? —se preguntaba.

Se apretó los dedos contra las sienes. No quería admitirlo, pero su último viaje en el tiempo le había costado caro. El largo y lento proceso de liberar todo el pueblo del conjuro de Sombra había aumentado su fatiga. Por primera vez en su larga vida, Ombric no se sintió viejo, sino anciano. No podía detenerse en aquel sentimiento desconocido: los niños lo necesitaban, ya fuera más o menos viejo. Así que se sacudió la fatiga y examinó de nuevo los trozos de papel.

El señor Qwerty nunca habría permitido...

Ombric se interrumpió a media frase. Las cejas, la barba, el bigote, el pelo, los zapatos e incluso las pestañas se le empezaron a mover.

—¡SEÑOR QWERTY! —gritó Ombric, levantándose de un salto—. ¡SEÑOR QWERTY! ¡¡¡SEÑOR QWEEEEERTY!!! —No había visto al gusano de luz desde que volvió al pueblo. Y ahora sabía la razón—. ¡El señor Qwerty se ha comido los libros! ¡Para evitar que cayeran en manos de Sombra!

Lo primero es lo primero. Recordó que los búhos habían afirmado haber visto un resplandor antes de que todo se volviera oscuro. Ombric abrió la caja donde la luz de luna reposaba y preguntó:

—¿Luz Nocturna estaba sujetando algo cuando Sombra se lo llevó?

La luz de luna, notando el nerviosismo de Ombric, reunió sus fuerzas y brilló: Sí.

—¿Era blanco? ¿Algo oblongo? ¿Del tamaño de mi mano?

La luz de luna se encendió dos veces.

—¡Eso es! —dijo Ombric echándose hacia atrás, asintiendo con complicidad—. ¡El señor Qwerty se comió los libros! ¡Después se envolvió en un capullo! El resplandor de Luz Nocturna protegió a los niños y le dio tiempo al señor Qwerty de comerse los libros. ¡Siempre tuvo hambre de conocimiento, pero esto es verdaderamente épico! —Ombric estaba al borde de la risa—. ¡Luz Nocturna se llevó al señor Qwerty! Todavía lo tiene. La biblioteca está en el estómago del señor Qwerty.

El viejo mago se atusó la barba, que todavía se retorció.

—Delante de las narices de Sombra...

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El Graznido del Destino

NUNCA SABREMOS QUÉ PODEROSA RAZÓN motivaba la insistencia de Bunny para ir al centro de la Tierra sin Norte y Katherine, ya que durante los increíblemente tensos segundos tras la declaración del pooka, Kailash entró en la estancia caminando con inseguridad y graznó con fuerza.

Los tres se volvieron y observaron al ganso: Norte, con cierta irritación; Katherine, preocupada; y Bunny, con sobrecogimiento absoluto.

—¿Es este uno de los gansos blancos gigantes del Himalaya? —preguntó Bunny. Su nariz ya no se movía, sino que más bien giraba despacio, como mostrando asombro.

—Sí. Se llama Kailash —le explicó Katherine dubitativa, algo confusa por el cambio de interés del conejo—. Cree que soy su madre. Estaba allí durante la eclosión.

El pooka inhaló profundamente.

—Cuéntamelo todo —insistió—. ¿Era hermoso el huevo?

Norte combatió todos sus impulsos para no hacer entrar en razón a aquel extraño y orejudo ser. ¡El tiempo apremiaba y el conejo solo quería hablar de huevos! Pero el lado más tranquilo de Norte atisbó una oportunidad.

—Cuéntale todo sobre el maldito huevo —dijo, haciendo gestos a Katherine para que se diera prisa.

Katherine pasó el brazo alrededor del delgado cuello de Kailash.

—Bueno, pues era un huevo grande y plateado, con bultos arremolinados del tamaño de una piedrecita que refulgían como diamantes y ópalos —expuso.

—¡Tal y como me los había imaginado! Ven —dijo Bunny, señalando al museo de huevos. Uno de los estantes tenía un espacio vacío con la etiqueta del GANSO BLANCO GIGANTE DEL HIMALAYA—. Es el único huevo que me falta. Mi colección no está completa. —Entonces miró a Katherine—. ¿Dices que es plateado?

—Plateado y azul —explicó Katherine.

El pooka apenas podía contenerse.

—Kailash estará agradecida a cualquiera que haga lo que le pidamos —añadió Katherine.

El pooka casi temblaba. Después de un largo rato, su reserva anterior pareció regresar. Movi6 la nariz y dijo:

—Mi ejército está reunido. Yo estoy listo. Y espero que vosotros también. Cualquiera amigo de los gansos gigantes blancos es amigo mío. Venid por aquí. Tomaremos el túnel número mil setecientos veintiocho. —Hizo una pausa dramática y después añadió con un floreo—: ¡Directos al centro de la Tierra!

—Por fin —refunfuñó Norte, colocando la mano sobre la empuñadura de la espada mágica. El arma empezó a brillar. La reliquia oval de Bunny hizo lo mismo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Donde Se Produce un Terrible Descubrimiento y un Susurro de Esperanza

PARA GRAN ALIVIO DE LOS NIÑOS, Sombra y los temores se habían marchado a otra sala.

La estancia donde estaban cautivos era tan amplia y alta como la Gran Raíz. Pero no tenía nada que ver con la Gran Raíz. Aquel era un lugar oscuro y espantoso. Si la Gran Raíz era un baúl lleno de maravillas, la guarida de Sombra, en el centro de la Tierra, era como la legendaria caja de Pandora: llena de perdición y oscuridad. Los niños habían conseguido colarse silenciosamente a través de las aberturas de sus jaulas y bajar al suelo. Media docena de túneles salían de la cámara, pero William el Alto y Petter habían hecho una exploración y contaron a los demás que había temores vigilando en todos. No importaba demasiado. Los niños no intentarían huir sin Luz Nocturna.

Niebla, Petter y Sascha vigilaban mientras William el Alto recorría con las manos la puerta de la jaula de Luz Nocturna en busca de un pomo, un ojo de cerradura, cualquier cosa que pudiera ayudarles a liberar a su amigo. Pero no había nada, ni siquiera una grieta. Cualquiera que fuera el conjuro de magia negra utilizado por Sombra al quitar la espada de la cerradura, había dejado la puerta más lisa que el hielo fresco del lago donde solían patinar en Santoff Claussen.

William el Alto golpeó con fuerza para que Luz Nocturna supiera que estaba allí, después pegó la oreja a la jaula.

—¿Te ha oído? —preguntó Sascha, poniendo también la oreja sobre el metal—. ¿Ha golpeado para responder?

William el Alto negó con la cabeza.

—Creo que no, pero es difícil oír algo con todo ese estrépito.

El estrépito era el incesante clamor —sonidos metálicos, martillazos, golpetazos— que provenía de la cámara contigua. Cada cierto tiempo resonaba también la atronadora risa del Rey de las Pesadillas.

—¿Qué crees que planea Sombra? —susurró Petter.

—Vamos a averiguarlo —murmuró en respuesta William el Alto.

Se arrastraron sigilosamente hasta la entrada de la siguiente cámara y se asomaron detrás de la pared para evitar ser vistos por los temores guardianes.

Lo que vieron les hizo abrir los ojos como platos. Cientos de temores trabajaban con furia bajo las órdenes de Sombra. Algunos estaban rompiendo trozos de las paredes de plomo, ampliando la estancia y dejando caer los pedazos de plomo en un cubo. Otros temores derretían los cubos de plomo sobre la espeluznante lava azul. Cuando el plomo se derretía, adquiriendo la forma de líquido pegajoso, lo derramaban sobre unos moldes.

William el Alto observó inquieto. Había algo raro en aquellos temores. Parecían más sólidos, menos sombríos, que los otros. Uno de ellos tocó el plomo de un molde con una vara fina. Ya estaba seco, así que el temor sacó del molde algo que parecía un chaleco pesado y se lo pasó a la criatura que había a su lado. Se lo fueron pasando de uno a otro hasta que llegó al final: un temor que parecía normal. O al menos se ajustaba a lo que William el Alto y los demás consideraban normal. El ser se puso el objeto sobre el sombrío cuerpo. Entonces, también él adquirió el aspecto más sólido de los otros y se escondió en la luz.

—Se están haciendo armaduras —suspiró William el Alto.

Petter miraba asombrado.

—Les cubre por completo.

—¡Ahora podrán salir a la luz del día! —murmuró William el Alto, intentando que el miedo no se reflejara en su voz.

Después vieron hileras de espadas y lanzas, fabricadas con el mismo líquido denso.

—¡Como la espada de Sombra! —susurró Petter.

Regresaron junto a los otros y les contaron lo que habían visto.

Los niños más pequeños se quedaron atónitos al oír aquellas noticias alarmantes. El menor de los Williams ocultó la cabeza bajo el brazo de Niebla.

Sascha respiró hondo para que su voz fuera uniforme y dijo:

—Ojalá Ombric y los demás se den prisa.

William el Alto intentó con todas sus fuerzas no parecer asustado, pero lo estaba.

—Los temores serán demasiado fuertes para ellos ahora que tienen esas armaduras y esas armas —dijo en voz baja.

Petter estaba muy serio.

—¡Y si traen la biblioteca de Ombric, Sombra conocerá toda la magia que existe! —explicó—. Será imparable.

»Pero no debemos tener miedo —añadió, intentando convencerse a sí mismo así como a los demás—. Solo serviría para fortalecer a Sombra.

Los niños sabían que tenía razón. Pero se estaba volviendo demasiado difícil mantener el valor.

Si hubiesen podido oír la conversación que estaba teniendo lugar dentro de la jaula minúscula y apretada de Luz Nocturna... Luz Nocturna estaba escuchando la apagada voz del señor Qwerty. El capullo cambiaba y se meneaba bajo su chaqueta.

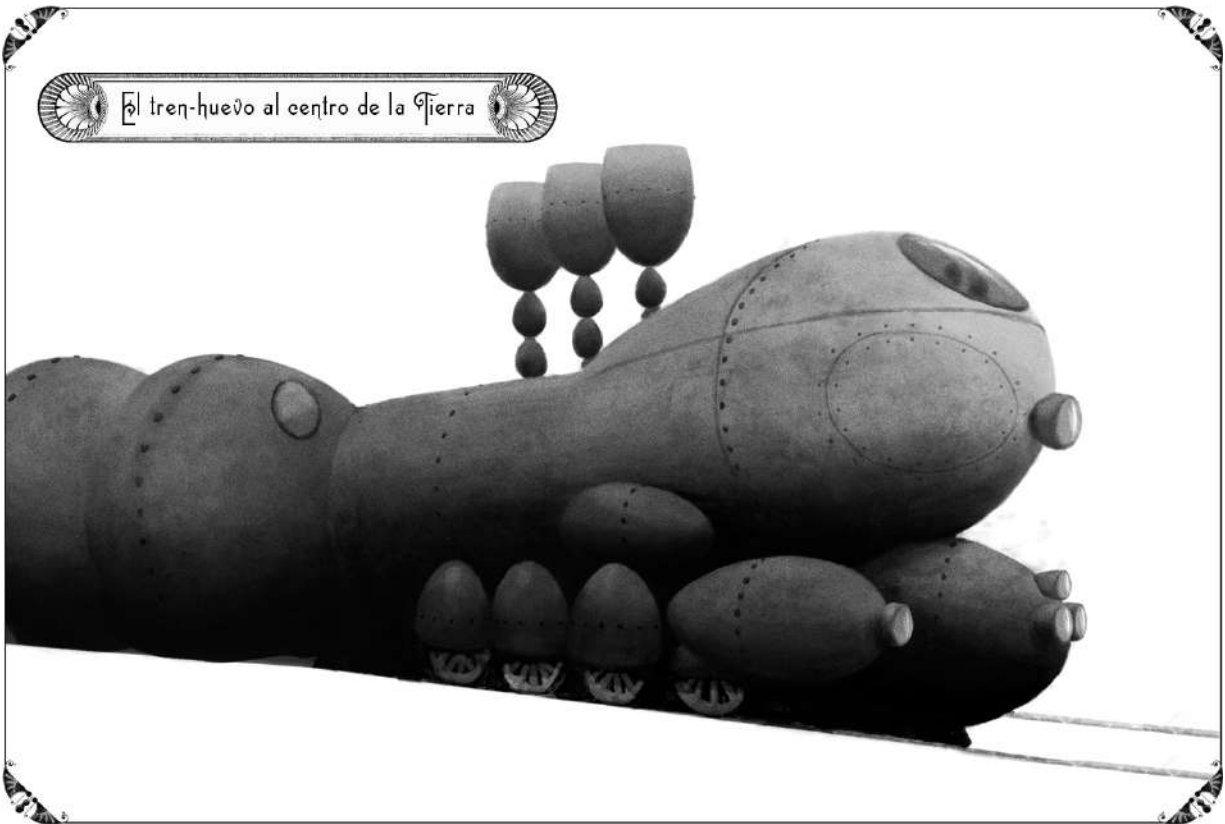
—El cambio se avecina —dijo el valiente gusanito—. Y no habrá quién lo pare.

Y Luz Nocturna brilló con más fuerza.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El Ejército de Huevos

§ I EL MUNDO CONOCIDO tiene siete maravillas, el túnel hacia el centro de la Tierra sería la primera del mundo desconocido. Tenía la forma de un huevo puesto de pie y parecía alargarse hasta el infinito. Norte estaba intrigado por lo silencioso que era el tren del pooka. A pesar de que avanzaba a una velocidad sorprendente, apenas emitía sonidos, aparte de un chasquido sordo. Tenía que preguntar al pooka cómo lo había conseguido... Incluso el genio mecánico emitía chirridos y rumores.



(La forma oval es sorprendentemente versátil en la guerra y la locomoción)

Y a pesar de que Katherine estaba cada vez más preocupada por Luz Nocturna y sus amigos, no pudo evitar percatarse del extraño atractivo del medio de transporte de Bunny. Los vagones que les estaban adentrando más y más bajo tierra eran, por supuesto, ovales, al igual que casi todo lo demás: pomos, goznes, puertas, ventanas, lámparas y piezas mecánicas. Era aún más opulento que la torre voladora de los lamas.

Además, los vagones posteriores transportaban un imponente ejército de huevos guerreros acorazados y muy bien armados. Los huevos más pequeños tenían el tamaño de un huevo de gallina ordinario, pero había otras tropas enteras de huevos casi tan grandes como una maleta bien grande. Además, había un montón de huevos descomunales, de hasta más de tres metros de alto. ¡Katherine estaba muy interesada por saber de dónde habrían venido todos esos huevos!

A Norte, en cambio, le estaba resultando difícil tomarse en serio a los huevos guerreros. *¡Pero si son huevos!*, pensaba para sus adentros.

¡HUEVOS! Intentó no delatar sus dudas. En vez de eso, preguntó a su anfitrión en un tono que insinuaba educación:

—Unos huevos muy bonitos, Bunny, pero ¿podrán luchar?

El pooka lo miró sin alterarse. Su nariz ni siquiera se movió.

—En Troya los griegos opinaron que sí —contestó con un tono que parecía aburrido—. Sin embargo, nunca entenderé por qué construyeron aquel tosco caballo en vez de un huevo, como yo propuse.

Katherine, presintiendo otra posible discusión, pensó que sería mejor interrumpir.

—¿Estamos cerca? —preguntó.

—A esta velocidad, llegaremos dentro de treinta y siete chasquidos —contestó Bunny.

¿*Chasquidos*?, se preguntaron tanto Norte como Katherine, y luego decidieron no preguntar nada más durante un rato. Las respuestas de Bunny siempre les dejaban con la sensación de... bueno, no estaban seguros. ¿Desconcierto? ¿Incertidumbre? ¿Rareza? ¿Perdición?

Mientras tanto, Bunny observaba a los dos humanos. Estaba preocupado por ellos. *Pero ¿por qué?* Tenía delante un muchacho testarudo, decidido y osado, y una niñita inquieta por sus amigos. Incluso aquel maravilloso ganso era todo gorjeo por el peligro al que se enfrentaba la niña. ¡Cuánto desorden y agitación!

No obstante, tenía que admitir que había cierta satisfacción en trabajar con otros, aunque fueran humanos. Nunca habría reconocido eso en voz alta, por supuesto, pero el pooka había estado muchos, muchos años solo. Tener aquellas criaturas a su alrededor suponía un cambio de ritmo. La niña tenía un gusto exquisito para el chocolate. Y había mucho qué decir sobre las aventuras. ¿Y qué era aquello sino una aventura?

Los pensamientos de Bunny fueron interrumpidos por un insistente sonido metálico. Al principio era lejano, pero se iba haciendo cada vez más fuerte a medida que el tren avanzaba.

—Casi hemos llegado —les dijo a los demás.

Katherine ya se había dado cuenta porque podía sentir el frío, húmedo y sulfuroso olor de los temores. Agarró con más fuerza su daga.

Al mismo tiempo, la espada de Norte y el bastón de Bunny empezaron a brillar. Parecía que el peligro estaba justo delante.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

El Centro, Ahora Podrido

BUNNY ORDENÓ QUE SE DETUVIERA el tren, cosa que hizo con la suavidad de un pato aterrizando en un estanque. Norte, Katherine y él se abrieron paso hasta la locomotora que estaba al frente para ver mejor lo que les aguardaba. Los huevos ingenieros seguían avivando la caldera oval del motor parado con pedazos de carbón con forma de huevo.

—Se producen de forma natural —explicó Bunny antes de que Katherine pudiera pronunciar la pregunta—. Los diamantes vienen del carbón con forma de huevo.

A Katherine le gustó saber eso, pero Norte pensaba que aquella información les distraía.

—¡Huevos! —refunfuñó—. ¡Hablas demasiado de huevos!

Bunny se ofendió.

—No es así.

—Sí es así.

—¡NO ES ASÍ!

—Sí. Es. Así.

—¡No!

—¡Sí!

Katherine suspiró. Allí estaban, la criatura más antigua y sabia de la Tierra y el guerrero-mago más grande de su tiempo, pero se comportaban como un par de niños. Sabía que algo así ocurriría entre ellos. ¡Habían estado buscando pelea desde que se conocieron! A decir verdad, se

esperaba que fueran más maduros. *¡Los mayores, los magos y los pookas! ¿Serán todos así?*

Mientras proseguían los «síes» y los «noes», Katherine tomó una decisión: los ignoraría a los dos. Se volvió hacia Kailash y le dijo que fuera a la parte trasera del tren y que se quedara en silencio. La ansarina graznó con tristeza, pero Katherine insistió. Mientras Kailash se alejaba por los vagones, la niña bajó de la locomotora y caminó túnel abajo. Estaba muy oscuro. Las paredes del túnel se volvieron menos suaves y trabajadas. Los faroles con forma de huevo que colgaban del techo a lo largo de todo el pasadizo aparecían cada vez con menor frecuencia.

En su avance, apenas podía divisar dónde acababan las vías. La luz del farol que tenía delante —la última que podía ver— era más borrosa que las demás. Su brillo se proyectaba en direcciones extrañas. Katherine hizo una pausa, intentando entender por qué pasaba eso.

Aquel ominoso ruido metálico que habían oído antes se hizo cada vez más fuerte. Podía sentir su resonancia. Pero siguió adelante hasta que se puso debajo del farol y de su extraño brillo. Era como si a la luz se la llevara el viento.

Siguió su destello debilitado, que avanzaba de forma tortuosa, pero ¿hacia dónde? Dio varios pasos adelante siguiendo la luz. Y con cada paso, el túnel se hacía más alto y más ancho... en realidad, era inmenso. Y entonces, para su sorpresa, se acabó. Sin más. Una inmensidad gris se alzaba frente a ella, una pared gigante que le cortaba el paso. Pero no detuvo a la luz; Katherine pudo observar que el torrente neblinoso de la luz del farol fluía a través de la densa, oscura y metálica pared de piedra.

Entonces lo supo. Estaba en el centro de la Tierra.

Se acercó con cautela a la pared con la daga preparada. Pensó que su arma no podría ser de ninguna utilidad contra una pared, pero quizá podría protegerla contra lo que había al otro lado. Así que mantuvo la daga en alto y escuchó con atención.

Los sonidos que venían del interior eran profundos y amenazadores, como el rugido del trueno de una tormenta cercana. Oyó lo que parecían... Risas. ¿Risas? ¿Sería posible? Entonces cayó en la cuenta de que era la risa de Sombra. Un escalofrío le recorrió el alma.

La pequeña buscó en los bolsillos del abrigo y sacó el guardapelo que le había dado Ombric. Miró la imagen de la hija de Sombra. Volvió a sentir una especie de tristeza rara. Katherine había perdido a su padre antes de llegar a conocerlo, y sin embargo lo extrañaba a diario. Su tiempo juntos había sido muy breve pero el vínculo seguía vivo. Sabía que jamás se atenuaría, jamás moriría. Examinó la imagen de aquella niña de hacía tanto tiempo y se preguntó: *¿Podría ser este guardapelo un arma mucho más poderosa que cualquier daga?*

Después, un cambio en la luz del farol llamó su atención. La luz se transformaba, se retorció hacia abajo y se dividía en distintos hilos, abriéndose como una red que se arqueaba detrás de ella. Se giró. La rodeaba una docena de temores. Los zarcillos de la luz del farol se introducían directamente en sus armaduras de plomo.

—¡NORTE! —logró gritar Katherine antes de que pudieran llevársela a la fuerza al horrible lugar tras la pared.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El Poder del Pooka Interior

RECUERDA —DECÍA NORTE LANZANDO MIRADAS FULMINANTES A BUNNY—. Sombra es mío.

La nariz del pooka se movió.

Después oyeron el grito de Katherine.

Norte no esperó a que Bunny respondiera. Giró sobre sus talones y corrió con la espada por delante como si no pudiese esperar más para luchar. Un puñado de temores se lanzó contra él. Le bastó una ojeada para saber que eran temores extraordinarios comparados con los que había visto. Resultaban de algún modo más densos, y aunque su espada brillaba con mayor intensidad que de costumbre, su luz parecía ser absorbida por los mismos temores. Norte estaba asombrado. Pero la empuñadura de la espada envolvió con fuerza su mano. Esto le dio valor. Literalmente sintió que se hacía más fuerte y más rápido. Golpeó a los intrusos a medida que caían sobre él.

Esperaba que desaparecieran con un simple toque, pero no lo hicieron. En vez de eso, oyó el sonido del metal al chocar cada vez que golpeaba a un temor. Comprendió que estaban acorazados, igual que los caballeros antiguos, aunque deformados, enmarañados y horribles.

Y armados.

¿Cómo es esto posible?, pensó Norte mientras lanzaba golpes una y otra vez, evitando con dificultad que las pesadas espadas de los temores lo alcanzaran mientras se abatían sobre él como murciélagos asesinos. Viraban

en el aire para atacar de nuevo. Norte quería ser aún más rápido y más fuerte, y al hacerlo, la espada respondía.

Cuando los temores se lanzaron de nuevo contra él, los rajó con precisión veloz y brutal. Con las armaduras abiertas por completo, los temores se disolvieron en la nada. Las armaduras vacías cayeron en el suelo del túnel como los pedazos de un ataúd roto.

Norte alzó la espada, preparándose para el siguiente asalto, pero este no llegó. En aquella tensa quietud tuvo tiempo de hacerse una horrible pregunta: *¿Qué le había ocurrido a Katherine?*

La espada pareció responder, ya que de la empuñadura surgió un pequeño espejo oval. Al principio Norte solo veía el reflejo de su propio rostro y a Bunny corriendo con su ejército desde el tren que tenía detrás. Luego el espejo mostró otra imagen, primero borrosa, después más nítida. Era Katherine, rodeada de temores. A continuación cambió al rostro de Sombra mientras la miraba. La imagen se apagó y el espejo se volvió oscuro. Ya no reflejaba nada.

Norte sostuvo la espada con tanta fuerza que empezó a temblar. *Es culpa mía*, pensó. Había bajado la guardia. Se había dejado distraer por... ¿qué? ¡Por el conejo chocolatero!

Bunny llegó justo por detrás de Norte. Los pookas tienen una inquietante habilidad que les permite saber lo que piensan y sienten los demás. Sabía que Norte le consideraba una criatura estúpida. Incluso ridícula. Pero eso no le preocupaba.

También podía sentir la rabia y la determinación, la necesidad que tenía de ayudar a su joven amiga. Durante siglos el conejo se había mantenido apartado de esos sentimientos enardecidos, pero ahora sabía que tenía que actuar como lo habría hecho antiguamente.

Le puso la pata en el hombro a Norte del modo más amistoso que un pooka puede. Después suspiró profundamente.

—Querido amigo —dijo a Norte—, esto va a ser más difícil de lo que imaginaba. Hay que tomar medidas drásticas.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó tres huevos de chocolate.

—No es el mejor momento para dulces —protestó Norte, frustrado.

—Quizá para ti no —replicó el conejo, y entonces se metió los tres bombones en la boca. El ejército de huevos emitió casi al unísono un grito ahogado. Ninguno había visto a Bunny comer chocolate. Solamente habían oído rumores de lo que les ocurre a los pookas cuando toman esa sustancia.

Se produjo un ruido curioso. Norte se volvió para mirar de frente a Bunny. El conejo parecía estar creciendo ante su mirada. Se estaba volviendo enorme y fuerte como un guerrero mitológico cuya historia aún no se había escrito.

Bunny alzó su bastón rematado con un huevo y lanzó un grito que sacudió el túnel como un terremoto. El ejército de huevos hizo lo mismo. Norte nunca había oído un sonido igual.

Era la primera vez en mil años que el mundo oía el grito de guerra pookano.

Y hasta Nicolás San Norte estaba impresionado.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Comienza la Batalla

SOMBRA APENAS PUDO DELEITARSE con la captura de Katherine. Sabía que si la niña estaba allí, Norte y Ombric estarían cerca, ¡y la biblioteca al alcance de la mano! Pero un momento después de que los temores le trajeran a la niña, oyó un sonido extraordinario y de otro mundo.

Solo él, de todos los seres que entonces vivían, había oído aquel grito antes. Era un sonido que había esperado no volver a oír nunca. Lo recordaba del tiempo en el que destruyó la Hermandad Pookana. Lo había oído durante la única batalla de la Edad de Oro que casi había perdido.

—¡Les acompaña un pooka! —susurró alarmado—. Sabía que tenía que actuar cuanto antes. ¡Preparaos! —gritó al ejército de los temores—. ¡Comienza la batalla!

Los temores se reunieron con presteza envidiable. Con la armadura lista y las armas en alto, eran una fuerza a la que nadie querría enfrentarse.

Sombra agarró a Katherine del cuello de la ropa y la arrastró con él.

—Ven aquí, diablillo —murmuró—. Ahora no tengo tiempo para ocuparme de ti.

Corrió de una cámara a otra, gritando órdenes, asegurándose de que su ejército oscuro estaba en posición y preparado. Mientras tanto, Katherine colgaba a su lado como un saco. Observó cada movimiento de las tropas de temores, una tarea de lo más difícil, ya que tenía el adusto puño de Sombra agarrándole con fuerza del cuello. Pero vio la trampa que Sombra tenía planeada. Los temores dejarían a Norte y Bunny avanzar hasta las

profundidades del espacio vacío en el centro de la Tierra, y una vez allí los rodearían y los aplastarían.

Su pensamiento discurría a toda prisa. Puesto que Sombra había planeado destruir a sus amigos, ella planeaba hacer lo posible para detenerlo.

El grito de guerra pookano se hizo más fuerte y más cercano. El ejército de huevos sin duda había atravesado la pared de plomo que rodeaba la guarida de Sombra.

Quedaba poco tiempo. Katherine tenía muy pocas opciones, y ninguna a su favor. Pero entonces, mientras Sombra se apresuraba hacia la siguiente cámara, vio las jaulas metálicas con los niños dentro. ¡Sus amigos!

Se habían vuelto a meter dentro de las jaulas para evitar ser vistos por Sombra, pero William el Alto y los demás pudieron verla. Gritaron y aplaudieron con las manos a través de los respiraderos. Ella intentó responderles con un grito, pero de pronto Sombra se la pasó a la otra mano. Al hacerlo, se percató por un instante de que la mano parecía diferente... estaba cambiada... casi parecía humana. Oyó el ruido de una puerta metálica al abrirse. Luego Sombra la metió en una pequeña estancia. La puerta se cerró de un portazo tras ella. Estaba inmersa en una oscuridad total y absoluta.

Sin saberlo, Sombra la había puesto en el lugar donde más necesitaba estar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

18ª Voz

OMBRIC HABÍA ESTADO PREPARANDO febrilmente el viaje al centro de la Tierra. Desde el momento en el que se dio cuenta de lo que le había ocurrido a su biblioteca y el papel del señor Qwerty en su desaparición, trabajó sin descanso para hacer una copia perfecta de todo. Cada libro, cada historia, cada cálculo, gráfica, mapa, mezcla, ferroprusiato, plano y conjuro fue duplicado y pasado a papel. El pueblo entero había estado ocupado encuadernando los textos que Ombric les había dictado a los búhos (que tenían grandes dotes para escribir y dibujar con ambas patas al mismo tiempo). Fue una suerte que Ombric pudiera apoyarse en su inigualable memoria para recitar todo el tesoro de su conocimiento.

Cuando el último volumen se hubo cosido y encuadernado, Ombric se echó hacia atrás en su asiento para asimilar todo. Era como si su biblioteca estuviera intacta, tenía un aspecto perfecto. Pero todo era falso. Había introducido errores en cada unidad de información. Gracias a su memoria perfecta, sabía exactamente dónde hacer un cambio aquí, un retoque allá. Todo parecía al pie de la letra, pero ningún conjuro de los descritos funcionaría.

Ombric no tenía ni idea en qué estado se hallaba su biblioteca desde que el señor Qwerty la devorara con valor. El mago estaba impresionado ante la estrategia del señor Qwerty y el papel de Luz Nocturna, pero tenía que asegurarse de que Sombra no se apoderaba de la biblioteca real: había que utilizar la falsa para engañar al villano.

Había sido una tarea agotadora, y todavía tenía que reunir fuerzas para proyectarse astralmente junto con la inmensa biblioteca hasta el centro de la Tierra.

Se sentó en su silla preferida y pensó en el conocimiento que había acumulado. Recordarlo había sido tan satisfactorio como agridulce. Se sentía como si hubiese revivido toda su vida. Recordó cuándo había aprendido cada conjuro: dónde había sido y con quién había estado por entonces. Se dio cuenta de que había tenido una vida rica, estimulante e intensa. Había vivido según sus creencias. Había visto y conocido más maravillas que cualquier otro mortal. Y eso le produjo una satisfacción fatigada. Necesitaba descansar la mente un rato.

Ombric se echó hacia atrás un poco y se atusó la barba. Los búhos lo miraban preocupados. Nunca habían visto a su maestro tan cansado, tan frágil.

La respiración de Ombric se volvió silenciosa y rítmica mientras se quedaba profundamente dormido.

Soñó con cuando no era más que un niño en la ciudad de la Atlántida. Hubo un día de su infancia que siempre le había inquietado, el día en que realizó su primer conjuro. Y parecía estar reviviéndolo. No debía de ser mucho más joven que el menor de los Williams, y había estado escuchando a escondidas las lecciones de los niños mayores. Había accedido a un conocimiento que aún no debía poseer. Aprendió el secreto de cómo hacer que una ensoñación se haga realidad.

El joven Ombric se encontraba en un campo abierto y empezó a recitar el conjuro. Era un encantamiento difícil y requería mucha concentración, pero él era un niño con talento para eso. Se concentró con todas sus fuerzas, hasta que su mente se liberó de cualquier distracción. Entonó las palabras lenta y pausadamente. Una ensoñación habitual de Ombric era volar. Y al cabo de un rato empezó a alzarse en el aire, al principio sobre las puntas de la hierba alta y verde, después más alto, hasta llegar al fin hasta el cielo. Voló a través y alrededor de las nubes, subiendo y trazando espirales como una especie de pájaro fantástico.

Pero había volado demasiado rápido y demasiado alto. Su joven mente se cansó. Ya no podía mantener el conjuro y empezó a caer. El miedo se

apoderó de su pensamiento mientras se desplomaba hacia el suelo. Sabía que debía olvidar el miedo y concentrarse en el conjuro, pero tenía el pulso acelerado y el pánico se apoderó de él.

Fue dando volteretas sin control, cayendo en espiral de un lado a otro a una velocidad vertiginosa. Todo era terrible y confuso. Cayó con tanta velocidad que se estaba desvaneciendo.

Pero se alegraba. No podía soportar sentir un terror tan total, y no quería enfrentarse al momento que se avecinaba: el momento en el que se estrellaría contra el suelo y dejaría de existir. A medida que perdía el conocimiento, sintió una especie de tranquilidad extraña. Una aceptación de lo que iba a ocurrir. Entonces oyó una voz que le susurraba: «Tengo fe. Tengo fe. Tengo fe». Era una voz agradable. Una voz que no reconocía, pero que al mismo tiempo le resultaba familiar. Y dejó de sentir miedo. Entonces, cuando todo se volvió negro, supo... realmente supo... que todo iría bien.

Y así fue. Abrió sus jóvenes ojos un rato después. Seguía en aquel campo verde. No estaba herido. No tenía ni un rasguño, ni un moretón. Solo tenía el pelo rojizo alborotado. Ombric nunca supo cómo había sobrevivido o quién había susurrado aquellas palabras mágicas. Pero aquel día aprendió el poder del miedo, y que el miedo es un enemigo al que siempre hay que vencer.

El recuerdo finalizó, pero el sueño continuaba...



Luego Ombric se vio en aquel campo de su juventud. Ya no era un niño, sino un anciano. Estaba tumbado sobre la blanda hierba. Era fresca y cómoda. Había una brisa agradable y el cielo sobre él estaba poblado de nubes blancas que volaban como enormes galeones. *Estoy tan cansado... Quizá me quede aquí para siempre, pensó. Se está tan a gusto...*

Pero ahora oyó las palabras de nuevo, resonando desde muy lejos. Aunque esta vez la voz era distinta.

Era la voz de una niña. Intentó incorporarse, y cuando lo hizo, vio a Katherine en pie junto a él. Entonces Norte apareció a su lado. Le hicieron señas para que fuera con ellos.

Hablaron, pero Ombric no pudo oírles. Solo oía la voz misteriosa de hacía mucho tiempo: «Tengo fe. Tengo fe. Tengo fe».

Se despertó repentinamente. Miró la biblioteca a su alrededor, sorprendido. Todavía podía oír la voz, pero solo los búhos estaban allí.

Y por segunda vez sintió las mentes de Katherine y de Norte llamándole. Sus pensamientos se conectaron. Sintió... no, supo... que corrían un grave peligro y que tenía que actuar al instante.

Agarró la caja donde estaba la luz de luna de Luz Nocturna y los pedazos rotos de la daga de diamante. Entonces movió su bastón sobre los montones de libros. Se volvía a sentir fuerte. Joven de nuevo. Como en los viejos tiempos. ¿Podría proyectarse hasta el centro de la Tierra? ¡En un instante! ¿Y los libros? ¡Por supuesto! ¡Sus amigos lo necesitaban! Podría disfrutar de la paz de su sueño más tarde.

Pero aquella voz del pasado... la voz que le había salvado aquel fatídico día en el que descubrió la gloria y el terror de la magia. Ahora sonaba de lo más familiar.

¿Quién... o *qué*... era?

CAPÍTULO TREINTA

Donde Todo Está Unido por
un Antiguo Truco Mental Cuyo Origen
Es de lo Más Sorprendente

NORTE ESTABA CONFUSO. Bunny era un loco, o un conejo, o lo que fuera...

¡Un derviche! ¡Un demonio! ¡Un monstruo! Sencillamente no había forma de describir las electrizantes acciones del pooka. Había tomado la reliquia y la había fijado al extremo de su bastón, y entonces apuntó con ella a la pared de plomo que les cortaba el paso. Si aquel plomo antiguo nunca había visto la luz del sol, de las estrellas, o cualquier otra luz que no fuera la luz de la lava, la estaba viendo ahora. La luz contenida en la reliquia se derramó a través de miles de pequeños agujeros que se abrieron en la cáscara. Esta luz no podía ser bloqueada o consumida; podía deshacer el denso plomo como si fuera el lacre de un pergamino.

Sin embargo, Norte estaba preocupado. Estaba resultando demasiado fácil. Los temores seguían retirándose sin ofrecer demasiada resistencia. Se estaban adentrando más y más en el centro de la Tierra, y con aquel peculiar paisaje de plomo y lava ondulante a su alrededor, era difícil encontrar puntos de referencia. Norte solía vanagloriarse de su capacidad de orientación estelar, pero ahora no estaba seguro de saber encontrar el camino de vuelta, y su instinto de guerrero le decía que se dirigían hacia una emboscada.

En ese preciso instante llegó una especie de zumbido a sus oídos, una sensación que lo separaba de la batalla a su alrededor. Miró a Bunny y supo que el pooka estaba experimentando la misma sensación.

La espada mágica también lo sintió. El espejo volvió a salir de la empuñadura y en él Norte pudo ver el rostro de Katherine. Sus labios no se movieron, pero pudo oír su voz.

—No hay tiempo para que te explique todo. ¡Tenemos que llamar a Ombric ahora! —le dijo—. Nos necesita, y nosotros a él. Sombra os ha tendido una trampa.

Pero ¿cómo vamos a llamar a Ombric? Se preguntó Norte. Entonces recordó cuando estaban en Santoff Claussen y sus mentes se unieron como una sola. Supo que tenía que concentrarse para que sus mentes volvieran a fusionarse. A pesar de la refriega que tenía lugar a su alrededor, cerró los ojos y todo se volvió silencioso excepto su voz y la de Katherine: *Tengo fe... Tengo fe... Tengo fe.* ¡Entonces oyó la voz de Bunny uniéndose a las suyas! Y eso sorprendió a Norte. Tenían un nuevo aliado, un nuevo amigo.

Pero luego Norte vio a Ombric en el espejo. Estaba acostado en un campo de hierba. Parecía triste, viejo, como si estuviese muriéndose. Norte se asustó, y pudo ver que Katherine y Bunny tuvieron la misma reacción. Así que empezaron a gritarle con las mentes al unísono:

—¡Ten fe, ten fe, ten fe! ¡Eres necesario!

El espejo se iluminó y después Ombric desapareció. Norte oyó a Katherine decir:

—Sé prudente. Espera a Ombric. Espérame.

Entonces el espejo se oscureció de nuevo.

Norte se volvió hacia Bunny, que estaba sonriendo.

—Hace siglos que no practico la unión mental pookana. No sabía que la niña y tú supierais hacerla.

—Nosotros tampoco —confesó Norte.

—Tanto mejor —replicó el pooka.

Dicho esto, se fue saltando como una especie de guerrero-conejo-búfalo.

Norte no tenía otra alternativa que seguirle.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Una lucha encarnizada

NORTE, BUNNY Y LOS HUEVOS GUERREROS siguieron adentrándose en las profundidades de la guarida de Sombra. Ahora conscientes de la trampa a la que se dirigían, Bunny fue dejando pequeños grupos de hombres (o, más bien, de huevos) para ayudarle a señalar el camino de vuelta y para dar la voz de alarma si se producía una emboscada.

Pero los temores seguían retirándose, ahora sin siquiera pelear.

—Sin duda están tramando algo —afirmó Norte.

—Se diría que Sombra está haciendo un cambio táctico en sus planes —dijo el pooka, de acuerdo.

—¿Dividimos nuestras fuerzas? —preguntó Norte.

—¿Uno avanza para investigar qué ocurre y el otro le cubre? —propuso Bunny.

—Me lees los pensamientos —dijo Norte en tono bromista.

—Sí —replicó el pooka—, pero solo cuando me parece necesario.

Norte no sabía si Bunny estaba bromeando o no, pero antes de preguntar, el descomunal conejo le dio un empujón amistoso.

—Tienes que ponerte en marcha, amigo. Querías a Sombra solo para ti.

Norte lanzó una mirada al conejo mientras este dirigía los huevos hacia el corazón del escondite de Sombra.

—Ven saltando si oyes algo —le dijo volviendo la cabeza sobre el hombro.

El pooka decidió dejar que Norte tuviera la última palabra. No le importaban las bromas del humano sobre conejos. Hacía al menos setecientos años que nadie hacía aquel tipo de chiste sobre él. Casi había olvidado los placeres particulares de bromear y que otros bromeen, y cómo los humanos usaban el humor para superar el miedo.

Y había mucho que temer en ese lugar.

Armados con lanzas, espadas y mazas, Norte dirigió cautelosamente a una formación abigarrada de huevos. Las tropas de temores seguían retirándose. El repiqueteo de sus armaduras lanzaba olas de inquietantes ecos por el túnel. Estaba oscuro, solo proporcionaba luz el resplandor azulado del flujo de lava plumiza.

Entonces Norte oyó al Rey de las Pesadillas abajo:

—¡Acércate!

La espada de Norte se apretó automáticamente en su mano, pero su brillo permanecía pálido. Norte sabía que estaba haciendo todo lo posible para evitar que fueran un blanco fácil en aquella penumbra.

Llegaron a una cámara amplia, descomunal. Había grandes columnas de plomo retorcidas que formaban una especie de sala circular. Las columnas se ensanchaban en la parte superior y se unían en lo que podría considerarse un techo.

Detrás de las columnas de plomo, Norte vio a los temores acorazados, un ejército enorme, amenazante y gris. Rodearon por completo la cámara y parecían listos para el ataque.

En el centro de la estancia, Sombra estaba en actitud triunfal sobre los libros de la biblioteca de Ombric. Estaban apilados de cualquier modo sobre el suelo irregular de la cámara. Norte pudo ver *La historia de la levitación durante las comidas*, *Misterios de las llaves evanescentes* y todos los libros de la Atlántida que Ombric tanto amaba. *¿Qué está tramando el viejo?*, se preguntó Norte. Sombra miró con avidez de un libro a otro, después agarró uno y empezó a revisar el contenido. Sonrió para sí mismo, luego miró a Norte con un odio alegre.

Norte le devolvió la mirada mientras por el rabillo del ojo percibió a los niños de Santoff Claussen amontonados en jaulas que colgaban de vigas de plomo.

Ombric no estaba por ninguna parte, así que Norte supo que debía ganar tiempo para esperar a que el mago realizara su jugada. Comprendió que Sombra estaba esperando que dijera algo... que explicara la llegada de los libros o que exigiera la liberación de los niños.

Pero Norte se quedó quieto y en silencio, como solían hacer únicamente los guerreros más astutos. Dejaría que el villano diera el primer paso.

—¿Por qué enviar a un ladrón a hacer el trabajo de un pooka? —preguntó Sombra burlón.

Norte no dijo nada; solo avanzó con los huevos a su lado. Alzó la espada como para asestar un golpe.

—¿Dónde has robado eso? —inquirió Sombra, con curiosidad repentina—. Es la espada de un rey, no de un cosaco criminal.

Norte siguió en silencio. La espada mágica brilló. Sombra, sin embargo, no cogió su arma. En vez de eso, mostró uno de los libros de Ombric.

—Tranquilo, bandolero. Ya tengo lo que quería. Los libros están aquí. —Y, volviéndose hacia un temor, ordenó—: Libera a los niños.

El temor abrió las jaulas colgantes y los niños salieron de un salto. Intentaron correr hacia Norte, pero el temor desenfundó su espada y la bajó frente a ellos, cortándoles el paso.

Señalando a la jaula de plomo macizo, William el Alto gritó:

—¡Katherine y Luz Nocturna están allí!

Norte avanzó unos centímetros sin decir nada. Su espada brillaba con más fuerza.

—No hace falta que ataques, cosaco —dijo Sombra con tono tranquilizador—. Los libros están aquí. Un trato es un trato. Podemos separarnos y dejar la lucha para otro día. ¿Te parece?

Norte lo miró sospechosamente. *¿Podría esto acabar sin pelea?*

—Pero... —prosiguió Sombra—, necesito estar seguro de que estos libros son lo que aparentan.

Y empezó a leer un conjuro.

Norte sabía que el encantamiento estaba dirigido a él. ¿Qué haría Sombra? ¿Convertirle en un hongo, en un esclavo, en un general de los temores? Se preparó para atacar, pero la espada se lo impidió. Intentó forzar el arma, pero esta no se movió.

Entonces recordó lo que Yaloo el yeti le había dicho: «Quizá el arma esté luchando precisamente a tu favor».

La espada debe de saber algo, supuso Norte.

Sombra, por otra parte, estaba montando en cólera. Era evidente que algo no estaba saliendo según sus deseos.

Sombra repitió el conjuro del libro más despacio, con más cuidado, como si estuviese tanteando cada sílaba. Entonces Norte lo entendió: el conjuro era inútil, ¡habían saboteado los libros!

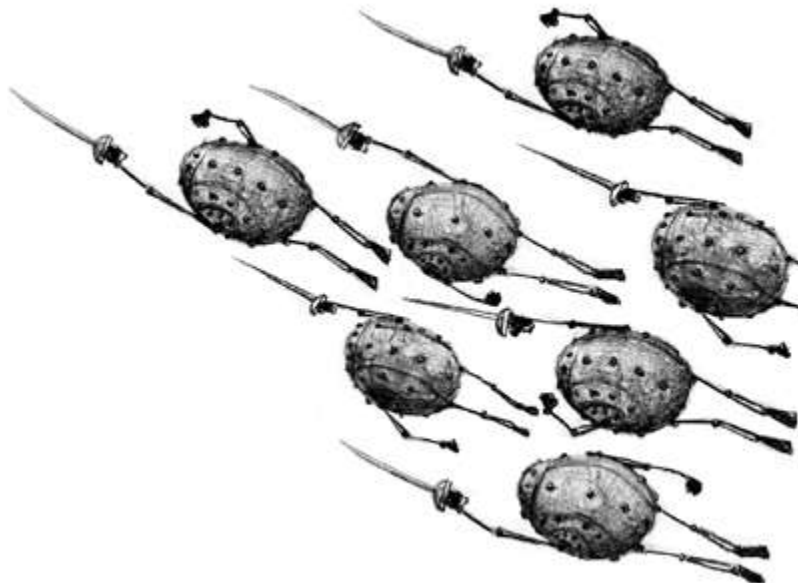
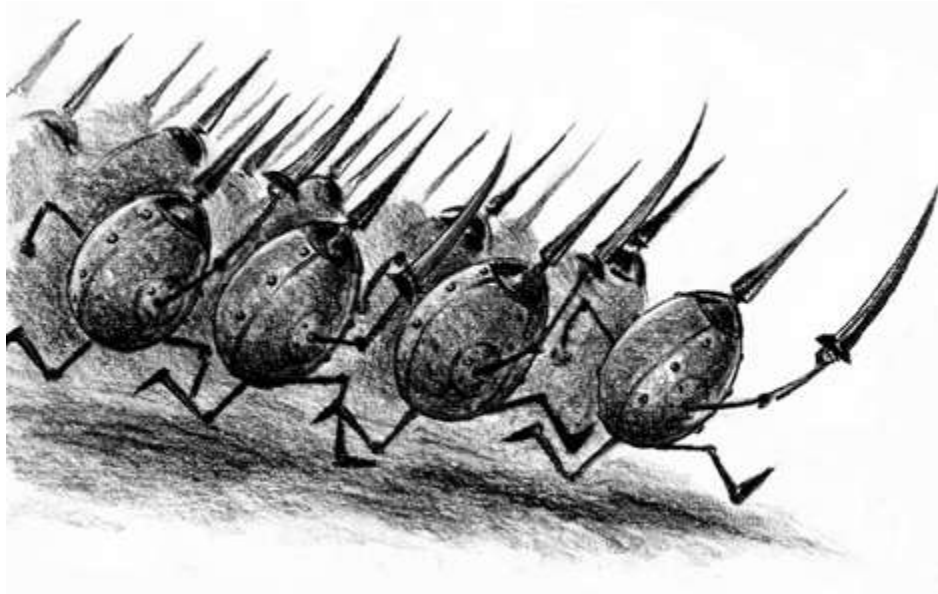
Sombra probó otro conjuro. Después otro. Agarró el libro de conjuros de esclavitud y leyó las palabras que se sabía de memoria.

—¡Todos son falsos! —gritó—. ¡FALSOS!

Norte se preparó para el ataque. Tras él, oyó la embestida de Bunny y sus tropas. Sombra tiró el libro al suelo y desenvainó su espada.

Estalló el caos en la sala.

Los temores corrieron hacia Norte. El atronador choque de los ejércitos que se lanzaban a acabar con su oponente llenó la cámara. Entonces el grito de guerra pookano retumbó sobre el estruendo. Bunny había llegado y su bastón con la reliquia estaba lanzando rayos de luz que atravesaban la habitación y engullían temores.



La sala estaba llena de lanzas, espadas, mazas, flechas y armaduras. Norte estaba asombrado. Los huevos guerreros eran luchadores increíblemente ágiles. Podían rodar, saltar y cargar a la velocidad del rayo, y sus armaduras eran de lo más difícil de atravesar. Sus armas estaban inyectadas de la antigua luz de la reliquia oval y se valían por sí mismas contra los temores.

Norte mantuvo la vista en Sombra, que avanzaba hacia los niños. Su espada lanzó un resplandor rojo: era el momento de atacar. Cargó a través

de los densos grupos de temores y huevos guerreros, derribando a cualquier enemigo que le cortara el paso.

Sombra estaba abriendo su capa. Se curvó y empezó a rodear a los niños. Norte escaló a toda prisa las pilas de libros frente a él como si fueran una escalera, saltó desde lo alto con la espada lista y se lanzó sobre Sombra. La capa del villano se estaba plegando en torno a los niños como un par de garras inmensas, pero antes de que se cerrara, Norte aterrizó entre ellos. Sombra y el ladrón estaban frente a frente con la espada desenvainada.

Norte dijo a su espada:

—Haz lo que sea preciso.

Con dos certeros golpes, cortó la capa a ambos lados de Sombra. ¡Los niños eran libres! Pero en ese único momento de victoria, Norte bajó la guardia y Sombra pasó al ataque.

Norte se tambaleó hacia atrás jadeando. El mango del sable de Sombra sobresalía en su costado; la punta salía por la parte de atrás de su abrigo. Lo había atravesado.

Los niños gritaron. Sombra sonrió. De un tirón sacó la espada. Pero Norte no iba a caer todavía. Apretó con fuerza su espada mágica y esta respondió. Relucía con toda su luz.

Entonces tuvieron lugar los milagros.

La jaula de Luz Nocturna explotó y la luz se derramó de su interior. La sala entera estaba cubierta de luz. Los temores acorazados estaban casi cegados. Sombra se puso la capucha hacia delante para proteger su rostro del resplandor.

Norte volvió a la carga. A pesar de la herida, a pesar del terrible dolor, podía sentir que un poder increíble se introducía en él desde la espada mágica. Era casi como si la espada recordara a Sombra y deseara acabar con él. Con furia indescriptible, Norte golpeó y embistió al Rey de las Pesadillas.

Pero Sombra se había hecho más fuerte desde su último encuentro, y a pesar del poder de la espada mágica, Norte fue incapaz de superarlo. La herida le estaba suponiendo un obstáculo: sentía que se estaba debilitando. Entonces vio al genio, abandonado en un rincón. Si Sombra no estaba en su interior, quizá todavía obedeciera sus órdenes.

—¡Genio! —gritó Norte—. ¡Atácalo!

El genio se puso tenso de inmediato y corrió hacia Norte. Tomó dos espadas que habían caído al suelo durante la batalla. ¿Venía como amigo o como enemigo?

¡El genio atacó a Sombra! *Ahora sí tenemos una oportunidad*, pensó Norte con alivio.

Cuando volvió a levantar la vista, le sorprendió que Ombric estuviera también allí, atacando a Sombra con su bastón y acertando más golpes de lo que Norte hubiera esperado del viejo mago. Entonces Bunny literalmente apareció volando en la sala, con las orejas girando a una velocidad tal que le mantenían en el aire como un helicóptero. Con la reliquia en el extremo de su bastón, cargó contra Sombra como un caballero en una justa.

Pero Sombra daba la talla. Gritó a los temores, que se empezaron a fundir con él. Se hizo más grande y más fuerte. Sus armaduras se unían sobre la de Sombra formando capas y más capas. Se había convertido en un monstruo tanto en tamaño como en espíritu.



La emoción del pooka interior

Los niños se apiñaron en un rincón. Podían ver lo que estaba ocurriendo. Incluso sin los libros de Ombric, Sombra parecía imbatible. El miedo fue entrando en sus corazones.

Entonces, de la jaula de plomo surgió otro resplandor. Una risa brillante y perfecta atravesó el ruido de la batalla como una flecha.

¡Era la risa de Luz Nocturna!

El niño espectral voló directamente hacia Sombra con Katherine montada sobre su espalda. Alargaba el bastón, en cuya punta brillaba la daga de diamante reparada, y lo apuntaba directamente hacia el corazón de Sombra.

Norte los vio mientras se acercaban a su enemigo. *Increíble*, pensó. *El niño va a acabar con él.*

Pero Luz Nocturna se detuvo de golpe, flotando al alcance de la espada de Sombra.

¿Qué está haciendo?!, pensó Norte, deteniéndose en medio de un golpe.

—¡En el corazón, niño! —gritó—. ¡Dale en el corazón!

Sin embargo, Luz Nocturna se contenía. Pero Sombra no. Atacó ferozmente a Luz Nocturna, pero el niño espectral esquivó sus golpes y con la daga de diamante hizo pedazos la espada de Sombra. Ahora Norte y los demás podían pasar a la acción.

Pero antes de que pudiesen atacar, Katherine levantó la mano y mostró algo a Sombra. No era un arma... no, era algo que ella quería enseñarle. *¿Qué tiene en la mano?*, pensó Norte forzando la vista. ¡El guardapelo! ¡El de la imagen de la hija de Sombra!

Por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Sombra miraba el guardapelo con la cara contorsionada y monstruosa. Sus ojos no se apartaban de la imagen. Entonces su rostro empezó a cambiar: la rabia y la furia desaparecieron y en su lugar apareció una mueca apesadumbrada, angustiada y tan triste que resultaba insoportable. Norte y los otros se quedaron quietos, casi sin dar crédito a lo que estaban viendo. El Rey de las Pesadillas ya no era aterrador, sino que estaba aterrado. Alargó la mano herida, la que había usado para intentar convertir a Luz Nocturna en un temor, la mano que ahora parecía humana. Tiró del guardapelo, y por un instante Katherine sintió la mano de Sombra contra la suya. Su tacto no era el de una criatura del miedo. Era el tacto de un padre que había perdido a su hija. Sombra emitió un grito largo y atormentado que le surgió de lo más profundo del alma o lo que fuera que tenía en su interior.

Miró la imagen un instante más y después se esfumó, desapareciendo por completo. El ejército de los temores desapareció con él.
Y la batalla había terminado.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Æae Norte

SE PRODUJO UNA CALMA REPENTINA en la sala. Allí estaban, juntos por fin, los héroes de la batalla del centro de la Tierra. Eran un grupo increíble y variopinto: un niño espectral, una niña, un cosaco, un viejo mago, un genio metálico, un hombre-conejo enorme y un ejército de huevos guerreros. Los niños corrieron a reconfortar a sus amigos y protectores. Pero Norte hizo un gesto de dolor cuando el más pequeño de los Williams corrió a sus brazos. Se llevó la mano a la herida, dejó caer la espada y se desplomó sobre una rodilla.

Ombric y Katherine corrieron a su lado.

—¿Es grave, muchacho? —preguntó Ombric, acercándose aún más a él.

Norte no pudo responder. Cuando lo acostaron, su rostro estaba más pálido y seguía perdiendo color. La espada yacía a su lado. Parecía que se estaba apagando y oscureciendo. Katherine le cogió la mano. Norte la miró mientras la niña rompía a llorar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El Gusano de los Libros se Transforma

ERA UNA TARDE MAGNÍFICA en el bosque encantado de Santoff Claussen.

Los niños del pueblo jugaban a su nuevo juego preferido: «la batalla en el centro de la Tierra». Los descomunales árboles que bordeaban el claro inclinaron sus ramas de tal modo que imitaban las columnas de la guarida de Sombra. William el Casi-Menor fingía ser Ombric, William el Alto era Bunny, Niebla era el genio y Petter era Luz Nocturna. El oso era Sombra, un papel que le iba muy bien, ya que era muy grande y se le daba estupendamente pelearse con los niños con la cantidad suficiente de furia para que se divirtieran de verdad. Además, era muy difícil que le hirieran sin querer.

Un grupo de ardillas jugaba a ser los niños, vestidas con pequeñas prendas que se parecían a las que ellos llevaban durante la batalla. Los pájaros del bosque eran temores, y un grupo de huevos guerreros de verdad (un regalo de Bunny) hacían de sí mismos.

William el Menor siempre quería hacer de Norte. Lo quería mucho y fue el último en abrazarlo antes de que cayera.

Petter gritó a Katherine para que se uniera a ellos y que hiciera su propio papel, pero ella no contestó. Casi nunca participaba en aquel juego... Al fin y al cabo, lo había vivido, así que no necesitaba jugar. Sascha, la hermana de Petter, ocupó encantada su lugar.

Katherine estaba en las ramas más altas de la Gran Raíz. Se había hecho una cabaña destartalada en un ángulo del punto más alto. Solía entrar a

menudo. Allí podía estar sola para pensar y recordar.

Pasaba el día inventándose historias de lo que había visto. Algunas veces incluso escribía pequeños poemas sobre sus aventuras. Había un huevo que se había caído de una pared de la cámara de Sombra durante la batalla. Estaba segura de que se rompería, pero la armadura lo protegió. Ojalá le hubiese pasado lo mismo a Norte. Había caído. Y nadie había pensado que pudiese recuperarse.

Hoy estaba mezclando esas dos historias en un poema, dibujando un gran huevo que se había caído y no había forma de que se recuperara. En algunas ocasiones hacía que las historias fueran distintas de lo que había ocurrido, pero mostraban lo que sentía o lo que le hubiera gustado que pasase. Era una forma de pensar nueva para ella y le gustaba... la necesitaba. Las historias se habían convertido en una nueva y misteriosa fuerza en ella, en una forma de curarse y entender las maravillas y las amarguras de su nueva vida.

En realidad, nunca estaba sola en la cabaña del árbol. Kailash la subía volando y se dormía tranquilamente mientras Katherine escribía. Envolvía su largo cuello alrededor de la niña y apoyaba en ella su suave cuerpo emplumado.

Y había otro compañero con ella: el señor Qwerty. O, por lo menos, el ser en el que se había convertido.

Cuando Luz Nocturna le pidió al señor Qwerty que se comiera la biblioteca para salvarla de Sombra —sí, había sido idea de Luz Nocturna—, algo extraordinario ocurrió. Los conjuros mágicos contenidos en las miles de páginas transformaron al gusano de luz. Cambió dentro de su capullo, pero no se convirtió en una mariposa. En vez de eso, se transformó en algo que el mundo nunca antes había visto. Tenía alas, muchas alas, pero estaban hechas de papel. ¡Se había convertido en una especie de libro viviente! Sus páginas estaban todas en blanco. Y Katherine escribía sus historias en esas mismas páginas.

La niña podía oír a sus amigos jugando en el bosque. Ellos también inventaban una historia con aquella terrible batalla. Siempre cambiaba, porque cada vez actuaban de una forma distinta. Algunas veces, el que hacía de Bunny llegaba demasiado tarde, o el oso huía demasiado rápido, o

las ardillas decidían que debían participar en la batalla y se escapaban demasiado pronto de las «jaulas». Pero una parte era siempre igual: Norte caía. De algún modo, parecía importante representar esa parte tal como había sucedido.

Mientras Katherine permanecía sentada en la cabaña del árbol, oyó a sus amigos preparándose para la batalla final. Dejó de escribir y prestó atención.

Abajo, en el bosque, William el Menor había caído al suelo con un palo, su espada imaginaria, a su lado. Sascha, Niebla, Petter y los otros estaban junto a él cuando parecía estarse muriendo. Entonces agarró la espada mágica.

De pronto, una voz resonó entre los árboles al borde del claro.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Nicolás San Norte. Se acercaba a ellos dando grandes zancadas—. ¡No ocurrió así! Antes Bunny me dio el chocolate mágico.

Norte llegó con aspecto sano y feliz. Portaba sobre el hombro un gran saco.

—El chocolate mágico me salvó, cogí la espada y volvió a brillar —les recordó.

—Pero nuestra espada de palo no puede brillar de verdad —le explicó William el Menor.

—Bueno, esta sí —respondió Norte alegremente mientras puso el saco del revés para vaciarlo. Ante ellos se derramaron sobre el suelo un montón de espadas, bastones, reliquias y disfraces de juguete—. Lo he hecho esta mañana. Bueno, el genio me ha ayudado un poco.

Los niños estaban encantados con sus regalos. Agarraron los disfraces y las armas y se dispusieron a seguir jugando.

Katherine voló hasta el suelo a lomos de Kailash. Quería ver cómo sus amigos representaban el resto de los acontecimientos ahora que tenían accesorios.

Bunny salió del suelo muy cerca en compañía de Ombric. Ambos se habían hecho estrechos colaboradores desde la batalla, desde que Ombric descubrió que Bunny había sido su salvador el primer día que había utilizado la magia. Intercambiaban conjuros e historias de esto y de lo otro.

Ombric sintió una gran simpatía por el hombre-conejo, la única criatura viva que era más anciana y más sabia que él. Estar con ese ser maravilloso hacía que Ombric se sintiera más joven, casi como un estudiante.

Los dos se detuvieron un momento para ver el desarrollo del juego de los niños.

—Entonces, ¿de qué modo te transforma el chocolate, Bunny? —preguntó Ombric a su nuevo compañero.

—Querido amigo —contestó el conejo—, no estoy del todo seguro. No hace falta resolver todos los misterios. ¿Realmente ayuda entender por qué se produce un arco iris?

—Creo que sí —replicó Ombric.

El conejo casi soltó una carcajada.

—Estos humanos...

Y desde lo alto de los árboles, un espíritu valiente y amable los observaba a todos. Luz Nocturna, el que menos hablaba pero quizá el que más sabía, pensaba solamente en lo confortado que se sentía. Estaba rodeado de amigos de verdad. La luz de luna, que había vuelto a la daga de diamante, también estaba contenta. Ahora la daga era más grande. Contenía las lágrimas que la luz de luna había recogido de los niños cuando los habían secuestrado. Las usó para volver a unir la daga rota. Luz Nocturna sabía que soportar las penas de tus seres queridos al final te hace más fuerte.

Ese recuerdo le hizo brillar con más fuerza. Katherine notó su mirada. Se volvió y levantó la vista. No podía verlo —estaba escondido—, pero sabía que estaba allí. El poder de la amistad es realmente mágico. La alegría que Luz Nocturna sentía se extendió a todos ellos. Habían hecho lo que hacen los buenos amigos: se salvan los unos a los otros. Por muchas pruebas y muchos problemas que tuvieran por delante, desde aquel momento sus vínculos serían irrompibles. Eran una sola mente y un solo corazón.

Y ese corazón latiría para siempre. Más allá del tiempo, las mareas y las historias por contar.